



UNIVERSIDAD DR. JOSÉ
MATÍAS DELGADO

Centro de Investigaciones en
Ciencias y Humanidades, CICH

TRANSFIGURACIÓN

INTENTO DE TEOLOGÍA
DE LA HISTORIA DE
EL SALVADOR

Matías Romero

TRANSFIGURACIÓN

Intento de teología de la historia de El Salvador

Matías Romero



UNIVERSIDAD DR. JOSÉ
MATÍAS DELGADO

CENTRO DE INVESTIGACIONES EN
CIENCIAS Y HUMANIDADES, CICH

TRANSFIGURACIÓN

Intento de teología de la historia de El Salvador

Matías Romero

Autoridades

Dr. David Escobar Galindo
Rector

Dr. Enrique Sorto Campbell
Vicerrector

Dr. Oscar Picardo Joao
*Director Centro de Investigaciones
en Ciencias y Humanidades, CICH*

Cuidado de la edición

Licda. Ana Lilian Ramírez C.
Coordinación editorial

Lic. Matías Romero
Revisión final, investigador CICH

Licda. Evelin García de Medina
Asistente de Investigación

Morena Esmeralda Menjívar
*Diseño y diagramación,
Asistente Editorial CICH*

© Copy Right
San Salvador
1.ª Edición 2016

Plataforma: InDesign CS4
Tipografías: Corbel
y Cumulus Light.

972.84 053

R763t Romero, Matías, 1927-

sv Transfiguración : intento de teología de la historia de El
Salvador / Matías Romero. -- 1a ed. -- San Salvador, El Salv. :
Centro de Investigaciones en Ciencias y Humanidades CICH-UJMD,
2016.

194 p. ; 22 cm.

ISBN: 978-99961-934-8-4

1. Teología dogmática-El Salvador. 2. El Salvador-Historia.
I. Título.

Misión CICH

Generar la investigación científica en sus distintos campos, apoyar e impulsar aquella que se realice en las distintas unidades académicas de nuestra Universidad. Integrar y canalizar los esfuerzos institucionales vinculados con la investigación interdisciplinaria, la capacitación del personal académico y la difusión de los resultados obtenidos.

Visión CICH

Proyectar y consolidar al Centro de Investigaciones mediante productos de alta calidad científica y académica, que logren ser reconocidos en los ámbitos nacional e internacional, por sus aportes al desarrollo científico y social.

© 2016 Centro de Investigaciones en Ciencias
y Humanidades, CICH.
Universidad Dr. José Matías Delgado, Campus I,
Km. 8 1/2 carretera a Santa Tecla. Antiguo Cuscatlán,
Dpto. de La Libertad, El Salvador, C.A.
Tel.: (503) 2278-1011 ext.: 168. Fax: (503) 2289-5314
Correo electrónico: centrodeinvestigacion@ujmd.edu.sv

Distribución
Editorial Delgado,
Universidad Dr. José Matías Delgado
Tel.: (503) 2212-9415. Fax: (503) 2289-5314.
Correo electrónico: editorialdelgado@ujmd.edu.sv

CONTENIDO

Prólogo	7
I. Palabras que inspiran	13
El Salvador hacia su transfiguración.....	16
III. Hitos memorables en la historia de El Salvador	49
1. El alma de nuestro Padre.....	59
2. El trauma de la desintegración de una Centroamérica que nunca estuvo integrada.....	63
3. La Guerra Nacional y la expulsión de los filibusteros gringos.....	64
4. Entre presidentes y obispos, constituciones políticas y cartas pastorales	68
IV. Descenso a la profundidad del alma salvadoreña	101
V. Transfiguración	125
1. Una lección de la filosofía del arte.	127
2. De la figura a la transfiguración.....	129
3. Misterio de la transfiguración.....	141
VI. Las cuatro fases de la transfiguración de El Salvador	149
Credo salvadoreño	154
Primera fase.....	156

Transfiguración procesional.....	156
Segunda fase	160
Transfiguración de la catedral.....	160
Tercera fase.....	164
Transfiguración espiritual.	164
Cuarta fase.....	167
Transfiguración social.....	167
Bibliografía	175

PRÓLOGO

¡Ah el alma salvadoreña! ¡Quién pudiera descifrarla! ¡Quién pudiera vivirla! ¡Quién pudiera seguirla en el vuelo de su transfiguración!

¿A quién podremos comparar el alma salvadoreña? ¿A un barrilete que vaga incierto en el azul del cielo, apenas sostenido, no dirigido, por el hilo que un niño sostiene desde la lejana tierra con sus débiles manos? ¿Tiene el cometa de papel una fuerza intrínseca que lo guía? ¿Tiene el niño conciencia de la importancia y de la responsabilidad de sus manos, que son como la oficina de un programa de conquista del espacio?

¿O comparamos el alma salvadoreña a una tímida avecilla que busca en oscuro ramaje un refugio y un lugar para hacer el nido?

¿Tal vez, cosa terrible, se parece el ente espiritual a un fantasma que vaga perdido, asustado más que asustando, en la oscuridad de la ignorancia y de la indiferencia de las calles de la historia?

¿Quizá más propiamente, estamos ante el río desbordado de una procesión humana que avanza, empujada por la fatalidad, a un desierto o a un Mar Rojo sin un Moisés que la guíe?

Las cuatro imágenes que nos han venido a la mente tienen la intención de una sugerencia, de un aviso y de una revelación. Las tomamos en serio y no como una simple ocurrencia.

La hoja de papel volando, ¿es una carta de peticiones al cielo o es un proyecto, una constitución política o un manifiesto revolucionario? Sea lo que sea esa hoja escrita o analfabética, ¿qué seguridad tiene manejada por manos inexpertas? Los deseos tienen que ser serios, concretos y constantes. Hay que saber bien lo que se necesita y lo que se pide.

La segunda comparación, la de la avecilla tímida, causa compasión y tristeza. ¿Está así de débil y desamparada el alma salvadoreña? ¿No la estamos minusvalorando? En el ramaje oscuro tendrá que hallar donde proteger sus huevos, así como el pobre campesino sabe sobrevivir en su rancho y allí formar una familia con fe cristiana y ambiciosos ideales. Así es el alma tímida y cautelosa, pensativa e insegura al verse rodeada de privaciones y obstáculos. Piensa en un glorioso amanecer pero lo que tiene enfrente es un lánguido crepúsculo. El día está lejos, la noche está inmediata.

Un fantasma, cargando un saco de absurdas mitologías, camina entre las sombras. ¿Qué extraño semidiós destronado es ese? Antes fue adorado, hoy es despreciado. ¿Es la femenina fea Cihuehuet o es el esquelético Juez de la Noche? Es un ser que los misioneros españoles no alcanzaron a bautizar o a exorcizar. Es un indio redivivo, quizás el que alguna vez encarnó en el tosco Anastasio Aquino. Quizás el anónimo resentimiento ancestral de la raza precolombina

humillada. Quizás una tendencia de violencia criminal que clama venganza y se manifiesta en bajos instintos. ¿Qué abominable degeneración brota allí en esa manifestación de subcultura, de antisociedad, de autodestrucción? ¿No es de aquí de donde sale una mara de criminalidad organizada? ¿Es la bajeza la que sube a ocupar el sitio de la nobleza? ¡Huid, huid, fantasmas horripilantes de la pesadilla!

Sí, han desaparecido los fantasmas y en el espacioso paisaje de una luz que nos golpea los ojos se nos echa encima la cuarta semejanza de un alma colectiva, el alma de la innumerable multitud, la procesión gloriosa, hermosa y furiosa de la humanidad que avanza. Avanza poderosa y desordenada. A esa correntada humana no le decimos que huya, como a los fantasmas, sino que somos nosotros los que huimos.

Bueno, a la incandescente lava social le huimos, para que no nos aplaste; pero, ¿por qué no, mejor, nos unimos a ella? He aquí una buena pregunta. No nos atrevemos a contestarla tan de inmediato y sin premeditación.

El reto y el mandato que se nos presentan son difíciles y arriesgados: responsabilizarnos del aluvión de los deseos sociales y deshacer con el exorcismo del razonamiento el fantasma de la degradación genética, para salvar a la ave-cilla que necesita hacer hogar y dirigir la conquista espacial a la que tiende el cometa del niño.

Todas estas imágenes nos ocupan la mente y es necesario interpretarlas y manejarlas como símbolos útiles que tienen el valor de una revelación. Nos sorprende y nos espanta la seriedad con que lo decimos.

Lo que aquí se ofrece no es un estudio frío con aparato de citas bibliográficas y de gráficas sociológicas. Es más bien, la declaración de un manifiesto cívico-romántico-místico y una invocación piadosa a los poderes de lo alto para que se cumpla el destino histórico de la patria.

El símbolo de la transfiguración, tomado de la historia y de la piedad católica popular, escenifica el temperamento salvadoreño, inquieto, inestable, descontentadizo y levantisco. Su mirada no se detiene en el pasado. Es ahistórico, no tradicionalista. Futurista, no conservador.

En el espíritu del salvadoreño bullen la prisa y la impaciencia por llegar a no saber qué lugar o realización que necesita con urgencia. Alguien o algo lo impulsa y le exige que apriete el paso.

Imaginativo, creativo y delirante, en el camino va tirando atrás vestidos y costumbres, ideas y realizaciones, con tal de verse mejor y avanzar más rápido, mientras ensaya nuevos hábitos y maneras para lograr una figura y una estatura de grandeza, no importa si en ese trajín comete errores y hasta absurdos. Cosas del teatro y de la farándula política. Le fastidia y le incomoda ser pequeño, comenzando por lo geográfico, y sueña con un concepto de nación que nos hace recordar la del pequeño e inmenso pueblo de Israel.

¿Figura y estructura de grandeza hemos dicho? Sí, recordemos que este es el pueblo al que Gavidia llamaba Sóter. El alma salvadoreña delira. Alzando su voz y echándose atuendos encima en el escenario se esfuerza, se empina, salta y ensaya su transfiguración.

Las cuatro facetas se juntan en una sola alma. La actriz del teatro histórico es a la vez un elevado cometa, una tímida avecula, una peligrosa Cihuehuet y una impresionante masa humana. ¿Qué horno de formaciones químicas es ese pecho en el que se oyen confundidas una voz divina, una palabra inmoral, un lamento de niño y el trueno de una tempestad demográfica? Gavidia, nuestro Juan de Patmos, veía que en ese caos se gestaba una nueva creación.

Bajo este juego despistante de disfraces que se ha puesto el actor está el personaje real, histórico y visible que es el pueblo salvadoreño de cuya transfiguración vamos a hablar.

Nos basaremos en las palabras inspiradoras de un programa de fiestas agostinas que el párroco de la Catedral de San Salvador publicó en 1999, el último año del siglo XX. Allí se habla de ese proceso de transformación del pueblo salvadoreño y se esbozan las fases por las que está pasando. De allí el autor de estas líneas ha sacado el concepto de una teología de la historia patria y se ha dado a la tarea de elaborar una interpretación de la trayectoria que traza en su peregrinación el pueblo salvadoreño.

I. PALABRAS QUE INSPIRAN

Cuscatlán, tierra de preseas, sí, pero ¿cuáles y qué son esas preseas, esas joyas, esos diamantes, ese oro, esa plata, esas minas de energía, esos valores, esos monumentos, esos hombres? ¿Y qué hacemos con esos tesoros? ¿Qué se supone que debemos hacer?

La respuesta nos viene dada por una publicación valiosa que hizo el párroco de la catedral de San Salvador, Mons. Modesto López Portillo, en agosto de 1999, con ocasión de las fiestas patronales. El documento, que fue repetido al año siguiente con algunas añadiduras interesantes, nos sirve de guía para el presente trabajo.

La mencionada exhortación festiva, de contenido religioso y de entonación patriótica, motiva a los ciudadanos para que se concienticen de su responsabilidad para contribuir todos a la realización de la transfiguración nacional, la cual se describe y se configura gráficamente en cuatro líneas o procesos de realización : la teatral de los festejos patronales, la de la edificación arquitectónica de la catedral, la de la organización jerárquica del sacerdocio y la de la prosperidad económico-política del pueblo. En realidad allí se está esbozando todo un programa o plan de nación. Si le ponemos atención al estro poético romántico del redactor

de espíritu místico, allí hay algo que puede convertirse en proyecto social y político.

Vea el lector a continuación el texto de la exhortación publicada por el párroco de la Catedral de San Salvador y se convencerá de lo que venimos diciendo y de lo conveniente que es que lo tomemos como guía para las reflexiones de los capítulos siguientes.

El Salvador hacia su transfiguración

Cada vez que llegan en el calendario cívico-religioso las Fiestas Agostinas del Divino Salvador del Mundo, el corazón de todo salvadoreño se llena de júbilo y vienen a su mente los recuerdos del pasado para mezclarse con los ardientes deseos de un futuro mejor. Esta fusión de pasado y de futuro, de fervor religioso y de civismo, son las fiestas patrias salvadoreñas que conmemoran a la vez la fundación de la ciudad capital y el hecho evangélico glorioso de la Transfiguración del Señor.

Este año 2000, año jubilar, nos coloca coyunturalmente, según los designios de la Providencia y las señales de los tiempos, en una plataforma de lanzamiento que concuerda con el contexto de los acontecimientos mundiales. Hay un paralelo entre la cronología mundana del desarrollo científico-económico y los planes que Dios tiene de salvación de la humanidad.

El Salvador, recién salido de un conflicto fratricida y en vías de franca recuperación, camina hacia la integración de la familia nacional y, expresado esto en los términos técnicos de la Doctrina Social de la Iglesia, el ideal no puede ser otro

que el de la economía de la solidaridad dentro del concepto de la civilización del amor. Si trasladamos tal transformación al plano del espíritu, tendremos que llamarla Transfiguración, como la de Nuestro Señor en el Monte Tabor. La visión que esta vez presentamos de la Patria del Divino Salvador es que se trata de un pueblo que, por fuerza de su nombre y por el símbolo de su bandera que es la Transfiguración, está en perenne proceso de transfiguración y desde esta perspectiva deben apreciarse sus hechos históricos, la vida de la Iglesia, sus fervores cívicos, los hechos y dichos de sus hombres célebres, sus folclóricas tradiciones, su paisaje abigarrado y ardiente, sus gentes y la peculiaridad de su lengua.

Vemos que El Salvador se transforma y avanza en cuatro formas o líneas simultáneas de cambio. Tal avance social no siempre ha sido progresivo y positivo, puesto que hemos tenido en la historia hechos negativos, conflictos dolorosos y hasta rachas de apostasía y de infidelidad, como lo tuvo el mismo pueblo de Israel, por lo cual lo amonestaron sus profetas y Dios mismo lo castigó con amorosa providencia. Nuestra continua transfiguración o cambio de figura es el esfuerzo por mejorar de imagen y de vestido, de costumbres y de estados de ánimo, de situaciones sociales y económicas, de relaciones políticas e internacionales. Nunca estamos por mucho tiempo satisfechos de nuestro vestido. Lo cambiamos continuamente, siempre soñando con que algún día amaneceremos luciendo radiantes como en el Tabor lucía Jesús acompañado de Moisés y de Elías.

Las cuatro transfiguraciones de que aquí hablaremos son, por su orden: 1) la transfiguración (visible, espectacular, procesional) de la imagen del Divino Salvador del Mundo, el día 5 de agosto por la tarde; 2) la transfiguración (visible

también, artística y de monumentalidad arquitectónica) de la Catedral de San Salvador; 3) la transfiguración (espiritual, invisible, sobrenatural) de la Iglesia en su clero y en su jerarquía; y 4) la transfiguración del pueblo mismo en su trayectoria histórica, desde que comenzamos a ser bautizados como grupo étnico, fecha que puede convencionalmente señalarse como la de la fundación de San Salvador el año de 1525, hasta el día de hoy, y hasta consumación de los planes de Dios.

Hablaremos de estas cuatro transfiguraciones como de un proceso complejo y global que abarca no sólo la dimensión espiritual y sobrenatural sino también los aspectos civiles, políticos y económicos de la vida social y profana. Así como “no se puede predicar el Evangelio a estómagos vacíos”, tampoco se puede pregonar una revolución para el bienestar económico que no tome en cuenta que “no sólo de pan vive el hombre”.

1. Transfiguración espectacular de la Divida Imagen.

Es esta la escena típica, salvadoreñísima, de la cual partimos para exponer nuestro mensaje. La ceremonia de la “bajada” (y también, por consiguiente, de la SUBIDA) de la imagen del Divino Salvador del Mundo, frente a su Catedral, la tarde del 5 de agosto, está llena de simbolismo y es aclamada con júbilo popular. Es el acto religioso cívico por excelencia de los salvadoreños. Es la expresión más folclórica y ardorosa de la salvadoreñidad. Es el acto oficial y nacional de adoración a Dios y de reconocimiento de la Iglesia Católica.

Si reflexionamos en la curiosidad ingeniosa de este tesoro cultural que poseemos los salvadoreños, hallaremos que

en él la transfiguración se nos presenta como una señal de nuestro destino histórico. Diríase que el signo comienza con un enigma, porque la figura que se nos ha dado de Jesús tiene dos rostros: el uno, el de la antigua imagen, sólida y grande, que se dice fue donada por el Emperador Carlos V, y el otro, el de la imagen procesional, la que fue esculpida por las manos devotas del maestro Silvestre Antonio García en 1777.

Dos imágenes diferentes, dos conceptos que se complementan para que comprendamos el divino lenguaje. La imagen imperial, hierática y de gesto hidalgo, mira al pasado irrenunciable de la tradición recibida por la fe y que no puede cambiar. La imagen popular, la que sí puede cambiar de vestido, con su rostro dorado por el sol y sudoroso de fatiga, mira al pueblo circundante, al que le toca sus ropas y le oprime con las súplicas de la urgencia cotidiana.

El Jesús español es bíblico y doctrinal. El Jesús criollo, ya con tintes de mestizaje, representa, entre angustias y entusiasmos, los anhelos inciertos de un pueblo joven.

La imagen patronal, inhiesta y vigilante como el general en jefe de la conquista espiritual, se mantienen no expuesta a las miradas y a salvo de los empujes del aluvión popular. La imagen procesional, en cambio, va en la marejada misma como en las tempestades de Genezaret. Es el Jesús compañero en la faena, con sus cabellos agitados por el viento y con sus manos imponiendo que reine la tranquilidad.

Pero hay una tercera imagen de Jesús que debe transfigurarse en la imaginación del pueblo. Es el Jesús al que el cariño y a veces el abuso de confianza llaman “El Colucho”, por su alegre cabellera suelta. Este es el Jesús cambiante al

que cada alma se aferra en los momentos de la tribulación, muchas veces queriendo hacer a Cristo a la medida de la circunstancias, de las necesidades coyunturales, de las pasiones, de los caprichos y de las ideologías.

¿Cuándo se transfigurarán estas tres imágenes en una sola? Que la ley de la tradición y de la fe sea la misma que la estructura social, política y jurídica de nuestro pueblo y que a la vez esta ley unitaria de razón y de fe sea la que regule y calme las conductas individuales, hoy tan expuestas a toda clase de vicios.

2. Transfiguración artística de la Catedral.

También el sagrado templo catedralicio de la Arquidiócesis de San Salvador ha sido objeto de sucesivas transfiguraciones en las que han competido el ingenio artístico de los arquitectos, las manos piadosas de los obreros y la acción fatal de las conmociones telúricas. Construyéndose y destruyéndose en la contradicción de los tiempos, la casa material del culto es el símbolo de un ensayo que nunca se satisface y nunca termina. ¿Qué casa puede ser en la tierra digna del Dios de los cielos?

La historia nos dice que la primera Catedral de la nueva diócesis de San Salvador, creada por el Papa Gregorio XVI, el 8 de septiembre de 1842, fue la que hasta entonces había sido templo parroquial, edificio que había sido terminado en 1808 y que fue derrumbado por el terremoto de 1854. Se levantaba al costado oriente del actual parque Libertad. Después de la terrible desgracia de 1854, comenzó a construirse en el mismo lugar de la Iglesia del Rosario, la cual hizo de catedral provisional hasta el año 1888. Fue la segunda transfiguración del templo.

El terremoto del 19 de marzo de 1873 destruye la catedral. Por orden del Obispo José Luis Cárcamo y Rodríguez se construye en el actual lugar en donde estaba el templo de Santo Domingo. La construcción es de madera. El principal promotor fue el muy ilustre Mons. Vicario Provisor General Miguel Vecchiotti.

El año de 1888 se inauguró la segunda Catedral transfigurada, el templo nuevo de bello estilo romano, engalanado luego con cuadros del pintor Pascasio González y de otros artistas de renombre. Esta arquitectura se levantó al costado norte del actual Parque Barrios y duró hasta que fue destruida por un incendio el 8 de agosto de 1951. En ese siniestro fue notable cómo el pueblo respetó los bienes del templo y hasta los ladrones reconocidos se abstuvieron de apoderarse de ellos. En esa ocasión, la imagen procesional del Divino Salvador del Mundo fue a refugiarse en el Seminario San José de la Montaña, a donde la llevó el Canónigo Monseñor Toribio Alférez, diciendo con lágrimas al tocar las puertas de la casa: "Aquí les traigo al Divino Salvador. Viene a pedirles posada".

Nuevamente, la Iglesia del Rosario asumió la dignidad de Catedral, compartiendo después esta categoría la Basílica del Sagrado Corazón, en la Calle Arce, mientras se llevaban a cabo las obras de la nueva Catedral, grandioso proyecto de la firma Durán-Duarte, cuya primera piedra se puso el 12 de octubre de 1956.

En cuanto a la transfiguración de esta última Catedral, y que confiamos en Dios sea definitiva, dada su solidez y su monumentalidad, diremos que no ha sido entre esplendores de Tabor sino entre tormentos de Calvario. Su construcción ha durado desde 1956 hasta 1999. ¡Más de 40 años, entre los

cuales se halla la “década perdida” del sacrificio fratricida, de la profanación y de la abominación llevada hasta el Santo de los Santos! ¡Ay, para qué recordarlo y cómo no recordarlo!

Por fin, el año de paz de 1999 el 19 de marzo, ha sido el de la inauguración de la nueva catedral iniciada por Mons. Alférez y proseguida durante casi ocho lustros por Mons. Modesto López Portillo. Catedral, poema de la solidez de la piedra, firme amor del cemento con el alma del hierro.

La nueva Catedral transfigurada, gran ave Fénix que se ha posado en el valle de los temblores para ordenarle a la tierra que deje de ser inconstante y que le conceda ya al país los nuevos siglos de la estabilidad en el reino de la fe, de la justicia y del bienestar.

3. Transfiguración espiritual de la Iglesia Jerárquica

Más que imágenes y más que belleza arquitectónica, la iglesia es tesoro de fe y riqueza viva personal expresada visiblemente en el pueblo de Dios, en el sacerdocio y en la jerarquía eclesial. Merece nuestra atención esa espléndida institución purpúrea del episcopado, que ha sido una permanente cátedra de sabiduría y que ha venido experimentando una continua transfiguración, según las exigencias de los tiempos. Desde los polémicos sucesos del Padre José Matías Delgado que aspiró a la mitra en 1824 y desde el nombramiento y consagración en la propia Roma del Primer Obispo de la recién creada Diócesis de San Salvador, Monseñor José Jorge Viteri y Ungo, en 1842, hasta los sangrientos años de las últimas décadas del siglo XX, el Episcopado salvadoreño (ahora repartido en ocho diócesis, a las que se suma el Ordinariato Militar) ha pasado por largos años de Calvario y por escasos días de Tabor.

- a) *Primer Obispo. Monseñor José Jorge Viteri y Ungo (1843-1853), período agitado de la postindependencia. Conflictos entre la Iglesia y el Estado. Persecuciones, destierros, inestabilidad.*
- b) *Segundo Obispo: Monseñor Tomás Miguel Pineda y Saldaña (1853-1875). Continúa la misma situación difícil para la Iglesia.*
- c) *Tercer Obispo. Monseñor José Luis Cárcamo y Rodríguez (1875-1885). Con él se cierra la época conflictiva de la postindependencia.*
- d) *Cuarto Obispo (1888-1913) y primer Arzobispo (1913-1926). Monseñor Antonio Adolfo Pérez y Aguilar. En este período la historia eclesiástica transfigurada marca un giro de por lo menos noventa grados. Se crean las diócesis de Santa Ana y San Miguel, con lo que San Salvador (incluyendo los departamentos de la Libertad, Chalatenango, Cabañas, La Paz y San Vicente) sube a la categoría de Arquidiócesis.*
- e) *Segundo Arzobispo. Monseñor Alfonso Belloso y Sánchez (1928-1938). Hombre de gran sabiduría cuyas cartas pastorales estuvieron a la altura de las encíclicas papales de la doctrina social de la Iglesia. En su época, fueron los lamentables sucesos del levantamiento comunista y de la masacre de los campesinos indígenas.*
- f) *Tercer Arzobispo. Monseñor Luis Chávez y González (1938-1977). Su época es la gloria del Seminario Central San José de la Montaña, verdadera universidad espiritual de Centro América. A él le tocó también recibir el embate de las novedades teológicas que tanto han confundido las mentes de muchos cristianos. Su santidad y su humildad se hicieron proverbiales.*
- g) *Cuarto Arzobispo. Monseñor Óscar Arnulfo Romero y Galdámez (1977-1980). Con él llega la Iglesia a la cruenta escena de la crucifixión, en medio del griterío*

y de la acometida terrorista guerrillera que afligió al país durante más de una década. La voz del pastor, en plena celebración eucarística, fue acallada por la bala asesina el 24 de marzo de 1980. Actualmente se lleva en Roma el proceso de Canonización.

- h) Quinto Arzobispo. Monseñor Arturo Rivera Damas (1983-1994). Llega a la cumbre arzobispal cuando la marejada sangrienta está en su máxima virulencia política. De allí se va descendiendo poco a poco hacia la incierta llanura de los acuerdos de paz. Monseñor Rivera muere el año de 1994.*
- i) Sexto Arzobispo. Monseñor Fernando Sáenz Lacalle (1995...) Su figura, personificación de la discreción y de la mansedumbre, es la acción del borrador suave que va limpiando la pizarra ignominiosa donde se escribía una historia de feroces antagonismos. Se identifica con la nueva Catedral transfigurada, inaugurada el 19 de marzo de 1999, en la que ha puesto lo mejor de su celo incansable y lo más exquisito de su buen gusto. Con él la casa nueva de Dios está lista e iluminada para la liturgia del nuevo milenio y para que en ella reunificada la familia salvadoreña goce de paz eucarística.*

Paladines de catedral

- a) "El Canónigo doctor Miguel Vecchiotti era natural de Fermo, Italia. Llegó a América como secretario del Nuncio en México; después se trasladó a El Salvador, en donde trabajó con celo inquebrantable.*
- b) Fue el nervio y el alma de la construcción de la 2ª Iglesia Catedral.*
- c) Nombrado Secretario de la Diócesis por el Obispo Señor Tomás Miguel Pineda y Saldaña y refrendado por el Obispo Cárcamo y Rodríguez.*

- d) *Gobernó la diócesis (sede vacante) durante tres años. Desde la muerte de Mons. Cárcamo y Rodríguez hasta el nombramiento de Mons. Pérez y Aguilar.*
- e) *El Pbro. Sinesio Guadalupe Elías, Sacristán Mayor de Catedral desde 1913 hasta el día de su nacimiento a la eternidad, 12 de mayo de 1925. Él fue quien compró el reloj que causó tanto encanto a la población que era delicia de oírlo dar las horas.*
- f) *Mons. José Toribio Alférez. "Llama la atención el éxito que logró, mientras permaneció en Catedral. Él inició la construcción de la actual Catedral". Casi veintisiete años de labor desde antes del incendio hasta que fue nombrado párroco de Candelaria".*
- g) *"En la Catedral hay un hombre, serio y adusto, espiritual y austero, que se ha identificado con la grandeza del monumento. Es Mons. Modesto López Portillo, buen ejemplar del sacerdote que, responsabilizado de su específica misión de mediador entre Dios y los hombres, se ha dedicado a la dureza y a la pureza del trabajo, sin que lo perturbe el bullicio verbal y demagógico de falsos compromisos con las agitaciones políticas del mundo. Habla poco y trabaja mucho. Y su obra va quedando en piedra, pero en una piedra que canta y respira, porque la Catedral está llena de oraciones, de incienso y de silencio, es decir, llena de Dios". (Orientación 29-jul. 1973 pag. 12). Llegó a Catedral el 13 de febrero de 1964. Desde esa fecha hasta estos días, treinta y seis años de ardua labor.*

4. Transfiguración histórica del pueblo salvadoreño.

He aquí la empresa más difícil de entender y de realizar. Cuando nosotros ni siquiera hemos acertado a redactar un Plan de Nación, Dios sí tiene sobre nosotros un plan providencial, el cual comienza a expresarse en el nombre mismo

con el que nos distinguió: El Salvador. ¡Oh privilegiado país de El Salvador: salvar, salvar, salvarte a ti mismo y salvar a muchos más, esa es tu misión! Recordamos aquí aquella ingeniosa expresión latina que inventó y que pronunciaba muy a su gusto Mons. Rivera con su sonora vocalización de latinista “¡Salva, Salvator, Salvatorem!”, que quiere decir: “Oh Salvador, salva a El Salvador!”

La salvación y transfiguración de nuestro país, es algo que sólo podría apreciarse desde una perspectiva histórica mucho más avanzada en el futuro, como desde una altura profética, don que nosotros no poseemos. Sin embargo, con casi dos siglos de independencia, recién salidos de la dolorosa y humillante experiencia de una guerra fratricida que nos fue impuesta y en la expectativa de entrar al nuevo siglo con los impulsos de la civilización tecnológica cada vez más globalizante, bueno es que nos preguntemos si es acertada este año nuestra “BAJADA” y si tenemos el vestido adecuado para la “SUBIDA” de la transfiguración. Es aquí donde vuelve la idea de un Plan de Nación, pero de una nación cristiana, según el ideal del Reino de Dios sobre la Tierra.

No deberíamos pensar sólo en “irla pasando”, en ir sobreviviendo, en dejarnos llevar de los signos de los tiempos. Deberíamos tener, como El Salvador que somos, un plan salvador agresivo de conquista espiritual, junto con un método de lucha o de estrategia. Nuestro cristianismo para el Siglo XXI debe ser más ofensivo que defensivo, más propositivo que opositor, más contestador y resolutivo que cuestionador, menos el terror del pecado y más la civilización del amor.

II. DEFINICIÓN DE TÉRMINOS

Podría alguien reclamar que la expresión “definición de términos” suena a tautológica. En efecto, definir es señalar fines o límites, concretar el alcance de la acepción de las palabras, dar el concepto exacto de una cosa para distinguirla de las otras, tal como lo exige el rigor de la lógica; lo cual viene a ser lo mismo que señalar los términos o los lugares donde termina la jurisdicción semántica de una palabra. La misma palabra es llamada término en castellano, como quien dice una propiedad privada que tiene su derecho y que limita con otras propiedades.

Los romanos, el pueblo que mejor ha expresado el sentido del derecho, habían elevado a la categoría de dios el concepto de Término, esta vez con mayúscula, que era imaginado como el genio tutelar de la propiedad privada, de la economía doméstica y hasta del territorio del Estado. Este celo por la precisión y la exactitud dice mucho de la honradez intelectual de aquel pueblo que fue el creador del Derecho Romano.

No obstante la objeción de la apariencia tautológica, nos viene bien que definamos aquí los términos o sea las palabras claves que vamos a usar, porque el léxico tiene siempre su mezcla o contaminación subjetiva, según el escritor que

lo usa. Es lo que se conoce como pragmática o sea, según la define el diccionario oficial de la lengua castellana, como “la disciplina que estudia el lenguaje en su relación con los usuarios y las circunstancias de la comunicación”.

Nuestro léxico lleva un tema, pero también un tono, es decir, una letra y una música. Además, vivimos una época supuestamente de recuperación y, después de una década sangrienta y de unos acuerdos desacordados de “paz”, todavía quedan campos que no se han limpiado de minas. El enfrentamiento continúa. La enfermedad del maniqueísmo crónico parece incurable. Por eso es bueno hacer antes las aclaraciones necesarias y las definiciones para que se entienda en qué pie está parado cada uno.

El tono de nuestro tema va en la diferenciación que a continuación vamos a establecer entre los modos de escribir la historia. Va también en el análisis que haremos del concepto de transfiguración, así como en las cuatro imágenes que en sueños se nos han aparecido del alma salvadoreña.

Hay cinco estilos o criterios de apreciar el curso de la historia: el político, el épico o poético, el filosófico, el científico y el teológico.

1. *La historia política.* Es la historia a la que estamos acostumbrados, la tradicional, la más fácil. Parece que es un marco obligado en el que se encuadran todos los pueblos, considerando a cada uno como una unidad, entidad o identidad que es conducida y dominada por un jefe. Así la historia se convierte en la vida de los jefes, de su poder, de sus órdenes y caprichos, de sus excesos, de sus hazañas. El pueblo es la masa que el jefe moldea o, por lo menos, es lo que se dice en las narraciones. La masa es

informe, anónima y muda. Los que valen son los héroes y los próceres, los que sobresalen.

Difícil salirse de ese marco, de ese mirar selectivo y preferencial de la fotografía histórica. El ojo se fija en lo que llama la atención, en lo que se sale de lo común.

En la historia de los reyes, de los dictadores, de los presidentes, de los revolucionarios, se pone de manifiesto un gusto maligno y sumamente perjudicial que ha persistido en la humanidad: el gusto por las batallas, la divinización de la guerra. Recordemos la grandiosa imagen del Dios de los ejércitos que nos viene de la Biblia.

La divinización de la guerra y la gloria de las batallas, en la historia y en la literatura, es una carga psicológica que ha tenido que sufrir la humanidad y que ha costado millones de vidas y montañas de dinero para mantener ejércitos sanguinarios e inhumanos. Cuando la humanidad se libre de ese espantoso concepto de realizar la lucha (mejor dicho, el trabajo) por la vida, se habrá librado de un peso que le atrasa la marcha hacia la realización de sí misma como concepto del hombre cabal y total.

2. *La historia épica o poética.* Es producto de la anterior, de los pueblos que marchan como enemigos disputándose la posesión de la tierra. Lo mismo hacen las manadas de animales salvajes. La historia poética es la historia, más cantada que contada, de los vencedores. Anda en los poemas, en las novelas y en la mitología.

Desgraciadamente, muchas veces aunque no siempre, el fuego de la fantasía poética ha servido para iluminar a los vencedores y para quemar a los vencidos. Ha sido

el efecto mencionado de concebir la vida como una lucha bélica y no como un trabajo, como una bofetada y no como un beso, como un empujón y no como un abrazo, como una trifulca de carnicería y no como una marcha fraternal.

No se puede negar, sin embargo, que la fantasía épica ha poblado la historia de esplendorosa belleza, de inverosímiles heroísmos, de divinas virtudes y de modelos de conducta dignos de ser imitados. Háblese de un panteón o de un santoral, de un museo o de un archivo. Digámoslo mejor con el léxico histórico salvadoreño: una Tierra de Preseas. Desarrollaremos este tema cuando hablemos de los hitos de la historia de El Salvador.

3. *La historia filosófica.* Llamamos así a la historia cuando trata de ser una narración razonada de los hechos, procurando ver entre ellos la trabazón que los une, sin arriesgarse por ello a construir una teoría filosófica y, peor aún, a tratar de valerse de los hechos para imponer una ideología preconcebida. Permanece como historia. No pretende ser filosofía. Lo filosófico o simplemente lógico de su trabajo consiste en hacer ver la trayectoria y secuencia de los acontecimientos, lo cual a veces se logra con la pura fidelidad a la secuencia cronológica. La filosofía de la historia, en cambio, como su nombre lo dice, es desde el principio una filosofía, un modo de mirar los hechos y de interpretarlos a la luz de la razón natural. Este último elemento la distingue de la teología de la historia.

La filosofía de la historia, según el tipo de filosofía con que se trabaja, es selectiva, según el criterio del escritor, y lleva la finalidad de sacar un provecho determinado. En cambio la historia filosófica o lógica no debe ser selec-

tiva. Su narración debe ser en línea horizontal sin darle más importancia o altitud a unos hechos que a otros. Lo importante es la secuencia y que no se omita ninguno de los sucesos. Lo filosófico, mejor dicho, lo lógico está en la trabazón de los hechos. Diríase que es un noticiero fiel con fotografías nítidas y completas, lo cual nos lleva al siguiente tipo de historia, la que llamamos científica.

4. *La historia científica*, que se ha puesto de moda, es cabalmente la información fidedigna e imparcial que acabamos de mencionar. Es informativa y lleva su rigorismo hasta los detalles más pequeños y hasta las intimidades biográficas de los personajes. No omite nada. A veces su curiosidad parece morbosa y hasta patológica, corriendo el riesgo de proceder así con intenciones ocultas de prestigiar o desprestigiar, lo cual es una desnaturalización del realismo científico.

La historia científica se jacta de proceder libre de fundamentaciones ideológicas y de intenciones moralistas o religiosas. Pretende presentar los hechos desnudos tal como fueron, no tal como yo los veo o tal como yo quiera que hubieran sido. Los cuenta, no los valora.

Lo científico de esta clase de historia está también en el soporte o complementación documental y bibliográfica que la acompaña. Diríase que se le da más importancia al escenario y a la tramoya que a los actores.

La historia que llamamos científica, fotografía o periodística informativa pretende ser un antídoto contra las narraciones triunfalistas y las exaltaciones de las historias épicas de la poesía y del patriotismo. Se expresa de preferencia en monografías y en biografías.

5. *La historia teológica.* Aquí en este punto conviene también que hagamos una fina distinción entre la historia teológica y la teología de la historia. La primera es ante todo historia, bien que la narración de los hechos se haga con mirada teológica o de fe, lo cual lleva implícita o explícitamente una valoración. En cambio la teología de la historia es declaradamente una teología, una teología aplicada a la historia o que trabaja hilvanando e interpretando hechos históricos.

El ejemplo más admirable que se conoce de historia escrita con espíritu teológico es el “Discurso sobre la Historia Universal” de Bossuet. Grandiosa visión de la humanidad, comparable a la “Ciudad de Dios” de San Agustín. Me recuerda también el “Genio del cristianismo” de Chateaubriand.

Repito que yo entiendo por historia teológica una narración que se mantiene como historia, bien que mirada con los ojos de la fe cristiana y viendo a Dios como razón de ser de todos los acontecimientos. Sobre esa narración fidedigna se levanta al sistema que arma la teología de la historia. Frecuentemente entre los escritores católicos se juntan y se confunden las dos cosas.

El punto de partida de la teología de la historia es la afirmación general metafísica (válida no solo para la historia de la humanidad) de que Dios, al sacar de la nada al universo, no lo lanza a la aventura incierta, desentendiéndose de él irresponsablemente, sino que lo dirige con un fin determinado y le traza una trayectoria. La humanidad es apenas una parte de la voluntad de Dios en el proyecto general de la creación. Al decir creación se incluye también la existencia de los ángeles o seres extraterrestres que por fe

suponemos anteriores al cosmos. Al intentar en la presente meditación pasar o pasear una mirada por el panorama de la historia patria lo hacemos nada menos que con la subliminal afirmación de que es posible tejer una teología de la historia de El Salvador, afirmación o suposición que anda ínsita en la retórica de nuestra literatura cívica y cristiana.

No estamos delirando en descarríos de megalomanía cívica. Estamos, con los pies en la tierra, practicando sencillamente una inmersión en nuestra conciencia histórica, algo que es razonable y hasta saludable, porque nos lleva a tomar en serio nuestra existencia como pueblo y a serle dóciles al creador que nos formó y que por algo nos puso en este territorio.

Teología de la historia es la visión de la historia del género humano con los ojos de la intención de Dios Creador, es decir, descubriendo y siguiendo en los acontecimientos y en las instituciones de los diferentes pueblos y culturas el cumplimiento de un plan y programa cronometrado del creador, cosa que resulta difícil, por no decir imposible, si nos dejamos impresionar por el aparente desorden y sinsentido del conjunto de las naciones que se agitan sobre la superficie del planeta. Sin embargo, si no nos dejamos llevar por la primera impresión, es posible que descubramos lo lógica que sigue Dios a través de la ilógica del hacer humano. En efecto, nada más lógico, ordenado y cronometrado que la ejecución del plan de la redención del género humano, desde el punto de partida del Génesis, seguido por los patriarcas con su estatura de menhires, luego por los profetas de voz estentórea, paralelos al curso del resto de las demás naciones distintas del pueblo de Dios, para desembocar en esa flor de los siglos que es la Encarnación del Verbo en el seno purísimo de la mujer más bella de la humanidad.

Después de la definición de teología de la historia, a nivel de toda la humanidad, fijémonos ahora un poco más atentamente en la porción de humanidad que somos nosotros y concretamente en las imágenes que hemos venido mencionando del alma salvadoreña, que ahora vamos a preferir llamar el alma nacional. Esta alma nacional es la heroína y la protagonista de la obra de la anhelada transfiguración. Para tan gloriosa empresa, el alma nacional tiene que prepararse con una adecuada educación. ¡Ah cuántas veces y por cuántos lados y con cuántas voces se ha hablado de la necesidad de la educación! Todos estamos de acuerdo en que la educación es la clave, el inicio, el instrumento y el secreto. Pues comencemos ahora mismo esa educación con una reflexión autocrítica y autopsiquiátrica para ver qué tan capacitada está el alma nacional para su empresa y qué características tiene su psiquismo, es decir, el instrumento con el cual va a trabajar y el campo donde va a levantar el edificio de la transfiguración. En otras palabras, vamos a definir y a precisar mejor los contornos de las ya mencionadas imágenes del alma nacional.

Una nueva observación nos sale al paso y es que las imágenes del alma nacional guardan cierta relación lógica y cronológica entre sí. Se nos aparecen en el desarrollo mismo de la conciencia individual. El alma colectiva, el alma de afuera, el ser del no-yo es lo que aparece primero.

La aparición del alma nacional la tenemos al salir a la calle, al entrar a la ciudad, al ver la multitud que parece ser una sola persona con miles de caras, así como aquella divinidad hindú que manotea con incontables brazos.

El alma nacional es "la gente" o quizá mejor dicho "el gentío". En el lenguaje serio y frío de la sociología se dice "la

sociedad", pero esa entidad abstracta se manifiesta de muchas maneras: como reunión, como asociación, como fiesta folclórica, como mercado, como tumulto, como manifestación, como procesión, etcétera.

La compañía bulliciosa del alma nacional causa alegría, lo primero, pero a veces causa miedo y se siente como amenaza, como reclamo y como exigencia. Es el todo que le exige a cada parte su contribución.

En la procesión se oyen oraciones. En la manifestación se profieren gritos y reclamos. En la plaza pública se dicen malas palabras y se cuentan chismes y chistes. En las reuniones serias se hacen reflexiones y proyectos.

Callada la multitud, como la tormenta que amaina, y regresando causados los manifestantes a sus casas, se siente una segunda revelación del alma nacional, una confesión íntima que a veces contradice a las vociferaciones de megáfono, de palos con clavos y de amenazas de revolución.

¿Qué es lo que en realidad se deseaba y se pedía en el colérico griterío? La masa enfurecida, ¿es auténticamente "el pueblo"? ¿Solo los que salen a la calle son pueblo? ¿No son pueblo la inmensa mayoría que se ha quedado en casa? ¿Hay que tomar al pie de la letra lo que dicen los que han salido descontrolados a la calle?

El gran aparato de la guerra, en realidad quiere todo lo contrario de lo que pide. Pide guerra pero quiere paz. Pide venganza y sangre pero lo que desea es fraternidad.

Pide la destrucción de la riqueza pero lo que de verdad necesita es acceder a la riqueza. No matar al rico sino llegar a ser rico. No divinizar la pobreza sino dejar de ser pobre. No construir el monstruoso edificio de una dictadura, ni una cuadrículada ciudad de tecnología material habitada por mecánicos robots, sino que cada ciudadano, no proletariado y empobrecido sino humanizado, pueda hacer libremente su hogar, a su estilo e ingenio, y vivir en él en paz en solidaridad con los demás, sin que por eso se satanicen y se combatan las naturales e inevitables diferencias. El alma nacional en esta segunda imagen es paz, unión, amor, hogar, familia, educación, cultura y poesía. No nos imaginamos que sea posible otra fórmula de paraíso terrenal.

Por las observaciones que acabamos de hacer se ve cómo el alma nacional se nos revela en el transcurso de nuestro desarrollo psíquico y en las experiencias del trato social. Es de notarse que el conocimiento de esa entidad social que llamamos alma nacional nos llega antes que el conocimiento de nuestra propia intimidad individual y personal. El conocimiento del yo es fruto de un desarrollo gnoseológico y lleva tiempo. En cambio el alma externa se nos mete desde fuera. Es como el aire que respiramos, las voces que oímos y el paisaje que se nos pinta es las pupilas. Otras veces esa entidad indefinible nos arrolla y nos arrastra como un torrente de violencia que se expresa de múltiples formas: el tráfico nervioso de los negocios, la competencia comercial, el estrépito de las máquinas de la industria, el ingenio bullucioso de las novedades, el furor desbocado de los placeres, la furia del mal humor y de la criminalidad. Todo eso es el constante huracán del alma colectiva.

Pero volvemos a preguntarnos: ¿Qué es lo que se busca con todo ese trabajo de la sociedad y de la civilización? Se

construye una ser de ingeniería tecnológica que es como un vestido ostentoso y complicado que constituye una atmósfera y un ornamento muy vanidoso y oneroso que cubre la desnudez del ser humano. ¿Es eso en realidad lo que se quiere? ¿Está satisfecho y cómodo el hombre llamado moderno con esos trapos que se ha echado encima?

La respuesta la dimos ya y ahora la repetimos. El hombre se contradice y se engaña en su precipitación. No es la diversión estrepitosa y mecánica de las ciudades la que el hombre necesita y busca. Todo lo contrario. Él quiere tranquilidad, reposo hogareño, calor de familia, solaz para la oración y la contemplación. No otra cosa simboliza la tímida avecilla que trata de hacer su nido en el ramaje. Esta contradicción y equivocación nos lleva a fijarnos en la tercera imagen del alma colectiva: la imagen del fantasma y del peligro.

El fantasma de que ya hablamos antes, como un espíritu del alma que llevamos dentro, efecto del pecado original, nos trae a la memoria una escena evangélica, narrada por los tres evangelistas sinópticos. Se trata del endemoniado que los discípulos de Jesús habían en vano tratado de curar. Al bajar Jesús de la transfiguración en el Tabor, acompañado de los otros discípulos, se encuentra con la confusión y la discusión entre las gentes y los escribas. Jesús cura al endemoniado y termina la escena con la siguiente reflexión. "Esta clase de demonios sólo pueden ser expulsados con la oración y el ayuno".

El autor del presente estudio se toma la libertad de ver en la escena descrita un símil de la tercera imagen del alma colectiva. El muchacho enfermo, como la multitud misma, están poseídos por el espíritu del mal y del error. El alma colectiva aquí busca la transformación y la felicidad en la

violencia, en la furia del libertinaje, en las ideologías equivocadas, en los regímenes políticos utópicos dictatoriales que engañan a la muchedumbre con retórica populista. Jesús en cambios ve allí una enfermedad social que solo puede ser curada por la fe de la oración y por la austeridad de una vida ajustada a las normas de la moral. Todo lo contrario del ateísmo que se anida y enquistas tanto en las formas voraces del economicismo hedonista como en las falacias de un utopismo basado en el odio de clases. Aquí el consejo del ayuno vale tanto para los capitalistas como para los socialistas.

La peor locura del fantasma es cuando se organiza en grupos criminales convirtiendo en hordas a las masas marginales de las ciudades y a las hambrientas comunidades del campo. Nos viene aquí el recuerdo de una vieja novela, “La horda”, escrita por el prolífico escritor español Vicente Blasco Ibáñez (1867-1928), en la que, a la vez que se justifica la rebelión de los sectores marginados tratados injustamente por los que viven en la abundancia, se menciona la solución de un “verdadero socialismo” que propone medidas paulatinas y evolutivas de justicia social. ¿Quién no ve aquí una semejanza con nuestro problema actual de las maras que con medios criminales quieren obligar a que la sociedad normal les financie su situación económica?

Solución tiene que haberla, aunque a saber cuándo vamos a llegar a encontrarla. Esta aparentemente desesperanzada reflexión nos lleve a la cuarta y última imagen del alma nacional, la del barrilete sostenido con un hilo por las manos de un niño.

¿Qué vemos simbolizado en ese barrilete? ¿Qué hay escrito en esa hoja volante que parece una carta enviada a las es-

trellas? ¿O a la Luna, o al Sol, o a Dios? Parece una estrella más ese pedazo de papel. Por algo se le llama también cometa. Otros, cuando es grande y redondo, lo llaman luna.

Se nos ocurre ver en el barrilete la figura de un documento fundamental en el que consta la identidad del pueblo y las normas que lo rigen. Es a la vez una fuerza que hala hacia arriba y un objeto flotante que es halado por alguien desde abajo. Dirigir y ser dirigido, las fuerzas opuestas. Perenne lucha interna que han sufrido los pueblos en su peregrinar histórico. Hasta los pueblos errantes, como los gitanos, han tenido un código fundamental de tradiciones, de moral y de concepción del mundo.

Israel, el pueblo modelo de la humanidad, tenía por guía la Sagrada Escritura, a la que llamaban “La ley y los profetas”, es decir las normas de la vida presente y la visión del futuro. Ninguno de los pueblos ha tenido una guía semejante; sin embargo, en todos ellos ha habido algo escrito, un documento base, el que modernamente llamamos Constitución. ¿Ha sido eso suficiente? ¿Ha tenido ese código la suficiente amplitud, seguridad, firmeza y autoridad para ser tal guía? Según sabemos por la historia, ese documento, como muchos otros, iba respondiendo a necesidades concretas y cambiantes en el transcurso del desarrollo social; sin embargo, se mantenía una columna vertebral que le daba al pueblo identidad inconfundible.

Estamos hablando de una fuerza sociológica que actúa en el subconsciente colectivo. Se lleva en la psiquis y en la cultura, en la semántica del habla y se ve hasta en la fisonomía arqueológica del paisaje. Sin embargo, era fuerza, precisamente por ser subconsciente e imprecisa, no es suficiente. Necesita definirse y concretarse en un documento o

por lo menos en un programa general de acción social y de orientación política. No debe ser un plan rígido e ideológico dictatorial como el que imponen los regímenes socialistas. Debe ser, más bien, como el común denominador que se destaque entre las múltiples iniciativas que broten del ingenio creativo de las diferentes instituciones. Cuando las instituciones y los individuos gozan de una sana libertad, el resultado, ciertamente, no es la anarquía sino la feliz coincidencia en los puntos claves del mecanismo social.

Cuando nos lamentamos de que el alma nacional, al levantar los ojos al cielo, se pierde su mirada en un azul indefinido sin constelaciones, no queremos que se nos interprete como que nos referimos, como hace algunos días se ha discutido, a la existencia de un estado fallido. No, de ninguna manera. Tenemos estado, tenemos instituciones, tenemos leyes, pero hace falta darle unidad y coordinación a todo eso. Nos hace falta un nuevo Isidro Menéndez que codifique, rectifique y edifique todas esas piezas jurídicas.

En lo que viene el sacerdote jurista, si es que viene, a legislar o a exorcizar, pasemos nosotros ahora a desentrañar un poco el concepto de transfiguración.

Todo lo que hemos considerado en la contemplación de las configuraciones del alma salvadoreña se expresa en una exclamación, en una plegaria, en un anhelo angustioso o entusiasta de superación.

Superarse quiere decir: ir más arriba de la propia estatura, cosa que, ciertamente, en el caso de El Salvador, tiene algo de raíz psicológica en la pequeñez del territorio. Demasiado grande el alma dentro de tan poco cuerpo.

El autor de este estudio cree estar acertado al darle carácter de tesis seria (histórica y filosófica, mejor dicho teológica) a la afirmación de que la fisonomía del salvadoreño está en la escena de la transfiguración. En ningún otro acto, ni siquiera en las conmemoraciones cívicas, y mucho menos en las lavas ígneas de las hordas que salen a pintar paredes y hasta a destruir casas y personas, se ve reflejado y escenificado el pueblo salvadoreño como en la ceremonia de la transfiguración frente a la catedral metropolitana el cinco de agosto de cada año. Por eso es necesario que deleetremos despacio esta palabra de transfiguración y que describamos su entorno semántico.

La faena del Dios creador, formando al hombre en el taller del paraíso terrenal, nos ha quedado en la mente como el modelo de la creación artística. El escultor, el artista por excelencia. El barro, el material más apropiado. El hombre, la imagen ideal que debe modelarse. Desde esa raíz genesiaca el hombre tiene la idea de que él es una imagen, una escultura, una semejanza, algo que debe estar haciéndose constantemente, interminablemente, figurándose, cobrando fisonomía y estatura, creciendo y engrandeciéndose. El existir es un trabajo, una labor escultórica, quizá mejor dicho, monumental y arquitectónica. Tal trabajo lleva tiempo, todo el tiempo de la historia, y el hombre actual, por mucho que sea asombroso su progreso tecnológico, está muy lejos todavía de alcanzar su figura completa.

Desgraciadamente ha ocurrido en la evolución de la humanidad un fenómeno que la ciencia antropológica no ha podido explicar y solo la religión ofrece la teoría del pecado original. Ese fenómeno es el mal que el hombre lleva en sus entrañas, la desviación hacia lo negativo y absurdo que obstaculiza constantemente su labor escultórica de figuración. A tal figuración se opone la desfiguración.

Al hombre desfigurado ya lo vimos en la imagen del alma nacional como fantasma. Hombre deshecho y maltrecho con la máscara del espíritu del mal que lo posee.

Aquí urgen los primeros auxilios. Nos encontramos ante el hombre que dejaron herido de muerte los criminales en el camino de Jericó. A este hombre, aún no deshecho, puesto que todavía vive, hay que rehacerlo, refaccionarlo, repararlo, refigurarlo. Tal es la descomposición social a la que está llegando el hombre de hoy, el que vive en los rascacielos, en los hoteles, entre las máquinas, en los vuelos supersónicos y en los lugares de recreo. También, no lo olvidemos, en los basureros de la pobreza y en los antros del vicio y del crimen. ¿Cabe mayor desfiguración y más urgente necesidad de refiguración? Digánlo, si no, los criminólogos, los antropólogos, los moralistas y los líderes religiosos.

Refigurar al hombre es devolverle su auténtica figura, aquella que tiene en la mente el divino escultor que está modelándolo.

Llegados a este punto en nuestro juego lexicólogo semántico nos encontramos con otra palabra de la misma familia. La configuración. Esta palabra nos advierte que la desfiguración o pérdida de la bella fisonomía del hombre no se debe solo a una descomposición del individuo en sí, sino también a una desvinculación de la parte con su todo; dicho en otras palabras: al hecho de que los prójimos han dejado de ser prójimos, se han desvinculado, se han olvidado unos a otros. Tráigase aquí a cuento el encomiable empeño que tiene la Iglesia, con el Papa a la cabeza, para que nos integremos al amor preferencial por los pobres, es decir, por esa parte más necesitada de medicina del cuerpo social. La configuración del hombre es la formación de él no solo

como un todo en sí, sino como un todo con todos. Eso es la configuración. Eso es la humanidad. La teología católica lo dice con otras palabras: el cuerpo místico de Cristo.

La desfiguración del hombre es un fenómeno socio-cultural-biológico que se está dando a nivel mundial. Que se nos perdone y se nos rechace si nuestro lenguaje suena a pesimista, pero vamos a dar nuestra visión basada en una simple observación general o quizás en una intuición sentimental equivocada. Sí, lo decimos claramente, hay una degeneración de la humanidad, una degradación que corre parejas con el orgullo de las conquistas en los ámbitos de la ciencia.

Es mundial el fenómeno que Ortega y Gasset llamaba la rebelión de las masas y que Blasco Ibáñez lo veía como una horda social creciente que proliferaba en las ciudades y en los campos. Es como una subcultura, una subsociedad o una subhumanidad que, desarrollándose como dos corrientes o charcos marginales a ambos lados del torrente central de la humanidad, han ido adquiriendo cada vez más fuerza y hasta prestigio, constituyendo ahora un opositor o un dialogante válido que le disputa el poder a la que se consideraba la sociedad normal y razonable.

El hecho de que existan en la sociedad sectores marginales y periféricos es una especie de ley física, como las leyes de la gravedad y de la densidad de los cuerpos o como la ley biológica del más fuerte. El mismo refugio y choque de fuerzas produce esas diferencias y esa categorización. Lo catastrófico sucede cuando el residuo marginal y periférico crece demasiado por diferentes razones (aquí hablese de la injusticia social) empuja y aprieta al sector central quitándole terreno y hasta imponiendo la incultura sobre la cul-

tura, los nuevos valores subversivos sobre la ética racional. De seguirse este proceso, lo que luego sucede es que, al imponerse los audaces de la horda, como no están acostumbrados a ejercer el mando conforme a derecho ni poseen en su mente recursos culturales, lo que hacen, en medio de los desmanes que son propios de la situación, es imitar a los déspotas destronados y hacer su turno como tiranos del pueblo, dentro del cual siguen existiendo incluso aquellos miles de anónimos que ayudaron a subir a los nuevos líderes. Son ciclos sociales que se repiten en ondulaciones de subir y bajar. Cuando baja el que estaba arriba, se pierde en el anonimato y hasta en la pobreza. Cuando sube el que estaba abajo, dice en sus adentros: Ahora me toca a mí gozar.

La degradación por la que en una sociedad se impone la corriente marginal sobre la central es un proceso que calificamos como degeneración. No indagamos las causas de esta degeneración ni nos oponemos, de ninguna manera, a la afirmación de que la causa principal está en el mal tratamiento que el sector central ha hecho al marginal y el empuje que le ha hecho para echarlo cada vez más afuera. Todo eso no lo discutimos aquí. Nos fijamos en la existencia de la masa marginal y tratamos de describir los pasos de su degeneración, degradación o discriminación.

Primeramente existe una discriminación socio-económica. Al pobre, al ignorante y al incapaz se les mira de menos y se les aparta, en vez de auxiliarlos. Así comienza la clase marginada y luego la conciencia de su marginación. El confinamiento en sus duras condiciones de vida es el primer grado de degeneración.

Prolónguese por años este sector humano marginal y tendremos generaciones incultas, carentes no solo de los

goces materiales sino del deleite de los valores del conocimiento, del arte y de la ciencia. Estamos en la degradación cultural.

La conciencia de clase, mientras tanto, se ha venido formando y lleva en su mente el complejo de la inferioridad y la falta de autoestima. A este estado de ánimos lo llamamos degeneración psicológica o tercera degradación.

¿Qué clase de seres humanos, de ciudadanos, se producen de generación en generación en el ambiente de la pobreza, del analfabetismo y de la falta de autoestima? El mal de la marginación ha calado tan profundo, que ha llegado a una degradación genética. Estamos ante un sector subhumano donde hasta el amor natural a la vida y el instinto de conservación se han debilitado. Esa masa humana aparentemente temible y salvaje, es en realidad íntimamente indefensa y necesita redención. A veces hay que entender al criminal y al asaltante como mendigos sordomudos que piden limosna a disparos y a machetazos.

Una reflexión más sobre los conceptos de solidaridad y de vinculación generacional es que el sector privilegiado de la sociedad central no debe formarse la idea equivocada de que los marginados son como invasores extraterrestres. No, son parientes y a veces muy cercanos que nos hacen hasta cómplices de su situación. Compartimos la responsabilidad. Son la parte de nosotros mismos que necesita curación y redención. La degradación genética de que estamos hablando es un fenómeno que abarca a toda la humanidad.

Para terminar esta definición de términos, insistamos ahora en el concepto de transfiguración que es el *leitmotiv* de nuestra meditación. De ella nos ocuparemos en el capítulo

lo sexto, pero ahora debemos ya puntualizar el sentido en que la estamos usando. Los cambios que hemos venido mencionando, la figuración, la configuración, la refiguración y la desfiguración, son todos ellos pertenecientes a la semántica de la razón natural, mientras que la transfiguración, que aquí la tomamos de la escena evangélica del Tabor, nos traslada de un salto al orden sobrenatural.

El hombre, después de todos sus esfuerzos por figurarse, configurarse y refigurarse, se da cuenta de que, por meritorios y admirables que sean algunos de sus logros, se queda siempre insuficiente, malogrado y frustrado. ¿Qué sucede en la trayectoria escensional de la humanidad? ¿Qué fuerza la detiene? ¿Qué genio maléfico tira hacia abajo al pobre Sísifo cuando ya está cerca de la cima y lo hace volver al fondo del abismo?

El hombre se da cuenta de que sus fuerzas naturales no le bastan para lograr ser verdadera y completamente hombre. Tiene que superar su figura, tiene que transfigurarse y para ello tiene que subir al Tabor, al monte de las bienaventuranzas, junto con Jesús.

III. HITOS MEMORABLES EN LA HISTORIA DE EL SALVADOR

El camino que seguimos en el presente capítulo, buscando los hitos principales de la historia patria, para simplificar el trabajo y no convertirlo en una científica armazón de narración histórica, avanza entre dos obras que hemos escogido como referencias; la primera es la "Historia de la iglesia en El Salvador", escrita por Mons. Jesús Delgado (2011, Bicentenario del Primer Grito de Independencia) y la segunda la "Historia de El Salvador", libro escrito por varios autores y patrocinada por el Ministerio de Educación, 1994. Caminando entre las dos vallas, la civil y la religiosa, atendemos los dos aspectos de la vida nacional, el que presenta la arquitectura jurídica del estado y el que penetra en las interioridades de las conciencias. La primera se llama civilización, la segunda recibe el nombre de evangelización.

Pongámosle atención especial a los conceptos de civilización y evangelización, tal como en esta meditación histórica vamos a entenderlos. La civilización, una civilización nueva, es la que nos vino a los países del nuevo mundo a raíz del descubrimiento y la conquista. Ya teníamos una civilización, una cultura, pero nos vino algo nuevo, algo que nos trastornó y nos sacó de quicio. El territorio mismo cambió. Lo cambió la política. Lo dividió de otro modo y le im-

puso un gobierno del cual los aborígenes no tenían la menor idea. Más todavía, se le inculcó violentamente a la raza una nueva sangre, un mestizaje problemático y conflictivo. A todo eso le estamos llamando nueva civilización.

A la vez que sucedía la catástrofe civilizadora se nos inculcó en las conciencias, por misericordia de Dios y con las inevitables deficiencias de la condición humana, la evangelización, es decir, el conocimiento de la fe cristiana y el régimen de las conciencias por medio de la Iglesia Católica.

Tal fenómeno en el encuentro de los dos mundos, el viejo y el nuevo, no se ha dado solo en América. Es algo que viene sucediendo de diferentes maneras y en diferentes grados en toda la historia. Dos constantes movimientos, simultáneos y paralelos, constituyen el proceso de la historia de la humanidad. El mundo es una máquina viva que se sacude nerviosa e impaciente, como el animal platónico que desprecia sus miembros para erguirse en su cabal estatura, y, crece en todas direcciones rugiendo con hambre de espacio y de dominio. El hombre es un ser devorador. Luego, sobre ese gigantesco quehacer social de la humanidad que llamamos natural, sobreviene sorpresivamente la novedad sobrenatural del Dios encarnado que toma posesión de la propiedad que le pertenece y que parecía tener olvidada o descuidada. No obstante, el avance civilizador, corriente indetenible, continúa y tiene su propia mecánica, obedeciendo a una ley que, en el fondo (a pesar de los caprichos y de los extravíos de la soberbia y de la insensatez de las tiranías) es la manifestación de una voluntad superior, puesto que en ella entran en acción todas las fuerzas de la naturaleza. Dios, por lo tanto, respeta esa ley puesta por Él mismo y no debe pensarse que la ley de la redención y de la gracia viene a destruir la naturaleza ni a suprimir

(sustituyéndolo por una teocracia) el gobierno civil de la humanidad. Semejante lucha espectacular, no de mutua destrucción sino de complementación y de armonización, es la que vamos a ver en el caso particular de la historia de nuestro país, El Salvador.

La visión histórica que nos ofrecen los autores de la obra del Ministerio de Educación es interesante y muy valiosa por dos razones: primera, porque es de actualidad, escrita poco después de los Acuerdos de Paz que pusieron fin al conflicto de la década de los años ochenta; y segunda, porque los autores son un equipo multidisciplinario que se ve que pusieron mucho cuidado en evitar los sectarismos ideológicos que suelen teñir de acentuados colores esta clase de estudios.

Mérito grande de los autores del libro "Historia de El Salvador" es que se salen del camino trillado de la narración cronológica gobiernista y presidencialista, además de belicista, para buscar una secuencia lógica y una línea cultural de interés de los diferentes sectores que van con el intento de hacer país, de formar conciencia nacional, de procurar unidad y proceder de acuerdo a un proyecto o, por lo menos, de coincidir en el deseo del bien común. Se nota en los investigadores la búsqueda de una lógica de la historia. Más todavía: son conscientes y responsables de que El Salvador tiene que consolidarse como país, como Estado y como nación.

Es fácil seguir el peregrinaje visible de la nación que nace, que emprende un éxodo, que se forma, que asegura un territorio, que levanta edificaciones y que organiza su gobierno; pero es difícil darse cuenta del viaje espiritual de una idea por el subterráneo de las conciencias. El agua del

mensaje de la fe se filtra bajo tierra y se abre paso por las venas de la imaginación y del pensamiento topando con los obstáculos de la tradición y terminando en la mezcla del sincretismo.

El mérito de la “Historia de la Iglesia en El Salvador” de Mons. Delgado es que se introduce en las catacumbas del hermetismo de las atemorizadas conciencias de los indígenas precristianos y describe el procesos de la penetración de los nuevos conceptos religiosos. Describe minuciosos detalles de la enseñanza de los sacerdotes religiosos doctrineros y de la solicitud pastoral de los sacerdotes diocesanos como curas, es decir, como párrocos. Labor tan callada como titánica. Es una gestación, una maravilla uterina, un trabajo de minería, una exploración arriesgada, una conquista y una colonización llevadas a cabo mediante un trabalenguas de idiomas. Las “doctrinas” o grupos eventuales de catequización se solidifican y se convierten en parroquias, es decir, en familias bajo la solicitud paternal de un párroco. La figura que aquí entra en escena es de una significación profunda y de un alcance social impredecibles. La parroquia es el modelo de iglesia (comunidad utópica) a la que se refirió Cristo cuando le dijo a Jerusalén: *¡Cuántas veces quise reunir a tus hijos como la gallina reúne a sus polluelos debajo de sus alas!* (Mateo 23,37).

Moviéndose entre las dos vallas, la civilización y la evangelización, la labor de la teología de la historia consiste en descubrir (intención audaz, casi irrespetuosa) la voluntad entretejadora de Dios y el método de que se vale para coordinar las direcciones e intenciones encontradas que se mueven entre las voluntades humanas y la voluntad divina.

Al contemplar este juego de voluntades y partir del supuesto de que es Dios el que dirige todo el conjunto, ¿no estaremos pecando de demasiado crédulos e ingenuos? El aparatoso espectáculo de la humanidad no parece precisamente ordenado, bello y bueno. A ratos causa desconcierto y hasta horror. No podemos predecir en qué va a terminar, a no ser que nos pongamos a recitar el credo de pura memoria y con los ojos cerrados. Mientras tanto rugen en nuestro derredor ruidos siniestros y parece que el dios maniqueo del mal es el que se da el lujo de presentar una tragicomedia desbaratada y cruel. ¿No será que nuestro cristiano Dios del bien está fracasando y que el diablo (*diábolos*: perturbador y mentiroso, el que tira por todos lados en desorden) está ganando la apuesta del libro de Job y del Fausto de Goethe?

Una consoladora voz de prudencia y optimismo viene en nuestro auxilio y nos advierte que, en el aparente desorden o sinsentido del peregrinaje humano, nos fijemos en ciertos hitos o señales que nos orientan. No todo es bullicio y estrépito. En el fondo suena una música, una sinfonía que hay que saber escuchar. En medio del aparente desbarajuste se mueven agentes del orden y vigilantes que cumplen su función. Todo ello podremos apreciarlo si nos fijamos en lo que llamamos hitos.

¿Qué y cuáles son los hitos de la historia? Son señales objetivas que están allí en el camino. Pueden ser personas, cosas o sucesos. Hay hitos que son monumentos arqueológicos. Hay hitos que son héroes epónimos. Otros son personajes nefastos que dejaron tras sí regueros de sangre o enseñanzas erróneas. Hay hitos que son sucesos, siniestros, guerras, pestes, milagros, apariciones.


Pero no solo existen señales objetivas que están en el camino. Un hito puede también ser marcado subjetivamente por el observador que se detiene en un sitio determinado. Aquí de detuvo a descansar o a mirar. Aquí dejó su huella. Aquí tuvo una visión del mundo.

Para cada lector y observador de la historia son importantes los hitos que llamamos subjetivos porque, aunque varían mucho de persona a persona, son inevitables y necesarios. Dios, en una misma caravana, se revela de distintos modos a los caminantes. Les habla en distintas lenguas y con diferentes símbolos, conforme al rol que a cada peregrino le ha señalado.

Aquí se abre una rendija para la teología de la historia, es decir, para ver los acontecimientos con un ojo especial y para leer en ellos una significación que solo la revela la fe. De aquí que la teología de la historia tenga diferentes grados de profundidad según la claridad de la vista y según la pureza del corazón del contemplador.

La historia de El Salvador, para el que sepa leerla, es un libro escrito con caracteres casi bíblicos, comenzando por el privilegio de llevar el país el nombre del Dios encarnado, Jesucristo, El Salvador del Mundo, cosa que debe tomarse en serio y no como una mera casualidad. Por aquí hay que comenzar. El atributo divino que se toma, el de "salvador", alude a una misión que es providencial en el consorcio de los países del mundo, sobre todo de los centroamericanos.

Desde luego, no vamos a precipitarnos a imaginar en qué puede consistir esa misión "salvadora" del pueblo rico en presecución. Sería una irresponsabilidad que quizá motivaría molestias de recelo, pero ciertamente algo de serio o de



concreto tiene que haber en el nombre de este pueblo que desde sus orígenes viene tratando de definirse y orientarse. Por algo permanece todavía entre la inseguridad de las conjeturas el seguro origen de este bautismo, así como el niño, cuando le echan el agua y lo ungen con el crisma del sacramento, no se da cuenta del nombre que le ponen. ¡Ayúdenos aquí la teología de la historia patria!

Si el país se llama El Salvador, en primer lugar este país tiene que salvarse de sí mismo, es decir de sus propias diferencias y errores, lo cual solo se logra estudiando la historia con objetividad e imparcialidad. Los errores del pasado, que generalmente traen castigos de consecuencia, deben reconocerse y evitarse en el futuro. Además de la lectura correcta de los hechos, se necesita una interpretación acertada e inteligente que penetre más allá de las apariencias.

En segundo lugar, salvar significa rescatar lo bueno, sacándolo, por ejemplo, de un incendio o de un naufragio, lo cual quiere decir apreciar la herencia cultural y moral que debe mantenerse como columna vertebral.

En El Salvador, desde los inicios de su vida independiente, nos ha seguido una sombra fatídica, como especie de signo maniqueo, de contradicción entre el bien y el mal, mejor dicho, entre dos tendencias contrarias que, cambiando de nombres, se han mantenido en lucha fratricida impidiendo la unidad. Tal signo aparece ya la figura del José Matías Delgado, Benemérito Padre de la Patria.

La herencia cultural y moral, la presea más valiosa que hay que salvar y tomar como directriz, se halla en las fuerzas vivas que constituyen la anatomía y la fisiología del orga-

nismo social. Contemplemos y admiremos algunas de esas bellezas en el panorama físico y espiritual de la nación.

1. El trabajo humilde y sagrado del hombre del campo que se ha mantenido en idilio con la naturaleza sin desprender sus ojos del cielo estrellado de la fe.
2. Las creaciones de los artistas que han dibujado el rostro del país y han cantado los amores de su corazón.
3. La contribución de los escritores que han producido una literatura nacional.
4. La sabiduría de los legisladores que han señalado el camino derecho del derecho y que a la vez se han enredado en el trabajo interminable de redactar constituciones políticas.
5. La paciencia de los educadores que desde enseñar a leer a los niños en las escuelas hasta formar profesionales en las universidades se han esforzado por sacar al país del analfabetismo y elevarlo al consorcio de la cultura universal.
6. El espíritu de libertad, aunque a veces indisciplinado y levantisco, con que los políticos han venido ensayando diferentes formas de intervención para la búsqueda del buen gobierno.
7. El valor de los hombres de empresa del capital, esos Vulcanos que penetrando en las entrañas de la materia hallan la riqueza que es espíritu.
8. La santidad de la religión cristiana en las enseñanzas de la Iglesia y sobre todo en el ejemplo de las almas de Dios.

A continuación vamos a presentar algunos hechos, personajes e ideas que son dignos de considerarse como hitos y motivos de reflexión para configurar la fisonomía y la teología de la historia patria salvadoreña. Digamos que vamos

a tratar de tomarle a la patria una buena fotografía o que vamos a pintarle un retrato fiel y respetuoso.

En el recorrido que vamos a hacer nos daremos cuenta de que, sin haberlo dispuesto nosotros como espectadores, hay en el proceso una secuencia, una constante y un sentido. Las cosas se suceden lógicamente como los términos de un razonamiento.

1. El alma de nuestro Padre.

El Padre José Matías Delgado se llevó a la tumba un secreto, un dolor y un amor. En esos tres misterios se llevaba también el conflicto del alma salvadoreña. El secreto del sacerdote que moría, auxiliado con los santos sacramentos por otros sacerdotes, era el conflicto que tuvo con las autoridades por su deseo de ser obispo. El dolor era ver que su amada patria Centroamérica, apenas nacida a la vida independiente, se estaba desuniendo antes de estar unida. El amor era lo más íntimo de su alma, la identificación que tenía con su pequeña patria El Salvador. Misterio, dolor y amor en el corazón del moribundo.

No poseemos ni palabras ni escritos que nos revelen lo que pensaba el sacerdote moribundo del 12 de noviembre de 1832. Se había retirado a la soledad después de haberle dado la libertad a cinco naciones, liderando a los mejores hombres de su tiempo.

El Padre Delgado actuó discretamente en los acontecimientos de 1811, audazmente en la declaración de la independencia y arriesgadamente en la pretensión de la mitra. En este riesgo, caminando sobre el filo de la espada, entre

lo canónico y lo político, estuvo el tropiezo de su vida. Sus planes eran más amplios de lo que la situación lo permitía.

¿Qué pensó en sus adentros el prócer en el tema de las encontradas opiniones sobre el derecho llamado de patronato para la elección de los obispos? ¿Cómo sufrió e interpretó la dura reprensión que le vino desde Roma? Su silencio fue tan grande como su respeto y su respeto no menor que su humildad y obediencia.

Aquí estamos nosotros ante el lecho de muerte del Padre de la Patria. Su silencio nos interesa tanto como sus palabras. Estamos atentos a sus menores movimientos. Queremos penetrar en lo que piensa su alma y sufre su corazón, porque José Matías Delgado es El Salvador. Bien es verdad que en esa época aún no existía definida y cortada la conciencia de los diferentes estados. Ciertamente es lo que dice en su biografía el Dr. Francisco Martínez Suárez, que “cuando hablamos del bien de la patria, no nos referimos a El Salvador, sino a Centroamérica toda que era la patria de Delgado y de los otros ilustres patriotas que se hallaban con él”, pero en su mente: Delgado moribundo, a diez años de distancia de 1821, ya veía venir el desgarramiento de la familia centroamericana y que El Salvador se estaba quedando solo para definirse con una personalidad inconfundible.

¿Qué pensaba aquel cerebro poderoso, qué presentía aquel corazón tan premonitor, qué deseaba para nosotros aquel Padre que tanto nos amaba? No lo sabemos pero podemos adivinarlo y suponerlo.

Delgado fue un instrumento en manos del destino histórico. La seguridad con que actuaba parecía venirle no solo de su naturaleza firme y equilibrada sino de algo superior.

En su persona nos dejó un modelo que los salvadoreños no hemos seguido en nuestros vaivenes políticos. Todo lo contrario ha sido el ritmo de nuestra conducta: la inseguridad, la imprevisión, la improvisación, la falta de claridad, la dualidad, la voluntariedad y, como resultado, el conflicto y la violencia.

No dejemos de mirar a nuestro Padre. José Matías Delgado es un monumento y está ahí. Su perfil tan típico y su pecho al frente son la proa y el rostro de la nave. Este personaje, ahora vuelto mitad histórico y mitad mítico, es un concepto, un ideal y un proyecto de nación.

El Padre Delgado, como mito, es la imagen cívica que más dentro llevamos en el alma los salvadoreños. Recordado y olvidado, más que una figura en la mente, es una fibra de nuestro psiquismo, un sentimiento que a la vez nos frustra y nos estimula. Afirmamos que en el psiquismo salvadoreño hay esa fibra de frustración y de reclamo que tiene sus raíces no solo en la pequeñez del territorio sino en el anhelo nunca satisfecho de ver una nación poderosa y de prestigio internacional que responda a la grandeza de su nombre. La otra raíz de la frustración está en el alma del Padre Delgado que no logró ser nuestro primer obispo, porque las circunstancias políticas (¡siempre lo político metiéndose en lo religioso!) lo llevaron por el camino equivocado. Con segunda intención decimos esto porque ese trauma nos ha perseguido a través de la historia y ha llegado hasta nuestros días.

El trauma de la contradicción interna entre lo político y lo religioso, que es el *leitmotiv* del presente ensayo, puede profundizarse y alargarse tanto, si se quiere, hasta llegar a las raíces evangélicas del conflicto de Jesús con las autori-

dades judías que eran “cesaropapistas” hasta la más intrínseca médula de la teocracia.

Vemos a través de la historia salvadoreña, en la disputa y competencia entre obispos y presidentes, que la mutua envidia de los poderes continúa. Los presidentes quieren ser obispos y los obispos quieren ser presidentes. Los seglares quieren ser sacerdotes y los sacerdotes quieren aseglarse. Se combate a los sacerdotes por verlos demasiado sagrados mientras las autoridades civiles se engrandecen abusivamente hasta darle caracteres divinos a sus facultades que son limitadamente jurídicas. Lo mismo hizo el positivismo de Comte, cuando después de derribar de su solio a la metafísica y a la teología, se erigió él mismo en una nueva religión hasta con liturgia y con sacerdocio.

Cada línea de competidores hace lo suyo y contribuye a su manera en la construcción de la casa de la patria. En cada línea se erigen estatuas y monumentos a sus héroes. En cada una se escriben libros históricos y poemas. En cada una se forman mitos y es aquí donde surge una pregunta que nos queda como una tarea de investigación: ¿Cómo es que una persona real se convierte en héroe, en prócer, en santo, en mito? El pueblo es naturalmente idólatra y necesita de ídolos a quienes adorar y en quienes creer. Esos ídolos o iconos no necesariamente son falsos o nefastos. No, de ninguna manera. Del taller escultórico salen algunas estatuas muy bien hechas, auténticas y de belleza clásica, dignas de adoración.

Si el pueblo necesita mitos, su tendencia a formarlos no es mala sino buena. El trabajo y el cuidado que le quedan al historiador es el de saber distinguir entre el personaje o hechos reales y lo que se ha formado después sobre esa

realidad revistiéndola de fantasía y de admiración. O de denigración, también. Son dos aspectos diferentes, aunque no necesariamente contrarios o que uno sea bueno y el otro malo.

El mito de los héroes y de los próceres siempre es bueno porque llena un vacío en la memoria histórica y satisface un anhelo de la imaginación ética que necesita de modelos ejemplares. Tal es el caso, para mencionar uno, el hecho de la llamada Guerra Nacional que unió a los pueblos centroamericanos en la defensa de su honor contra el ultraje de los filibusteros.

2. El trauma de la desintegración de una Centroamérica que nunca estuvo integrada.

El dolor del Padre José Matías moribundo se nos transmite como una dolencia crónica, es decir, como un deseo insatisfecho, como una frustración, como una deficiencia alimenticia que nos mantiene famélicos.

Las heridas, cuando ya cicatrizan, se olvidan, pero quedan allí y a veces duelen si se lastiman. En la historia hay traumas así que, en ciertos momentos, tienden a avivarse y a hallar semejanzas en los acontecimientos. Son como la cojera que hace visible en el andar una inclinación, un sesgo, una tendencia. Son los temas recurrentes y el tono del habla de los paisanos. Tal es entre nosotros la nostalgia de la unión de Centroamérica.

No es que añoremos una unión que se deshizo, porque esa unión nunca existió de veras y completa, sino que nos remuerde como un deber no cumplido, como una frustración

y una deficiencia alimenticia que nos mantiene famélicos. Al fin de cuentas y siendo realistas en vez de soñadores, decimos que no hay mal que por bien no venga y que, si Centroamérica hubiera permanecido como una unidad, seguramente Guatemala seguiría siendo la gran capital, cada vez más hermosa, mientras las cabeceras provincianas se mantendrían en un lamentable y descuidado segundo lugar. La descentralización, visiblemente, ha traído sus ventajas. Peor nos estaría sucediendo si Centroamérica fuera la cola del gran imperio mexicano.

La integración se esfumó, pero quedó la idea, quitándole lo de centroamericana. El problema sigue dándose en las divisiones internas de los países y en la dolencia de un maniqueísmo crónico.

En los siguientes apartados de la historia de El Salvador vamos a ver que, en secuencia que tiene una hilación de causa a efecto, los enfrentamientos han venido sucediéndose con el acuerdo de estar siempre en desacuerdo, con tal de impedir que se desarrolle un plan de nación serio y razonable. Ha sido una competencia de opiniones, de ideologías y de proyectos. Solo en algunos momentos felices ha habido una acción de conjunto y esta no del todo bien coordinada, como vamos a verlo en el capítulo siguiente dedicado a la que fue llamada Guerra Nacional.

3. La Guerra Nacional y la expulsión de los flibusteros gringos.

El alma mestiza es ya en sí misma un conflicto, un trauma. Nada raro es, entonces, que los pueblos mestizos centroamericanos hayamos venido padeciendo las dolencias con-

tinuas del trauma de la dualidad, de la inseguridad y de la emoción románticas.

Sobre el dolor íntimo de la conciencia del padre que nos engendró políticamente como pueblo, según lo hemos visto, hemos mencionado la frustración de la desintegración y ahora, como fruto de esa desintegración, el tercer trauma es el de vernos amenazados por enemigos externos ambiciosos que quieren aprovecharse de nuestra indefensión. La tendencia se prolonga y advirtámoslo ya de una vez, porque llega hasta nuestros días primeros del siglo XXI con la atrevida intervención de individuos extranjeros aventureros y de los países mismos imperialistas que vienen a darnos lecciones de política, de moral y hasta de religión.

Razón tuvo el sabio hondureño José Cecilio del Valle cuando, al ver las desavenencias que se hacían sangrientas entre los hermanos centroamericanos, hizo oír su voz de profeta. Leamos la cita que trae el escritor hondureño Eliseo Pérez Cadalso en el Pórtico que le dedica al libro "La invasión filibustera de Nicaragua y la Guerra Nacional" de J. Ricardo Dueñas van Severen:

"Fue entonces cuando se alzó la voz admonitiva de José Cecilio del Valle: "Si en vez de pensar en nuestra común felicidad maquinamos nuestro mal recíproco: si en lugar de ocuparnos de los trabajos pacíficos de la legislación nos abandonamos a las disputas sangrientas de las divisiones intestinas, no gozaremos jamás de nuestra independencia; nos sacrificaremos los unos a los otros, y en medio de cadáveres, cansados al fin de derramar sangre, nos sentaremos sobre escombros y ruinas a contemplar las de Centroamérica y llorar nuestras desgracias. SABEDOR DE ELLAS, UN

AVENTURERO, APROVECHANDO ESOS MOMENTOS VENDRÁ A DICTARNOS LEYES. LOS PUEBLOS, DEBILITADOS, ABATIDOS Y DEGRADADOS, NO TENDRÁN LA ENERGÍA NECESARIA PARA CONSERVAR SUS DERECHOS Y SUCUMBIRAN INDECOROSAMENTE A LA FUERZA DEL PODER...”

En efecto, en 1855, veintiún años después de haber fallecido el Sabio, William Walker, el aventurero que él entrevistara en su pronóstico, echaba pie a tierra en Nicaragua, dispuesto a estrangular las libertades centroamericanas.

Es bueno reconocer, no obstante, que si aquel filibustero no se hubiese llamado William Walker, otro nombre cualquiera lo habría suplantado, porque el tipo de su calaña es el que obligadamente habría de surgir, casi por un proceso de generación espontánea”.

Lo de generación espontánea que dice Pérez Cadalso se adapta bien a nuestra tesis de que en los acontecimientos históricos que describimos hay una secuencia que no solo es cronológica sino también lógica y psicológica.

El episodio de la Guerra Nacional de mediados del siglo XIX es algo que no debemos olvidar. El desenlace ya lo sabemos y estas páginas no son para describir la expulsión de los invasores y el fusilamiento del místico loco de Walker en el puerto de Trujillo. Afortunadamente y sobre todo gloriosamente, gracias a la acción conjunta de los cinco ejércitos, Centroamérica defendió su honor y salvó su libertad. Además, salvó su cultura y su identidad, sacudiéndose el injerto inglés que violentamente se le quería introducir. Francamente, ¡qué feos y difíciles de pronunciar se oían los

nombres de William Walker y el trabalenguas de la polifonía que le hacía orquesta en un ambiente destinado a la fonética precolombina y castellana!

La contraparte de nuestra manera de interpretar los hechos, de acuerdo con el derecho internacional, la hallamos en el pensamiento de los filibusteros (como ahora en los intervencionistas modernos de toda laya) que se tomaban a sí mismos como gloriosos paladines de la civilización que venían a sanear incluso en lo racial a estos pueblos incultos. Había que esclavizarlos hasta destruirlos y subplantarlos por la raza blanca. Así pensaba el "Predestinado de los ojos azules".

Según lo cuenta Salvador Calderón Ramírez, en su colección de artículos titulada "Al rededor de Walker", publicada en San Salvador en 1929, es hasta conmovedora la declaración de un antiguo filibustero a quien él entrevistó en Washington en 1912. El honorable anciano de noventa y dos años, compañero de Walker en Nicaragua, decía casi derramando lágrimas lo siguiente:

"Los que se opusieron a nuestra empresa nos han apellidado aventureros, bucaneros, salteadores y piratas, olvidando que fuimos llamados por un partido político para ayudarle a sacudir el yugo de la tiranía y del fanatismo. No alcanzaron a comprender la alteza de nuestro anhelo ni la finalidad civilizadora que nos guiaba; desatadas las pasiones de odio, los hijos de Centro América no apreciaron las líricas ideologías de William Walker. El trabuco, símbolo de nuestra legión, no era tea incendiaria, sino antorcha de regeneración fundamental y necesaria."

Enardecido por sus propias palabras, Mr. Lewis repetía con ardor:

-“El progreso humano se impone por ley de gravedad biológica ineludible: cuando deja de realizarse por esfuerzo propio, se realiza por impulsión extraña... Walker era agente providencial!

4. Entre presidentes y obispos, constituciones políticas y cartas pastorales.

Aparentemente, conquistada la independencia se había despejado el camino para los pueblos centroamericanos, pero no, no era camino lo que se les presentaba sino todo lo contrario: una región inhóspita, inmensa y promisoría. Bello panorama de posibilidades. El gran tálamo de la independencia para gozar las delicias de la libertad. El amante, sin embargo, no se daba cuenta de que lo acechaba la soledad y que, peor que la soledad, había pretendientes perversos que querían quitarle la esposa, el hogar y hasta la patria.

¿Qué tenía que hacer El Salvador, una vez delimitado como estado separado, para constituirse con leyes e instituciones propias? ¿Había un plan, un proyecto? ¿Había líderes que tuvieran conocimiento de esa trayectoria y suficiente calidad cívica y moral para seguirla? ¿Había quien o quienes fueran capaces de guiar al pueblo nuevo?

El pueblo de Israel, que es por excelencia el modelo de la historia, tuvo, en primer lugar, el bagaje de un origen inconfundible y de una tradición; en segundo lugar, un Moisés legislador y conductor; y en tercer lugar una serie no discontinuada de profetas que en cada coyuntura histórica hicieron las advertencias oportunas.

Ninguno de los países centroamericanos tenía esa guía y esa garantía. El Salvador comenzó a caminar a la buena de Dios, a impulsos de intuición y de improvisaciones, a capricho de caudillos y a ensayos de ocurrencias. En medio de los avatares y de los tanteos se contaba sí con el eje central y con la brújula que era la institucionalidad inmovible de la fe cristiana personalizada en la Iglesia. En eso mismo, por contrasentido, en esa fundamental diferencia entre lo constante de la línea axial y la inseguridad y arbitrariedad de una libertad sin regla, estuvo el motivo constante de las devanencias y hasta de los choques violentos que protagonizaron la Iglesia y el Estado. A ello vamos a referirnos en el presente capítulo.

Quien lea el libro “Mitras salvadoreñas”, escrito por el Dr. Ramón López Jiménez, podrá quedar con la impresión de que la vida de los presidentes y de los obispos de El Salvador desde 1842 hasta 1938 (principio de la administración de Mons. Luis Chávez y González) ha sido una lucha de cuadrilátero en que ha corrido la sangre y se ha escuchado la gresca verbosa a ratos subida de tono, de documentos y de epístolas, de constituciones y de cartas pastorales, de excomuniones y de destierros, en una competencia, bizantina de conceptos y de celos de poder. El estilo del Dr. López Jiménez tiene el sabor agridulce de su sentido del humor y de su genio bilioso y polémico en que se mezclan su ideología liberal y su curiosidad casi morbosa por las interioridades de la Iglesia. Goza presentando a lo púgiles dándose de bastonazos y de mordiscos retóricos. En medio de todo, el libro es serio y no deja de tener cierta “objetiva imparcialidad”, como se lo reconoce en el prólogo el Dr. Julio Fausto Fernández, el cual termina diciendo:

“En resumen, la obra del doctor López Jiménez nos proporciona una visión más cabal y más honda de la historia patria,

al demostrar que la Iglesia Católica no es una institución advenediza, sino piedra angular de nuestra nacionalidad”.

Muy diferentes y con riqueza de documentación son los libros del padre Santiago Malaina S.J y de monseñor Jesús Delgado Acevedo. “Historia de la erección de la diócesis de San Salvador” e “Historia de la Iglesia en El Salvador”.

El enfrentamiento de los dos poderes, réplica en pequeño de aquella querella secular de las investiduras en la Europa medieval, es algo que, a decir verdad, no ha terminado. La lucha de entonces sigue ahora, con otros personajes, con otro lenguaje y con igual ferocidad, si no peor. Es el signo maniqueo que nos persigue como una sombra fatal.

Monseñor Delgado, no obstante el respeto y admiración con que, trata la figura de Viteri y Ungo, reconoce que había en él un temperamento conflictivo, incluso hasta el extremo de causarle serios problemas de salud. El caso de pelearse hasta con el pacífico y conciliador presidente Eugenio Aguilar mueve a reflexión. De este presidente hablaremos después, por el hecho insólito, único quizás en la historia, de que, después de haber sido presidente de la república, abrazó el estado sacerdotal.

Lo que destacamos en los hechos narrados por los historiadores, sobre las relaciones entre los presidentes y los obispos, es que se trata de dos líneas de poder, de dos liderazgos que se disputan el gobernarle de la nación.

Por ambas líneas en la carrera de competencia ha habido errores y exageraciones, pasiones y lenguaje agresivo. Los malespines, los morazanes y la personalidad de aquel “Fray Veneno”, que era de los eclesiásticos que había traído

del extranjero el obispo Viteri, parece que tienden a tener reencarnaciones.

Ha habido a veces confusión en la semántica de la palabra mundo. Mundo, como sinónimo de un vivir incrédulo y licencioso y mundo como la sociedad humana en cuanto tal con su gobierno civil. El Papa Benedicto XVI ha aclarado bien estos conceptos y le ha dado su puesto de alta dignidad a la autoridad civil en el designio con que Dios gobierna el mundo.

En algunas prédicas y escritos ideologizados e ideologizantes se ha satanizado demasiado a la riqueza, como si la riqueza, fruto del trabajo y del talento, no fuera natural, necesaria e inevitable. Con aquello de que todos somos iguales, se ha olvidado lo otro, que unos son "más iguales que otros". Se ha olvidado que de las naturales diferencias nacen la armonía y el bienestar para todos. Por su lado los furibundos de la línea civil, haciendo gala de una incredulidad que es sinónimo de ignorancia y de ingratitud, han menospreciado la religión, católica, apostólica y romana, a la que la Constitución de 1841 llama "única verdadera", tachándola de retrógrada e intolerante y no dándose cuenta de que la moral teológica o teología moral es la más genuina expresión de la ética de la razón natural.

Pero sigamos observando la gallardía con que avanzan los corredores de ambos carriles. Los civiles enarbolan las Constituciones políticas. Los eclesiásticos aplauden las cartas pastorales de los obispos. Son las expresiones más visibles y significativas de ambas líneas. Son dos corrientes de pensamiento que vale la pena analizar.

¿Qué es una constitución y cómo se hace? ¿Quién o quiénes la hacen? Es un espectáculo curioso, a la vez dramático y chistoso, indignante y lastimoso, a ratos solemne y a ratos vulgar, el que ofrece el enjambre de diputados constituyentes (abejas o avispas), interviniendo todos en desorden bullicioso y palabrerío, para elaborar el monumento colosal de la Constitución. Cada uno quiere poner una piedra en el muro, un miembro en la estatua, una flor en el ramillete, una pincelada en el cuadro. ¿Resultado? ¿Una obra de arte? ¿Un mamarracho? ¿Un himno? ¿Una sinfonía?

La corriente humana que avanza llevando por delante el estandarte de la Constitución da la impresión de una procesión religiosa cantándole alabados a una imagen. Si nos acercamos al tumulto, perdón, a la cívica manifestación, vemos que no se trata ni de un estandarte ni de una imagen sino de un libro. Van como los protestantes detrás de la Biblia, como los musulmanes detrás del Corán.

Tienen razón los Padres de la Patria, escultores de la Constitución. Cada texto, en cada época, es lo mejor que han podido redactar esos ciudadanos que se supone que son lo mejor que tiene la nación. ¿Son de verdad lo mejor y han hecho lo mejor?

Al margen de todas las preguntas y preocupaciones, la Constitución, bien o mal redactada, bien o mal intencionada, es a la ley fundamental de la república. Se le da el pomposo nombre de Carta Magna y se supone que según sus disposiciones se ha de regir el país. Esa es su regla y su camino, más aún, su constitución, es decir, su consistencia, su norma de vida, y su razón de ser. ¿Tanto así? ¿Y por cuánto tiempo? Por tiempo indefinido, porque la constitución de una persona es algo que no se cambia así no más, así por-

que sí. ¡Caramba, pero qué norma tan estricta es la Constitución! ¿Y entonces, cómo es eso de tantas y tan diferentes Constituciones y que cada una es la esencia de la nacionalidad? ¿Cambia, entonces, la identidad nacional cada vez que cambia la Constitución? ¿Cambia la personalidad de un individuo con solo cambiar de traje? Aquí hay algo oscuro que es necesario aclarar.

La variedad de las Constituciones parece inconsistencia (como quien dice “inconstitucional”), pero afortunadamente, en el fondo, no es así. Lo que sucede es que la vida misma de la nación es cambiante y obliga a que sus líderes procedan por tanteos, sospechas, intuiciones, razonamientos, temores, caprichos e ilusiones.

Eso reflejan las Constituciones. Los cambios de traje no cambian la personalidad, pero son necesarios. No podemos andar siempre con “el de reír y llorar”. Hasta el pobre más pobre tiene que salir a chotear, a dominguear, a presumir.

¿Estamos entonces, justificando todos los cambios de constituciones y las reformas en cada uno de esos cambios? De ninguna manera. En latín diríamos: ¡*Nequaquam!* En griego, tomándolo de San Pablo: *Me génoito!* Se supone, por la misma etimología, que la Constitución tiene que ser formal y estable, es decir, constitutiva, lo cual supone que dicha Constitución esté bien hecha; pero ¿existe esa Constitución bien hecha? Menuda pregunta. Entonces suavizamos el *me génoito* que acabamos de pronunciar y reconocemos que, como la Constitución perfecta aún no existe, hay que seguir buscándola. No estamos constituidos sino continuamente constituyéndonos.

En este continuo juego o ensayo de verdad y error, no siempre los cambios y las reformas han sido acertados y

bien intencionados. Leamos lo que dice el Dr. René Fortín Magaña en su libro "Constituciones iberoamericanas. El Salvador", en el capítulo 13 titulado "Desarrollo constitucional de El Salvador"

"Trece Constituciones ha tenido El Salvador a lo largo de su vida independiente.

Las circunstancias en que cada una de ella fue promulgada califican su importancia, contenido y positividad.

Como veremos a lo largo de la historia del derecho constitucional salvadoreño, muchas veces los cambios o reformas obedecieron a motivaciones personales de los gobernantes o a circunstancias que no proporcionaban mérito para la modificación estructural del orden jurídico del Estado que descansa básicamente en la Constitución.

En otros casos, los cambios fueron ampliamente justificados y, en algunos, produjeron efectivamente las transformaciones sociales perseguidas".

Comparando ahora el proceso evolutivo de las Constituciones y la marcha procesional de la religión, vemos que las dos fuerzas de poder se han desarrollado, celándose y compitiendo. Para comenzar, el punto más visible de choque lo tenemos en el encabezado mismo de las Constituciones. Nos referimos a la mención de Dios en el prólogo y luego al reconocimiento de la religión católica. La cosa tiene larga data y no menos larga cola.

El primer pleito es con el propio Dios, el segundo con la religión católica y el tercero con el clero y las instituciones monásticas.

A propósito de la mención de Dios, que es uno de los puntos que vamos a tratar en el siguiente recorrido de las Constituciones, viene bien que anticipemos la aclaración que se dio en la explicación de motivos de la Constitución de 1950. Nos la proporciona el Dr. Fortín Magaña en su ya mencionado libro citando el Discurso Inaugural del Dr. Reynaldo Galindo Phol, Presidente de aquella Constituyente.

"La mención de Dios en el prólogo de la Constitución fue un punto muy debatido. Aunque no hay un criterio uniforme en el seno de la comisión, prevaleció la tesis adoptada. Se arguye que la Constitución, como obra humana, no debe enrolar a Dios que, por grande, debe quedar al margen de las imperfecciones de las obras humanas. Pero aquí no se trata de hacer a Dios partícipe de los posibles yerros de la Ley Fundamental; se trata de que los legisladores, que creen hondamente en la existencia de la divinidad, ponen en ella su confianza en el momento trascendental de confeccionar la Carta Magna, de cuyo acierto o fracaso dependerá, en alguna medida, el futuro del pueblo salvadoreño. Se responde aquí, pues, a un imperativo de conciencia. Otros, fundados también en un imperativo de conciencia, podrían negarse a admitir esa mención en el preámbulo."

A continuación vamos a ver la secuencia de las menciones y de las supresiones de la invocación divina en las Constituciones, junto con el estribillo, que ese sí se repita como un antídoto, de la manotada de rechazo contra las instituciones conventuales o monásticas.

1. El acta de independencia de San Salvador, el 21 de septiembre de 1821, réplica de la memorable del 15 del mismo mes firmada en Guatemala, apenas seis días antes, es una devotísima confesión de fe cristiana y, en medio de una alegría explosiva y pirotécnica, estampa el siguiente prólogo que suena a Génesis y a evangelio de San Juan:

*"En el nombre de Dios Todopoderoso
Trino y Uno, con cuya divina
invocación todo tiene buen principio,
buenos medios y dichoso fin..."*

En seguida se narra la juramentación de las nuevas autoridades, todo ello delante del Santísimo Sacramento expuesto y al son de las notas del Te Denm.

2. La Constitución de 1824, que es la primera de El Salvador, no comienza en el nombre de Dios, pero el artículo 5 reconoce que "la religión del Estado es la misma que la de la República, a saber la Católica Apostólica Romana, con exclusivas del ejercicio público de cualquiera otra".
3. La constitución de 1841 comienza solemnemente: "En el nombre del Supremo Hacedor y Legislador del Universo". Luego el expresivo artículo 3 reconoce la religión católica llamándola "única verdadera", aunque se permite el ejercicio privado de cualquiera otra.
4. En un tono menor, ya no con tanto fervor, la Constitución de 1864 comienza diciendo "en presencia de Dios y en nombre del pueblo salvadoreño". Vuelve a reconocer la religión católica y la llama "única verdadera"
5. La Constitución de 1871 dice: "En presencia de Dios Supremo Legislador del universo y en nombre del pueblo salvadoreño". Después dice que la religión Católica Apostólica Romana es la del Estado.

6. Lo mismo dice la Constitución de 1872.
7. La Constitución de 1880 comienza "en presencia de Dios" pero ya no reconoce la religión católica como religión del Estado sino que "garantiza el libre ejercicio de todas las religiones", dentro de ciertos límites, y advierte que, siendo la religión católica "la que profesan los salvadoreños", el gobierno la protegerá.
8. Desgraciadamente es en esta Constitución donde aparece por primera vez el absurdo artículo 40 que dice: "Se garantiza el derecho de asociación y solo se prohíbe el establecimiento de congregaciones conventuales y de toda especie de instituciones monásticas." Se ignora cuáles fueron las razones que motivaron semejante antipatía y aberración, sentimiento que continuará en las Constituciones siguientes.
9. La Constitución de 1883 admite como la anterior todas las religiones y en el artículo 32 vuelve a rechazar los órdenes monásticos.
10. Lo mismo la Constitución de 1885 en los artículos 13 y 35: sí a todas las religiones y no a los monasterios.
11. Por el mismo camino la célebre Constitución de 1886, la llamada venerable, la longeva con sus 53 años de vigencia (1886-1939), la firmada por uno de los presidentes más limpios y honorables que ha tenido la nación, el general Francisco Menéndez, y por uno de los más sabios juristas, el Dr. Antonio Ruiz, quien presidió la Asamblea Constituyente. Pues bien, esta venerable y bendecida Constitución (como la llama el Dr. René Fortín Magaña en su citado estudio sobre las "Constituciones iberoamericanas") le da también el puntapié en salva sea la parte a los indefensos monjes enclaustrados.
12. La Constitución de 1939 "puesta la confianza en Dios" "repite el puntapié a los monjes en la parte que ya no está tan salva. También se garantiza el ejercicio de todas las religiones.

13. ¿Para qué seguir con lo mismo? Las Constituciones de 1944, 1945, 1950 y 1962 siguen con todas las religiones y con todas las patadas “allí me las den todas”. Los imaginarios monjes aguantan.
14. ¡Vaya, ahora por fin! En la Constitución de 1983, que sigue vigente con sus reformas, se suprime lo del tradicional puntapié al trasero de los monjes.
15. La historia es chistosa pero seria, inverosímil pero verdadera.

Ahora si alguien se pregunta cuál es la impresión que deja el recorrido del largo vía crucis de las Constituciones, la contestación puede estar en los puntos siguientes.

1. Se nota al principio una redacción eufórica y acalorada que va guiada por la obsesión de la libertad.
2. Le sigue el enredo de legisladores improvisados que no tienen experiencia en lo que es organizar un Estado.
3. Se ve a ratos la tendencia a descender de los principios generales a la puntualización que es propia de leyes sectoriales.
4. Frente al manifiesto despunte del caudillismo, se trata de establecer la alternabilidad y la limitada duración de los períodos de la presidencia de la república.
5. Se lucha por ponerle freno a la corrupción administrativa.
6. Se busca el camino conducente al bienestar económico.
7. Los legisladores, más entendidos en derecho que en moral, se enredan en tecnicismos jurídicos a veces vacíos, que no establecen un criterio claro de rectitud ética en materia política y social.
8. Pero la impresión final es que hay en el pensamiento jurídico salvadoreño un esfuerzo por llegar a la conquista de los derechos humanos y a la vivencia de un humanismo integral.

Pasemos ahora a la pista donde van los obispos con su clero y toda la feligresía. Esto parece un Domingo de Ramos, como la venida triunfal del primer obispo de San Salvador, Mons. Jorge Viteri y Ungo, tal como la describe el P. Malaina, ovacionado por toda Centroamérica y entrando a El Salvador, entre vítores y palmas, hasta el agotamiento que lo hizo descansar enfermo en Esquipulas, antes de entrar por Ocotepeque, La Palma, La Reina, Tejutla y Apopa a San Salvador. Típica imagen del catolicismo nuestro: procesional, triunfal, sacramental y con reventazón de cohetes.

Los contrincantes de los presidentes fueron los obispos y la contraparte de las Constituciones fueron las cartas pastorales. Aquí se nos ocurre un chiste volteriano. ¿En qué se parecen las Constituciones a las pastorales? En que casi nadie las lee.

Ahora convirtamos el chiste en seriedad y en lamento. ¡Qué pena que a las luces que tenemos de guías no les hagamos mayor caso! Por un lado, en las leyes civiles, los débiles esfuerzos de la razón que son el reclamo de los derechos humanos. Por otro lado, las voces de lo alto, que aunque nos llegan a través de las gargantas un poco acatarradas de los predicadores, son al fin y al cabo el eco de los evangelios y la intención de imitar a los profetas.

No obstante, justo es reconocer con la autoestima indispensable, que avanzamos y que el bien prevalece sobre el mal. Con golpes dolorosos y equivocados del cincel y con feas tiznaduras del pincel vamos elaborando la figura, la transfigura y la configura de la personalidad nacional.

Las cartas pastorales en la historia de la Iglesia son una de las tradiciones más antiguas y uno de los métodos más efectivos de su pedagogía.

Se comienza con las cartas de los apóstoles Pablo, Pedro, Juan, Judas Tadeo y Santiago el Menor en el Nuevo Testamento, seguidas de las cartas de San Ignacio de Antioquía, San Policarpo de Esmirna, así como los demás Padres Apostólicos.

Esta forma de comunicación y de catequesis es de un valor tan hondo y de un carácter tan sacramental, que merece mayor atención de los cristianos de nuestro tiempo con respecto a las cartas de los obispos. Dichas cartas son como el clamoroso repique de las campanas de las iglesias de antes en las tranquilas parroquias rurales. Aquellas eran bandadas de sonidos de bronce que volaban llevando mensajes por el ambiente. Pero ese idílico tiempo se ha terminado. Hoy los ángeles pájaros que salían de los campanarios no pueden volar. Apenas salen de la torre, se asfixian y caen.

Al decir pastorales (quizá sería mejor decir "la voz pastoral"), estamos pensando no solo en el texto escrito que aparece publicado muy de vez en cuando y que son las llamadas propiamente "cartas pastorales de los obispos", sino que queremos abarcar todo el ministerio sacerdotal del obispo con su clero, puesto que todo ello, en la intención de la Iglesia, forma una sola y universal unidad. Al menos esa es la intención de la Iglesia, a fuer de ser católica, salvar las disensiones y rebeldías personales y locales que nunca faltan.

Las cartas pastorales, haciendo a un lado las naturales deficiencias humanas y la notable diferencia entre los obispos de pocas luces y los de preclara inteligencia, son de tal importancia, además de que hay que tener en cuenta que por ellas pasa el hilo de luz del Espíritu Santo, que es de lamentarse que en las respectivas diócesis no exista cuidadosamente editada una recopilación de esas cartas para que se vea la

secuencia de su contenido. Hay en ellas, a no dudarlo, una secuencia y un contenido doctrinal dignos de estudiarse.

No se insistirá lo suficiente en este punto. La Iglesia, mejor dicho las diferentes diócesis dispersas por el mundo, deben ser celosas de su misión evangelizadora y catequizadora, a la vez que de la función de ser sal de la tierra o de las estructuras temporales. De hecho la Iglesia realiza esa misión, de la cual queda constancia en los hechos históricos, en las instituciones y en los documentos doctrinales, pero eso no está debidamente ordenado y publicado, de modo que se vea la concatenación lógica con que se va dando la acción de la levadura de la fe sobre la masa de las estructuras de la razón natural del gobierno civil.

Mejor dicho, el que merece el nombre de estructura es el reino de Dios que se construye sobre la infraestructura del reino terrenal. El orden racional natural con el que opera el gobierno civil es la infraestructura, cuya justificación y razón de ser está en lo que sobre ella se edifica. Es fundamental que se haga esta diferencia entre estructura e infraestructura.

Es conveniente, antes de entrar a una reflexión sobre las cartas pastorales, que advirtamos algo que es característico en el lenguaje de los documentos religiosos. Se trata de cierto estilo que vamos a llamar sublime, es decir, un modo de hablar con cierto tono y con cierta pose que le dan al sacerdote los ornamentos que lleva encima. Se manifiesta una tendencia a lo profético, en cuanto lo profético quiere decir hablar en nombre de Dios. Se busca lo perfecto, lo bello, lo divino, queriendo levantar al hombre a las alturas de lo sobrehumano, olvidando que la condición humana es telúrica y tiende a lo rastrero.

Decimos lenguaje religioso para abarcar más allá de lo católico y de lo cristiano. Lo que hemos llamado sublime es algo que hallamos incluso en las religiones no cristianas, comenzando por las más antiguas.

El lenguaje sublime es difícil de entender, sobre todo cuando se intenta traducirlo al terreno de la vida civil y de concretarlo en aplicaciones morales y en leyes para el ordenamiento jurídico del Estado. De ahí el choque y las divergencias que siempre se han dado entre lo religioso y lo civil.

Tratamos a continuación de concretar cuatro notas que nos llaman la atención en la literatura de contenido religioso.

1. Los documentos eclesiásticos, cuando tocan asuntos sociales y económicos relacionados con la moral y con la justicia, al calor del estro evangélico, tienden a tomar una entonación utópica-idílica-paradisíaca. Se imaginan que están construyendo el cielo en la tierra.
2. También existe la evasión a lo general y abstracto, abusando de palabras como amor, hermandad, solidaridad, justicia, igualdad, bien común, etc., palabras de contenido muy elevado pero que necesitan bajar a lo concreto para entender qué es lo que quieren decir. De ahí que frecuentemente el verboso predicador o el fecundo escritor, cuando se les piden opiniones sobre situaciones concretas, escurren el bulto diciendo que “no está en su cuenta insinuar los medios de aliviar y resarcir los estragos del presente trastorno” (Ver “Miras salvadoreñas” del Dr. López Jiménez, pastoral del arzobispo Belloso y Sánchez).

3. Un tercer escollo es el de cierto sabor maniqueo que se le echa al plato como condimento, imaginando que solo hay dos clase sociales en el mundo: los pobres y los ricos, los proletarios y los burgueses, los trabajadores y los capitalistas, los explotados y los explotadores, los oprimidos y los opresores, nosotros los buenos y ustedes los malos. En este planeamiento maniqueo-marxista se enfrentan a destrucción las dos fuerzas y los buenos les exigen a los malos que se corrijan, que se conviertan y que ellos son los llamados a resolver el problema social entregando a los pobres la riqueza que han adquirido injustamente quitándosela a la masa trabajadora. Así de sencillo. Así de tajante, así de contundente.
4. Finalmente, el cuarto extravío o exceso verbal que algunos oradores cometen es el de confundir el decálogo con los consejos evangélicos. Se ponen eufóricos describiendo el paisaje de las bienaventuranzas y creen que ese modelo social puede universalizarse. Comienzan con una interpretación apresurada del “Vende lo que tienes” y luego se imaginan la multitud de pobres comiendo de la multiplicación de los panes. Votos de pobreza, de obediencia, de castidad, de hermandad, de generosidad, de probidad y de belleza. Un cenobio universal. Solo falta añadir que en esa reunión se supprime el Estado y que no hay necesidad ni de leyes ni de policía, como también lo sueña la lírica marxista.

Todo muy lindo y hasta posible, solo que en pequeños reductos voluntarios y bien organizados, como de hecho lo han logrado las comunidades religiosas y alguno que otro experimento efímero del romanticismo utópico y del socialismo cristiano.

Son los consejos evangélicos puestos en práctica en pequeños grupos de entrega total y de generosidad radical. Cada uno de esos grupos es un *pusillus grex*, como llamaba Jesús a su grupito de apóstoles, rebaño querido y mimado. También existió el ensayo de los primeros cristianos de la comunidad de Jerusalén, la cual terminó con el triste episodio de Ananías y Safira. La reflexión de San Pedro es contundente: "El terreno que tenías era tuyo. Después de vendido, el dinero también era tuyo y podías hacer de él lo que quisieras, sin que nadie te obligara a venir a regalarlo". Lo que se concluye es que la práctica de los consejos evangélicos es absolutamente un acto de voluntaria generosidad y de anhelo de perfección. En cambio, es obligatorio para todos, es decir para los seres humanos comunes y corrientes, el cumplimiento del decálogo, porque en él está la síntesis de lo humano y el camino de la ética natural y esencial.

Arriba, en las cumbres nevadas de la espiritualidad heroica, están los privilegiados, los que tienen piel para soportar el frío, los pocos escogidos entre los llamados, es decir, los que se retiran de la vulgaridad, de la noble y multitudinaria humanidad vulgar.

Llamamos noble a la general vulgaridad porque ella es la humanidad real, es decir, el vulgo, la multimillonaria población, cuyos líderes científicos astrofísicos están ya planeando invadir otro planeta. Ese poderoso impulso, que viene de una misión que Dios le ha confiado al hombre, va paralelo al impulso religioso de la conquista de la felicidad eterna en el cielo de Dios. Todos quieren llegar a Dios: unos elevándose en el humo del incienso eucarístico y otros manejando naves espaciales.

Dos dimensiones, la vertical y la horizontal, se reflejan en el lenguaje de los obispos y su clero, integrantes del Colegio Apostólico que comprende el Magisterio oficial de la Iglesia con el Papa a la cabeza, cuando se dirigen a sus fieles en documentos escritos y en la prédica homilética y catequética.

Lo más importante que hay que notar en esta comunicación pastoral, en este continuo *Keryma* o proclamación, es que se trata de la palabra, de la palabra por excelencia, del Logos (o de su eco) que vienen desde lo alto (recordar el prólogo del evangelio de San Juan) y, a pesar de los defectos que se entremezclan con la impericia del transmisor humano, constituye un mensaje divino que tiene unidad y que es la verdad firme de una institución cuya misión atraviesa los siglos con impulso escatológico.

La enseñanza del Magisterio de la Iglesia, que es la continuación de la presencia de Cristo en la tierra, no es simplemente un sonido que se disuelve en el aire o un documento que se pierde entre papeles olvidados. No, la palabra divina es una aguja incansable que viene tejiendo un tapiz de belleza, de sabiduría y de amor. Tiene sentido e intención lo que Dios repite con insistencia. Tiene, sobre todo, finalidad, porque la mirada del artista celestial es escatológica. De aquí la afirmación nuestra de que es importante escrutar y seguir el hilo del pensamiento de los obispos en sus pastorales.

Las pastorales de los obispos se caracterizan en que casi todas son réplica y aplicación de las encíclicas papales. Luego se bifurcan en dos grandes temáticas: la exhortación a la práctica de la piedad cristiana, con base en la liturgia, y la preocupación por orientar al pueblo y a los gobiernos con las normas de la doctrina social de la Iglesia.

Continúan la lucha y la competencia entre los presidentes y los obispos, así como alguien dijo que la política es la continuación de la guerra con otros medios. La política es una guerra. La guerra es una política. La Iglesia y el Estado se pelean o se abrazan pero no pueden pasar sin relacionarse. En El Salvador, los tres primeros obispos vivieron un conflicto; el cuarto, Mons. Pérez y Aguilar, que fue el primer arzobispo, hombre de gran talante y no menor talento, fue de manos fuertes con guantes de seda. Así se ponen de manifiesto los dos estilos, el guerrero y el diplomático.

En el estudio de las cartas pastorales de El Salvador lo primero que hay que tener en cuenta es que la provincia eclesiástica tiene ahora muchas diócesis con sus respectivos obispos. Actualmente son ocho diócesis, a los que se añade el ordinariato militar, curias de los que hemos logrado conseguir algunas pastorales que juzgamos suficientes para formarnos una apreciación general y algunas conclusiones. Desde luego, no estamos haciendo un estudio técnico y completo, pero sí tendiendo una mirada de conjunto y, sobre todo, adoptando una actitud de atento respeto ante algo que se considera, no exactamente como un contenido de fe y de revelación, pero sí como un contenido doctrinal elaborado con mucha reflexión y con innegable autoridad. Además, como es natural, la arquidiócesis de San Salvador, aunque no merma la independencia de las diócesis sufragáneas, mantiene un visible liderazgo y marca la línea política-religiosa de todo el país.

La preocupación principal de los pastores espirituales, como teólogos moralistas que son, más la experiencia obtenida como confesores, es la conducta de los cristianos en la vida normal. Abundan las recomendaciones y excitativas a la práctica de los sacramentos y a los hábitos de la pie-

dad cristiana, siguiendo el camino de la liturgia. Fustigan los vicios y presentan un cuadro deprimente de la situación en que viven las personas, incluyendo las familias cristianas. Combaten duramente al protestantismo y refutan de manera contundente al sistema comunista. Como solución a los problemas económico-políticos de la injusticia social reinante propugnan la doctrina social de la Iglesia basándose en las conocidas encíclicas. Al respecto, vamos a mencionar a continuación, por vía de muestra, los casos de dos arzobispos, Mons. José Alfonso Belloso y Sanchez y Mons. Luis Chávez y González.

La actuación de Mons. Belloso y Sánchez es ejemplar porque se dio en una de las coyunturas más dolorosas por las que ha pasado el país, la matanza de los campesinos y la extirpación violenta del comunismo en 1932. Hay dos cartas del arzobispo, la una antes y la otra después del hecho, la primera previniendo y la segunda lamentando lo sucedido.

Al atreverme a revivir tan nefastos acontecimientos y al releer las dos pastorales del arzobispo Belloso, un temblor de terror estremece mi memoria y una vacilación de inseguridad detiene mi pluma sobre el papel.

Mientras el Valle de las Hamacas y el país entero trepidaban con el ir y venir de los agitadores comunistas que soliviantaban y sublevaban a los obreros y a la clase campesina, la Iglesia sufría y presentía, presentía y preveía, preveía y amonestaba. El pastor espiritual, Mons. Alfonso Belloso y Sánchez, en su pastoral de 30 de octubre de 1927, siendo todavía Administrador Apostólico (el primer arzobispo Mons. Antonio Adolfo Pérez y Aguilar había muerto en 1926) advierte del peligro y explica claramente los absurdos del sistema comunista con el que se alucinaba a los ignorantes.

Es de notarse, en el lenguaje de esta clase de documentos, como en otros emanados de los obispos, el tono paternal, prudente y cariñoso con que tratan de inculcar las enseñanzas de la doctrina social de la Iglesia, las cuales propugnan por una profunda innovación en las relaciones obrero-patronales y en el concepto mismo de la economía, innovación que a ratos parece más radical que el mismo comunismo, puesto que el comunismo se basa en el ateísmo, en la violencia criminal y en una economía no viable, mientras que la economía cristiana tiene por base el bien común, el amor y la evolución razonable de la sociedad. No se trata de la destrucción del capitalismo sino de su humanización, no de la prevalencia de una clase social sobre otra sino de la realización del concepto del hombre cabal y total, constituyendo la unidad de la familia humana.

Cabe, sin embargo, hacer las siguientes observaciones que no son críticas irrespetuosas sino más bien análisis de carácter psicológico y de estilo.

- *Primera observación.* Salta a la vida en la redacción el aprieto en que se ven los autores de las pastorales al tratar de convencer, sobre todo a las clases pudientes, de la racionalidad y justicia de la doctrina social de las encíclicas. Se enredan a ratos en un galimatías y en una jerigonza que tiene más de verborrea emocional y devocional que de racionalidad convincente dentro de la lógica de la economía. ¿Se quiere acaso convertir las empresas y todo el capitalismo en una inmensa institución de beneficencia? ¿Es esa la función del cristianismo, resolver el problema económico de la humanidad? ¿Es eso economía? ¿Pueden manejarse así los estados? ¿Es posible el progreso con esa maquinaria de estar regalando a los pobres y manteniéndolos, en vez de esti-

mularlos para que dejen de ser pobres y se incorporen al gran trabajo de la riqueza universal? Parece que una interpretación incompleta y demasiado literal del evangelio lleva a una satanización de la riqueza y a una divinizaci3n de la pobreza.

- *Segunda observaci3n.* Como consecuencia de tomar como punto de partida el binomio trabajo-capital, se llega a una tirantez polarizante entre obreros y patrones y entre los dos se tiembla y se estira la cuerda débil del salario. Al salario ideal se le atribuyen poderes milagrosos, como si él fuera el único santo a quien rezarle. Aquí se esconde el error fundamental en cuyo fondo está el otro error sociológico de que solo hay dos clases sociales: los explotadores y los explotados, con el agravante de que en la vida real a nadie le gusta ni que lo califiquen como explotados ni que lo discriminen como explotado.
- *Tercera observaci3n.* Ciertos idealistas cristianos, inspirados en el experimento de la primitiva comunidad de Jerusalén tomándola como modelo de la economía de la igualdad ideal, se lanzan a imaginar paraísos que superan en belleza al soñado paraíso del proletariado comunista. Al respecto recomendamos al lector que le ponga atención a la siguiente cita, que adrede ponemos un poco larga y con letra especial, tomada de la carta pastoral del arzobispo Alfonso Belloso y Sánchez ("El presente momento social", N° 5) porque se trata de un texto que merece enmarcarse en antología.

"Hasta el comunismo, de un comunismo perfecto y santo, ha puesto ejemplo la Iglesia en las órdenes re-

ligiosas, en corporaciones limitadas, las únicas en que parece posible.

Pero la osadía del adversario llega a combatir a la Iglesia con la Iglesia misma diciendo que en sus primeras edades fue una sociedad comunista y que, por tanto, la Iglesia actual ha evolucionado en lo substancial y es distinta y aun contraria a la primitiva.

Quien tal dice o carece de crítica o rebosa de espíritu falsario.

*De la iglesia de Jerusalén sabemos por el sagrado libro de los Hechos que los ricos sostenían con voluntarios donativos una institución benéfica de asistencia, administrada primero por los Apóstoles y, cuando creció el número de los fieles, por siete clérigos llamados diáconos o ministros. Esta institución no comprendía a la iglesia entera de Jerusalén de modo que hubiese mesa común ni mucho menos habitación, sino solo a los pobres. Así aparece bien claro por la queja de los judíos helenistas contra los palestinos **porque eran menos atendidas las viudas helenistas que las palestinas, en la asistencia cotidiana** (Acta, VI, 1)*

*Si muchos ricos llevaron su fervor hasta el grado de vender sus posesiones y vivir en pobreza evangélica, nadie los obligaba a ello, como se lo advierte san Pedro a aquel Ananías que, sobre querer defraudar del precio de la finca vendida, mintió al Espíritu Santo: **¿Pues quedando no te quedaba la posesión para ti y vendida no subsistía en tu poder?** Hebraísmo que recalca precisamente la voluntariedad y ninguna obligación de la venta y entrega de los dineros, como*

si dijera: ¿Pues no era la finca tuya y muy tuya y aun después de vendida no podías conservar para tu uso el precio íntegro? (Acta, V, 4).

*No era, pues, el comunismo la organización primitiva de la Iglesia. Una obra social de asistencia propia de la iglesia de Jerusalén, gobernada por la autoridad eclesiástica y solamente análoga o parecida en parte al comunismo, vivió algún tiempo animada de caridad tan perfecta y con tan felices resultados, **que entre los fieles jerosolimitanos** –según las divinas letras – **no había menesterosos** (Acta, IV, 34). Leer superficialmente un pasaje de la Escritura; traer cuatro o seis testimonios de santos padres y tomar al revés frases figuradas, hiperbólicas y oratorias; construir con semejantes materiales la constitución fundamental de la Iglesia Católica, es obra tan falta de juicio, que solo se explica por odio y obcecación o por deliberado intento de pervertir las ideas.”*

Las palabras del arzobispo no pueden ser más contundentes. De las anteriores consideraciones nosotros sacamos la siguiente conclusión:

Mientras no superemos el planteamiento polarizante, pobreófilo y proletariómano, burguesófilo y populista, en que nos tiene enredados el marxismo maniqueo infiltrado entre cristianos y hasta teólogos ideologizados y politizados, no saldremos al campo abierto de las soluciones.

Más aún, mientras no nos curemos del romanticismo enfermizo (que nos lleva a perder el tiempo en ensoñaciones estériles, a abrir la boca esperando que del cielo nos caiga la prosperidad como un milagro y a creer que la Iglesia de

Cristo, el reino que no es de este mundo, es la llamada a resolver los problemas económicos que le tocan al gobierno civil) y de la garrulería que nos aturde en las discusiones sectarias de los ideologismos, no nos concentraremos seriamente, cada reino en lo suyo, para levantar la obra grandiosas del bien común en la que vivamos felices, dentro de lo posible, mientras estemos en este mundo.

Como comentario final a la pastoral del sabio Belloso y Sánchez, añadimos un anecdótico dato histórico que consigna el canónigo Rafael F. Claros en la Revista Interdiocesana (julio-agosto de 1940) al conmemorarse el segundo aniversario de la muerte del arzobispo. Alabando allí la obra social del difunto pastor se refiere a la famosa carta de 1927 y cuenta que un sacerdote que visitó a Agustín Farabundo Martí en la prisión, momentos antes del fusilamiento, le dijo el revolucionario comunista que lamentaba no haber conocido a tiempo la pastoral del arzobispo- La cita del relato del canónigo Claros es la siguiente:

"El problema social nacional mereció su atención y solicitud especialísima.

De luminosidad redentora fue la carta que dirigió a los terratenientes de nuestro país, carta publicada por varios órganos de la prensa poco antes de que ensangrentara numerosas poblaciones de la República la irrupción comunista.

En ese magnífico documento el esclarecido príncipe de la iglesia exhortaba vehementemente a nuestros hacendados y finqueros a la fiel observancia de los preceptos de la justicia y caridad cristianas. De modo muy acentuado mostrábales la capital importancia de

la doctrina social católica acerca del salario familiar. "Si oportunamente hubiera leído yo esa carta, no me encontrara donde me encuentro", díjole el desdichado Martí a un sacerdote que lo visitara en su prisión."

Hay, todavía más, entre la pastoral mencionada de 1927 y la de 1932, otra pastoral que no debe dejarse de citar. La escribió el arzobispo el 8 de diciembre de 1930. En esta comunicación, viendo al arzobispo que arreciaban la propaganda y el peligro comunista, se aflige y cree que la iglesia debe dar muestras no solo de doctrina sino también de acción. La situación urge y atormenta.

"Hace justamente un decenio, cuando recibimos la unión episcopal, divisábamos muy cerca de la patria y columbrábamos allá más lejos en el noroeste de Europa los siniestros resplandores del comunismo triunfante. El 30 de octubre de 1927, al manifestarse entre nosotros las primeras perturbaciones de esa índole, publicamos una pastoral donde ampliamente tratamos de la materia y, persuadidos de que no basta enseñar y predicar, sino que es preciso mancomunarse y precaverse de obra, el año siguiente de 1928, del 21 al 23 de agosto, reunimos la primera semana social del clero. Celebradas aquellas juntas en las cuales los párrocos y otros varones eclesiásticos oyeron conferencias de sociología práctica y discutieron las aplicaciones con mayor insistencia exigidas por la condición especial de nuestra arquidiócesis establecimos la Acción Social Católica Salvadoreña.

La intención de la Iglesia es promover con el ejemplo una acción salvadora que lleve "pacíficamente a término las reformas que parecieren justas y necesarias"

Al entrar la Iglesia en acción, al arzobispo le preocupa que se llegue a causar interpretaciones y reacciones equivocadas y que se hieran sentimientos en tan “delicada y espionosa” cuestión.

En la estructura conceptual de la carta merecen especial atención los párrafos dedicados al tema de la desigualdad social, concepto opuesto a la vociferada igualdad falsa de los comunistas. Las páginas de la 8 a la 11 son de antología y constituyen una verdadera cátedra de sociología.

La pastoral que escribió Mons. Bellosó cinco años después de 1927, cuando todavía olía fresca sobre los campos la sangre de la masacre de 1932, nos hace derramar lágrimas.

“Nunca creímos -dice- al escribir nuestra pastoral de 30 de octubre de 1927, que la realidad de los hechos comprobara con evidencia tan dolorosa cuanto en aquella carta os decíamos...”

Más adelante dice una frase que seguramente escandalizará a más de alguno. Monseñor escribe: “Cuán agradecidos hemos de vivir al Padre que está en los cielos por no haber dejado que esta vez llegara la desdicha a sus últimas consecuencias...”

Podría alguien tener la impresión de que estas palabras quieren decir que estuvo bien que el gobierno cortara sangrientamente la intentona comunista. Imaginémonos a un Agustín Farabundo Martí de Presidente de la República y a Alfonso Luna y a Mario Zapata entre los principales ministros. Una tal apreciación de los sucesos de 1932 y de las palabras del arzobispo contrariaría el juicio histórico que se ha generalizado después condenando la drasticidad del

Presidente Hernández Martínez, polémica que no es del caso revivir a estas alturas.

Pasemos ahora a contemplar el panorama de un lapso de cuarenta años, lapso de relativa calma, hasta que el comunismo, que se había mantenido catacumbico e ideológico en las esferas intelectuales, brotó de nuevo como una bandera de liberación y como una tea revolucionaria encendida con el fuego del imperialismo soviético que tenía distribuidos sus agentes por todo el mundo. Es lo que sucedió durante los doce años de 1980 a 1992 con la insurgencia de la guerrilla del FMLN.

Digamos que el mencionado imperialismo ideológico era un fuego exógeno, pero el combustible era un material endógeno que abundaba aquí con los abusos crónicos de los gobiernos impositivos y militaristas que habían venido frenando los levantamientos populares.

Lo que en este estudio nos interesa señalar es que la nueva insurrección comunista vino poco después de terminado el pontificado de Mons. Chávez y González, benemérito arzobispo a cuyas pastorales vamos a referirnos a continuación.

Mons. Chávez en su largo arzobispado de casi cuarenta años había venido haciendo oír su voz admonitoria con discreta insistencia, al igual que su predecesor. De sus cincuenta y cinco cartas pastorales, las que nos interesan porque tocan directamente el tema social son la sexta, la vigésima novena, la trigésima y la trigésima séptima.

En el episcopado de Mons. Chávez hay desde el principio una continuidad de propósito, un plan, un tema y un programa. Piensa primero en la vida parroquial, en la cual ve la

familia, la familia cristiana estructurada en el sacramento del matrimonio, como el núcleo originario de la gran sociedad humana. Después mira a la sociedad universal como llamada a ser dirigida por la doctrina social de la Iglesia. El, usando la terminología vigente en su tiempo, habla de la Acción Católica como el instrumento providencial y el organismo adecuado para la cristianización de la sociedad. El plan es a la vez sencillo y grandioso.

Las pastorales se suceden en secuencia ascendente, partiendo de lo fundamental que es la vida sacramental de la parroquia, combatiendo directamente al comunismo y adoctrinando al pueblo en el sistema social que la Iglesia propone.

Lo de la secuencia ascendente se ve claro en las cartas quinta y sexta con el tema de Cristo Rey. En la primera, octubre de 1943, solo se trata del reinado espiritual de Cristo, mientras que en la otra, al año siguiente, septiembre de 1944, dedica el mayor espacio a afirmar y ponderar el reinado social de Cristo. Citando palabras de la encíclica *Quas primas* de Pío XI dice: "Debemos reconocer que es necesario reivindicar para Cristo Hombre, en el verdadero sentido de la palabra, el nombre y los poderes de rey". Acto seguido presenta un resumen muy instructivo de los errores de la doctrina comunista y una síntesis de las enseñanzas de la Iglesia en materia económica social.

Finalmente, el punto más alto del impulso ascendente lo marca la pastoral trigésima séptima, agosto de 1966, en la que urge e incita a la acción, así como lo había hecho el arzobispo Bellosio de 1930.

Aquí surge el problema más peligroso y la acción más dramática de la competencia que hemos venido narrando de

los poderes, el eclesiástico y el civil. Difícil de atender es la parte teórica de la doctrina social de la Iglesia, pero mucho más difícil y arriesgado es el intento de la práctica, sobre todo cuando hay momentos en que lo cristiano y los comunistas *parece que se parecen*.

Como ya lo hemos dicho en otra parte, es visible el apuro y el miedo en que se ven los pastores y otros líderes de la Iglesia cuando incitan a la acción. Advierten de inmediato dos cosas: primera, que no esperen de sus líderes espirituales una línea precisa de acción, puesto que no es esa su misión; y segunda, que tengan cuidado de no caer en el odio y en la violencia revolucionaria. "No en el desorden ni en la violencia, sino armados de la justicia y caridad cristianas busquemos las soluciones más adecuadas para un progreso social armónico e integral" (Pastoral 37).

¿Pueden lograr ese inverosímil equilibrio los fogosos líderes cristianos lanzados a la acción y de repente coincidiendo, por no decir aliándose, con los comunistas?

El santo arzobispo Chávez, temperamentalmente piadoso y pacífico, no confrontativo ni revolucionario, recurre en la pastoral 30 a una palabra maravillosa que le da la clave para realizar el milagro de la aplicación, poco a poco, de la doctrina social cristiana. Esa palabra es el adjetivo "razonable". Repitamos esa palabra despacio, clara y en voz mayúscula: RAZONABLE.

Verdad es que lo de razonable se aplica en la carta al tema concreto del aumento de salario, aumento que debe ser paulatino y razonable, no de golpe y porrazo dañando la tambaleante economía de las empresas; pero el concepto es aplicable y de hecho lo aplican las pastorales a toda la es-

estructura de la doctrina social. El cambio tiene que hacerse estudiado, previsto, preparado y puesto en ejecución por sucesivas etapas.

La voz del sentido común habla por boca del arzobispo cuando dice: "Sería injusto si planteáramos el problema solo desde el punto de vista de una mejor distribución de la riqueza. Sé que llegaríamos a un desastre económico social en pocos días. Acabaríamos con la gallina de los huevos de oro". (Pastoral 30).

Viene bien y creemos que será agradable al lector la siguiente cita, tomada de la misma carta, en la que resalta el espíritu paternal, cariñoso, prudente y hasta temeroso del santo arzobispo, espíritu que es común a toda la literatura pastoral de los obispos de la Iglesia.

No es mi intención adoptar un tono intransigente, que al esgrimir inconsideradamente la espada de la justicia, cause mayores males de los que desearía se corrigiesen, en lo que sea posible. Tampoco pienso usar la exposición y tono demagógico, con el que tan fácilmente se adula y se consigue popularidad.

Deseo estudiar el problema en su mayor complejidad posible. Ver la meta a conseguir: una mejor distribución de la propiedad. Estudiar los caminos a emprender, y ver la posibilidad de correrlos con éxito.

Amados hijos: conozco vuestros problemas; os veo actuar, os oigo pensar. Vivo en contacto con todos vosotros y muchas veces hemos departido sobre estos temas.

Me hago cargo de la situación del capitalista que con razón se aflige, a veces, al considerar que medidas a primera vista necesarias y justas, y a las que es preciso llegar, crean mayores problemas de los que solucionan. La veo con las preocupaciones del hombre de negocios por hacer rendir un capital que producirá bienestar al pueblo.

También palpo las necesidades de nuestro pueblo obrero y campesino. Comprendo que deberían vivir mejor y ese es mi ardiente deseo.

No falta razón por ambas partes. Vosotros juzgando las cosas razonablemente, sois los primeros en conceder lo que hay de verdad en ambas posiciones.

Lo difícil es acertar con el método a seguir para solucionar el problema.

No quisiera en mi exposición herir a nadie. No trato de eso. Mi obligación es enseñar, exhortar, corregir también, pero sin herir.

Damos aquí por terminado este aventurado recorrido por el campo de la competencia histórica entre obispos y presidentes con sus pastorales y constituciones y nos quedamos en la época del santo Mons. Luis Chávez y González.

Lo que ha venido después en las últimas décadas del siglo XX es un tema tan candente que permanece todavía humeante como la lava de un volcán que acaba de hacer erupción. Esta parte del drama está aún en el escenario y lo prudente es que esperemos que baje el telón.

IV. DESCENSO A LA PROFUNDIDAD DEL ALMA SALVADOREÑA

Después de la visión que hemos presentado de la historia de El Salvador y después de la descripción de esa competencia, a ratos desaforada, de dos poderes distintos empeñados en la dirección del país, dará la impresión de un salto demasiado brusco y de un sorpresivo cambio de tema el capítulo que vamos a empezar sobre las que llamamos almas de Dios o sea la vida oculta y misteriosa que caminaron esas almas por las sendas escondidas de la oración y del misticismo. Rogamos al lector que rechace esa impresión y que le preste atención a la explicación siguiente.

Efectivamente hay un cambio de tema. Damos no un salto sino algo más peligroso: un descenso a una región solitaria y oscura que parece no tener relación en absoluto con el objeto y el propósito que traíamos hasta aquí.

Pues todo lo contrario. La relación es estrecha y tan visible como la que hay, en un panorama, entre el firmamento de arriba y el paisaje terreno con sus ciudades, sus montañas, sus mares y los misterios del subsuelo sobre el que nos movemos.

El subsuelo es tan importante o más que el suelo. Si en la superficie hay flores, en la profundidad hay diamantes. Si en la superficie hay agua, ríos y lagos, en el fondo, además

de agua, hay petróleo. Si arriba hay luz, abajo hay fuego. Si en la población hay alegría y bullicio, en la profundidad hay silencio y oración. A la región del silencio y de la oración, a las horas del sueño, es a donde vamos a descender ahora, es decir, a la cara oculta de la Tierra, que también la tiene como la Luna.

Así como hemos visto lo importantes que son los personajes de la cosa pública, los gobernantes, los hombres de negocios, los guerreros, los científicos, los ingenieros constructores de ciudades, así ahora le dedicaremos atención a la vida interior que no hace ruido y, particularmente, a esas almas que, habitando en la esfera oculta de la fe, se dedican a la oración y logran establecer en sus vidas una relación de intimidad continua nada menos que con Dios.

Dios, desde luego, maneja todo el universo y tiene mil modos de comunicación con los seres humanos, la mayoría de las veces sin que los humanos se den cuenta ni le den importancia. Pero también y sobre todo, gusta Dios de comunicarse, en el más secreto de los secretos, con ciertas almas que él elige y con las que habla un lenguaje muy especial. Hablamos de la comunicación que Dios mantiene, en diferentes grados de elevación y profundidad, con las almas que llamamos místicas.

El autor francés Jean Guennou, en su libro "La costurera mística de París", una mujer mística del siglo XVII, dice lo siguiente:

"Dios se ha reservado el goce de las elevadas cimas y las grandes profundidades de algunas almas privilegiadas que nosotros sólo podremos conocer en el cielo."

¿Qué sabemos, por ejemplo, de san José, de los santos cartujos y de tantos otros devotos de vida recoleta?

No obstante, de tiempo en tiempo se despeja ante los ojos del caminante una cancela –porque ha llegado ya su hora –y las huellas de alguna de estas almas olvidadas recobran vida entre nosotros”

La inquietud todavía persiste y nos pregunta: ¿Pero acaso la vida oculta de esas raras personas tiene alguna incidencia en el desarrollo social, político y económico de los países? Dios a esas almas, ¿les da consejos y sugerencias útiles para los gobernantes, los hombres de negocios y los intelectuales que son los que manejan la sociedad?

Es aquí donde la teología de la historia hace un amarre entre lo visible y lo invisible. Si Dios es creador y redentor de la humanidad, alguna relación, ¡y cotidiana!, tiene que mantener con esa humanidad. Los puntos y los modos de esa relación, como las conexiones de la energía eléctrica, Él las sabe. Pero la conexión y el continuo pase de energía de lo divino a lo humano existe. Existe el *in ipso vivimus, movemur et sumus* que proclamó San Pablo en el areópago de Atenas. La teología de la historia no puede hallar un lema mejor que este. El trabajo que nos queda es el de saber desentrañar la semántica de estos verbos: vivir, moverse y ser, que constituyen la ingeniería orgánica de la sociedad humana.

El vivir es lo biológico fundamental, la infraestructura física-química-biológica del cuerpo, actividad subterránea de la que no nos damos cuenta. El moverse es el bullicioso e ininteligible ajeteo de lo que llamamos vida social, civilización de las naciones, pelea política y afán comercial que tiene por objetivo el placer. El ser, el misterioso y profundo

verbo ser, dolor de cabeza de la metafísica, palabra clave que ni el mismo Moisés alcanzó a entender cuando Dios le reveló su nombre, es el punto en que se encuentran el dedo de Dios y el dedo del hombre, como en la representación que Miguel Ángel hizo de la creación de Adán.

Si consideramos la creación como es en realidad, un acto continuo de Dios, y no un chispazo instantáneo o un *big bang* que se realizó hace millones de años, Dios deja de ser algo lejano y se convierte en una fuerza, en una energía dentro de la cual vivimos, nos movemos y somos. Nada de panteísmo hay aquí, al contrario, nos sentimos movidos y manejados como partículas insignificantes por un poder superior, inmenso, infinito. Dios existe, está aquí y nosotros existimos dentro de él. Solo así es posible comprender a Dios y comprendernos a nosotros mismos.

La intervención o el inmiscuirse de Dios en nuestra vida, si se nos permite este enredo verbal a los que somos unos pobres tartamudos, es lo más lógico, lo más ontológico y hasta lo más físico-químico-biológico que se puede concebir. Si no partimos de este supuesto, nos quedamos sin base, sin un suelo donde estar y caminar, sin una razón de ser y un sentido de la vida.

Nos quedamos en el aire, en el vacío, nadando náufragos o “nadeando” en la nada.

En la trilogía verbal vivir-moverse-ser está la teología de la historia.

No podemos ni vivir ni movernos ni ser si no es en Dios.

Es importante que le prestemos atención a estos tres niveles existenciales y ontológicos del ser humano, concretamente en la trayectoria histórica de los países, en nuestro caso El Salvador.

El primer nivel es el de la base territorial y el elemento poblacional que nos ha cabido en suerte. Esa base es el escenario de la raíz precolombina con su bella planta materializada o personificada en el aristocrático maíz. Bello maíz, divino maíz, milpa del territorio nacional en el que se regocija la raza pipil luego injertada con la sangre española y la fe del cristianismo. El alegre resultado es una nueva concepción del mundo, una visión de ojos deslumbrados cuyas imágenes confunden sincréticamente lo viejo con lo nuevo. Una liturgia folclórica, a pesar de que los misioneros tronan en los púlpitos por imponer el ritual romano.

Mientras continúa con muy pocos cambios ese catolicismo callejero de milagros y supersticiones, hay debajo un segundo nivel de cierta moral, firme que es como decálogo esculpido en piedra. Un criterio moral rígido que “todos”, imponen a los demás, pero que en medio de esos “todos” existe el “cada uno” que hace lo que quiere o prefiere.

La moral general o de “la gente” es rígida, exigente, vigilante y murmuradora, por no decir “chambrosa” y maledicente. Se juzga y se sanciona con un criterio anónimo que es tiránico como una inquisición. “La gente” es un poder, un tribunal, una sabiduría infalible. Ante el “qué va a decir la gente” se detienen los más valientes y audaces y cobran valor para defender su virginidad las más tímidas doncellas.

Aquí cabe mencionar el concepto de la doble moral, la moral que yo exijo a los demás y la moral que me aplico a

mí mismo. Para los demás, admito que hay una moral universal, rigida, razonable y dura, pero para mí es otra cosa: yo tengo mis razones y privilegios para permitirme ciertas libertades y excepciones. Doble moral, ¡y cómo funciona! Sobre esa doble moral, que ya funciona por una propensión psicológica, ha venido la justificación filosófica y planeada del relativismo y del laicismo que, por un lado han ridiculizado la moral de la gente, y por otro han combatido fieramente la dictadura espiritual de la teología moral católica.

Pero no es nuestra intención ahora enredarnos en el problema de la doble moral ni de la moral política. Al contrario, lo que queremos es afirmar y resaltar la existencia de la moral general que es la voz de la conciencia y del sentido común. Los términos “gente” y “sociedad” deben recuperar su legítima semántica de dignidad que se identifica con lo humano, lo auténticamente humano, lo racional y natural. Ese fondo natural y común que nos une, como la ley natural que tanto enalteció Cicerón, no es otra cosa que la imborrable e invencible presencia de Dios. En los pueblos, hasta en los más incultos y escépticos, existe ese sentir general como una exigencia vital, como una condición sine qua non para la pervivencia de la raza humana. Gracias a esa fuerza de autoridad ontológica fundamental, persiste la humanidad. De lo contrario ya se habría destruido ella a sí misma.

Muchas veces, cuando se habla de los males de la humanidad y se hacen descripciones apocalípticas de los desastres, de las guerras, de las olas de criminalidad y de la degeneración de las costumbres, se olvida que debajo de toda esa capa de lepra que es la piel de la sociedad, late y vibra firme el estrato demográfico que constituye la mayoría. Esa mayoría existe y es constitutiva. Lo demás es la enfer-

medad, la amenaza de muerte, pero no existiría la amenaza si no existiera un organismo vigoroso e invencible amenazado. Ese organismo vigoroso, hermoso, esplendoroso, es la obra de Dios, la humanidad en cuanto tal, la imagen y semejanza de su creador, la que no puede fracasar y que al fin de los tiempos tendrá que lucir transfigurada.

En este nivel es donde existen las que en esta meditación llamamos almas de Dios. Sí que existen y en gran número, más de lo que aparece, gracias a Dios.

Las almas de Dios no son precisamente las místicas, a las cuales dedicamos consideración aparte. Son sencillamente almas buenas. No santas, pero sí sanas. Almas a las que el mismo pecado original y el *fomes peccati* respetan. No son inocentes pero sí sencillas. No son impecables pero muchas veces no pecan porque ni siquiera se les ocurre pecar. No están hechas para el heroísmo ni para lo extraordinario. Su clima natural y continuo es el anonimato.

Las almas de Dios no se dan cuenta de lo que son. Hacen el bien sin proponérselo. Carecen de segunda intención en sus acciones.

Las almas de Dios abundan entre las mujeres, pero las hay también entre los hombres. Las hay sobre todo entre los hombres del campo, pero también en las ciudades. Entre intelectuales, profesionales, hombres de negocios y hasta políticos, se dan a veces los ejemplares que se llaman “hombres de bien”.

Los hombres de bien son equilibrados por naturaleza, discretos, razonables y poseedores de la cultura general del humanismo. Lamentablemente esa clases de personas,

por su natural molestia y a veces timidez, se mantiene al margen de la cosa pública y no toman actitudes combativas. Son comparables a los árboles de hondas raíces y a las torres del alumbrado eléctrico y uno desearía que se convirtieran en gigantes que recorrieran y sacudieran el territorio.

Los hombres de bien, sin embargo, buscan la justicia no por combatir a nadie, ni por condenar a nadie, ni por cumplir un programa político, ni por seguir una ideología, sino que actúan por una fuerza de gravedad interior, fuerza que es la manifestación humana de la gravitación con que el creador mueve al universo. También son semejantes a la suave corriente del agua que sigue su cauce sin esforzarse: al hallar vacíos los llena, al topar con obstáculos los evade y a llegar a los valles suaviza su paso y riega la campiña.

Cuando en las presidencias de las repúblicas, en los ministerios, en las asambleas, en las instituciones y en las grandes empresas hubiera hombres de bien, los países se organizarían según la ley del bien común, no de los intereses de partido, solo por la razón natural y la revelación de la palabra de Dios.

¿Dónde están y qué dicen los hombres de bien? Ellos hablan, a veces pero no son oídos. Cuando no hablan, actúan pero su acción es casi subterránea como la del agua que va por el subsuelo.

Después de los dos niveles que hemos descrito, el del vivir y el del moverse y después de lo que hemos dicho de los hombres de bien, nos queda el más alto y más profundo nivel, el del ser.

Ya dijimos, al citar la obra de Jean Gennou, "La costurera mística de París", que Dios, que opera de muchas maneras en los dos niveles descritos, se reserva el tercer nivel, el del ser, como una esfera que es inaccesible para la inmensa mayoría. Es la esfera de los metafísicos y de los místicos. Estos últimos, los santos de la vida contemplativa, son los que nos interesan ahora. Después hablaremos de esas frías estancias o recodos recónditos de la mente donde los metafísicos, pretendiendo analizar el ser que no admite análisis, se atormentan la cabeza, desde Parménides hasta Heidegger, tratando de gustar el jugo de la más profunda raíz de la ontología.

Cuando San Pablo dice *sumus*, en griego *esmén*, está hablando de algo más serio que el ser de la ontología. Está hablando de la existencia del ser humano en Dios, o sea en ese diálogo entre el *ser pleno* que es el creador y el *ser apenas* que es la creatura, el ser que se parece mucho a la nada. Esta unión del que es, el que totalmente es, con el que casi no es, es el ser de los místicos en Dios, un encuentro inconcebible pero que lo constatamos como un hecho real en la historia. Lo veremos luego en dos casos concretos, contemporáneos y semejantes, el de la salvadoreña Ana Guerra de Jesús y el de la costurera mística de París, Claudine Moine, en pleno siglo XVII.

El ser que experimentan los místicos al ser absorbidos por Dios es a la vez una divinización o infinitización y una *na-dificación* o sensación de que se es nada. Se repite mucho en los místicos el martirio de la purificación. Dios los hace sentir que el alma debe purificarse por medio del dolor y recordemos que la palabra purificación remonta su semántica hasta el *pyr* griego que quiere decir fuego.

Llama la atención y sorprende el método que sigue Dios en el trato con sus almas escogidas. Nosotros tendemos a pensar que el trato con Dios es necesariamente gozado, luminoso y sublimador, pero no es así exclusivamente, sino que suele ir acompañado del tormento de la purificación, es decir, por el paso del fuego del dolor.

Pero el camino espiritual no se detiene aquí. No es el dolor por el dolor. La culminación del proceso, aquí en la tierra, es la unión indisoluble del alma con Dios o matrimonio espiritual, y después de la muerte lo que los teólogos llaman visión beatífica.

¿Qué pasa, entonces, con lo que queda abajo, en el vulgar mundo del común género humano, la masa pecadora en la que se mueven (*movemur*) en humorística refriega los dos reinos, el civil y el religioso, de cuyo enfrentamiento hemos venido hablando? Parece que Dios no le da mucha importancia a esa gresca, a esa mutua envidia de poderes.

El reino de los cielos, que Cristo nos consuela diciendo que dentro de nosotros está, saldrá triunfador al fin de cuentas, pero... ¿y el otro reino, el grande y visible imperio de los césares con su aparatoso poder científico y tecnológico que ya se va extendiendo por el sistema solar?

La comunicación de Dios a la humanidad, definitivamente, no se dirige a los gobiernos y fuerzas civiles. Tampoco va por el lado de la ciencia y la tecnología. Menos por la prepotencia de la economía. ¿Por qué será así? Dios, en esa línea, se ve que le ha dejado las manos sueltas al albedrío, a la creatividad, a la ambición y al hambre de placer del ser humano.

Yendo así las cosas y viendo que Dios aparentemente se desentiende de la vorágine de la política, de la tecnología y de la economía, es necesario que le pongamos atención a lo que Dios platica con los místicos y con los santos, con los cuales parece que sí se entiende a solas y por aparte.

Es cierto que hay casos, y no pocos, en que algunos santos han intervenido en asuntos públicos, muy sonados en la historia, como el de santa Catalina de Sena (1347-1380) y santa Brígida de Suecia, 1302-1373, quienes con muchas cartas llenas de sabiduría aconsejaron a papas, cardenales y reyes, dando así fin al famoso destierro de Aviñón que había durado casi setenta años, cuando el desterrado pontífice Gregorio XI regresó a Roma, pero esos casos son especiales y siempre están relacionados con la vida de la Iglesia. Lo normal es que las comunicaciones con los santos, tanto de parte de Dios como de parte de la Santísima Virgen en sus múltiples apariciones, se mantienen en el tema de la vida espiritual y de la unión con Dios.

Ahora, una vez que quedan tan deslindados y separados los campos y las funciones de las dos fuerzas (la religiosa y la civil) y de las dos ciudades (la ciudad de Dios y la Ciudad del Hombre), surge una pregunta muy difícil: ¿Y entonces qué papel tienen los místicos y cuál es su función en el desarrollo de la humanidad? La respuesta viene inmediatamente y con claridad. Lo que hacen los místicos y los santos es oración y perfección. Dos palabras y dos conceptos de mucha enjundia y que necesitan explicación.

En cuanto a la oración, si tanta importancia se le da no solo en la cultura cristiana sino en la de todas las religiones, eso quiere decir que existe una relación real, aunque difícil de comprobar racionalmente, entre la esfera visible de la acti-

vidad social y la vida interior del espíritu que se manifiesta en la religión. En las religiones de todos los pueblos y culturas, los hombres han recurrido siempre a los poderes de lo alto por medio de la oración. Los místicos, pues, mejor dicho los santos en general, están manejando en la oración la energía más poderosa que mueve al universo.

En cuanto a la perfección, que la derivamos del mandato de Jesús, “sed perfectos” (*estote perfecti, ésesze téleioi*, Mt.V,48), hay que tener cuidado, porque no debe interpretarse en sentido absoluto, pues esa perfección solo la tiene el Padre Celestial, sino en su sentido relativo, como ya indica el objetivo griego *téleios*, derivado de *télos* que significa fin o término y culminación de alguna cosa, de cada cosa o ser en su categoría. Un árbol, por ejemplo, llega a su teleiotes (perfección o acabamiento) cuando cumple con todo lo que se contiene en el concepto, de árbol, en todo lo que debe ser un árbol. Dígase lo mismo de los conceptos, de hombre, de mujer, de esposa, de artista, de maestro, etc. En cada una de esas categorías hay una línea que va desde su principio hasta su acabamiento o cumplimiento. Venidos al caso del santo, se trata de un ser humano que está tratando de llevar hasta su culminación el concepto de hombre y de creatura, tal como lo tiene en su mente el creador que lo ha hecho a su imagen y semejanza. Así la perfección, tal como la entienden los santos, es el esfuerzo por parecerse a Dios, subiendo lo más posible en la escala de la posibilidad humana. Dicho trabajo, como luego lo explicaremos, lo describe la teología mística con las clásicas tres vías (la purgativa, la iluminativa y la unitiva), vías o estados psíquicos que experimentan las almas para llegar al que se ha convenido en llamar desposorio espiritual del alma con Dios, grado místico que el citado autor Jean Genou llama con mayor acierto estado teopático.

Es importante señalar lo acertado de la expresión usada por Gennou porque la tradicional del desposorio, aunque se amolda bien al femenino alma y se toma de la semejanza del Cantar de los Cantares, se resiste a concordar cuando los místicos son varones. No así el término unión o estado teopático que expresa la situación del alma que está *poseída* por Dios.

Choca a primera vista el que el fenómeno de la posesión lo conozcamos por los casos de posesión diabólica, en los que el demonio destroza la personalidad del poseído y la hace instrumento de acciones desastrosas. Véase entonces el extremo contrario de un alma que tiene el privilegio de ser morada de Dios que es amor y sabiduría. Con razón San Pablo, y con él todos los místicos, se gloriaba de la posesión teopática en que él vivía.

Lo que aquí se ve es que Dios tiene principal interés e íntimo regocijo en realizar su obra divinizadora en cada alma, en cada persona. Lo otro, lo universal, lo “católico”, es la secuencia lógica y posterior como realización y glorificación de toda la humanidad, de la iglesia, del reino de los cielos. Pero repitémoslo: todo comienza en cada persona, en cada alma, aunque esta maravilla de amor solo se hace real, en el estado actual de la humanidad, en las almas privilegiadas, las que con el esfuerzo de la oración luchan por la perfección.

Pero hay otra advertencia importante. No se crea que el trabajo místico de Dios en las almas privilegiadas es solo para comenzar y como para ensayar la gloria final de la visión beatífica universal y eterna. No, el primer deseo de Dios, el esposo místico, es un amor personal con el alma que posee. Él quiere venir a reposarse, a gozarse, a que-

darse en cada alma como el ave en su nido. Cada alma le interesa tanto como toda la humanidad. Cada alma es la humanidad entera.

Para comprobación de lo que venimos diciendo vamos en las siguientes líneas a dedicarle atención a “la vida admirable y prodigiosa” de la mística salvadoreña Ana Guerra de Jesús, siguiendo para ello dos preciosos libros: el escrito por uno de sus confesores, el P. Antonio de Siria y el profundo y documentado estudio que hace del caso el P. Juan Antonio Platero, sacerdote que me trae a mí en lo personal los más íntimos y sagrados recuerdos de la formación en el Seminario San José de la Montaña.

Podría algún racionalista o ateo menospreciar las experiencias de los místicos y echarlas entre los trastos raros del laboratorio de los investigadores metapsíquicos, pero esa sería una irrespetuosa actitud. Todo lo contrario deben ser nuestro interés y gratitud por el testimonio que nos ofrecen esas almas que se arriesgan por territorios mentales tan inhóspitos. Son espíritus exploradores que se echan como sondas al mar oscuro que se extiende más allá de la muerte. Sus palabras y sus visiones deben ser tomadas en serio y estudiadas no con credulidad ingenua sino con rigor científico.

Una advertencia más. Si alguien pensara que Ana Guerra de Jesús, alias la convertidora, la predicadora, como la apodaban los que se burlaban de su celo por la salvación de las almas (Siria, pg, 248), era un caso raro y patológico, estaría muy equivocado. Había muchos casos semejantes de almas dedicadas a la ascética y a la mística, es decir, al trabajo de la perfección espiritual. Recuérdese que la católica y eclesiástica época colonial fue la época de los beaterios. Estamos hablando de la conventual Guatemala del siglo XVII.

Ana Guerra nació en San Vicente, provincia de San Salvador, el sábado 13 de diciembre de 1639, hija de Juan Guerra Jovel y de Beatriz López de Pineda, españoles criollos que pertenecían al grupo de familias que fundaron la ciudad de San Vicente cuatro años antes en 1635.

De entrada, tanto en la biografía escrita por el P. Antonio de Siria como en el estudio teológico trabajado después por el P. Juan Antonio Platero, no deja de extrañar que siendo Ana de una de las familias españolas, las cuales tradicionalmente gozaban de propiedades y bienestar económico, a diferencia de las familias indias, padeciese estrecheces y hasta miseria.

Su predestinación a la vida espiritual se manifestó desde los primeros años de su infancia y aunque pasó largos años por la dura experiencia matrimonial, dando a luz siete hijos, de los cuales se le murieron los cinco primeros, Dios la tenía elegida para sacarla de la lejanía provinciana de San Vicente y llevársela a la Guatemala de sus sueños, ciudad de una intensa vida espiritual y de un elevado ambiente cultural.

Allá llegó Ana el 30 de mayo de 1669, acompañada de su esposo, ya un poco amansado, y de sus dos últimos hijos, Vicentito de cuatro años y en brazos Catalinita de dos.

Una vez en la gran ciudad la campesina salvadoreña, analfabeta pero hermosa y de fuerte personalidad, lo primero que hizo fue ponerse a aprender a leer y escribir. Luego se confió a la dirección espiritual de sabios y santos maestros religiosos y allí comenzó la prodigiosa ascensión a las alturas de la vida mística.

Más admirable todavía es que, encendida en el celo de la salvación de las almas, su acción trascendió a los que es-

tuvieron cerca de ella, comenzando por su propia familia. Increíble pero cierto es que su feroz marido terminó ablandando su alma y llegó a ingresar al convento de los dominicos en calidad de hermano o de donado, como se decía entonces. Su hijo Vicente fue un fraile de mucho prestigio. De Catalinita dice así la biografía citada del P. Siria: "La otra hija suya, la persistente y fervorosa virgen Catarina de Jesús, que de el amenísimo vergel o beaterio de Santa Rosa que tiene esta ciudad a el cultivo y gobierno de la religión de Santo Domingo, donde había crecido hermosa agradable flor a las delicias de el divino esposo, pasó a resplandecer estrella en el firmamento..." Los santos no viajan solos en el cielo sino que llevan cauda y forman constelación.

Luego, contrario a lo que suele pensarse, que los místicos son seres abstraídos de la sociedad humana, doña Ana vivía preocupada y atormentada por las almas que veía en peligro y entregadas a una conducta licenciosa. Innumerables fueron las personas, entre caballeros de la buena sociedad y mujeres de vida libre, que se convirtieron a una fervorosa práctica de la religión. El P. Siria narra algunos casos ejemplares. Con razón la llamaban "la convertidora".

El hecho es que la antes desconocida salvadoreña se había convertido en todo un personaje en Guatemala. La prueba última está (para no convertir esta relación en una nueva biografía) en lo que fueron, a la hora de su muerte, el solemne entierro y las apoteósicas exequias. Increíble pero cierto.

Ana Guerra de Jesús murió el 17 de mayo de 1713 y fue enterrada el día siguiente en la iglesia de la Compañía de Jesús, llevado su ataúd en hombros de sacerdotes jesuitas y con el concurso de mucha gente.

Más admirable todavía fue que doce días después del entierro, el 30 de mayo de 1713, dos frailes dominicanos, respondiendo al manifestado deseo de mucha gente de la ciudad, dispusieron celebrar pomposas exequias en su iglesia en honor de la santa fallecida. El P. Siria narra así el acontecimiento:

"Libre ya su alma de la pesada carga del cuerpo y puesto éste en el lugar en que descansa, comenzó a divulgarse en las noticias de todos la heroica santidad de doña Anna Guerra de Jesús, llorando unos el no haberla conocido, lamentando otros el no haberla frecuentado, sintiendo igualmente todos el que hubiese sido más industriosa la humildad de la sierva de Dios en ocultar sus relevantes virtudes, que su propia diligencia y curiosa veneración en investigarlas".

Pero entonces la esclarecida Religión Guzmaná, noble en todo y siempre magnífica, queriendo satisfacer el común deseo, como quien tenía tanta parte y muy fundados derechos en las honrosas aclamaciones de esta venerable señora por muchos títulos muy suya, dispuso en su misma iglesia para el día treinta de Mayo de 1713, celebrar su memoria, haciendo una suntuosa exequias con aquella grandeza y solemnidad que acostumbra en las funciones de su más plausible celebridad. Bastó sólo la noticia para que, dándose por convidado lo más ilustre y calificado de Guatemala, en todos sus estados, sexos y condiciones, acudiese desde muy temprano, en tan crecido número de señoras y caballeros, eclesiásticos, seculares y religiosos, que ocupada la espaciosa capacidad de aquel amplísimo templo, mucha de la gente que sobrevino después hubo de volverse o explayarse por el patio. Y porque no faltase a tan respetuosa función el lustre que se mere-

cía, se dignó también de asistir plena la Real Audiencia con su presidente cabeza de aquel nobilismo cuerpo, el muy ilustre señor Marqués de Torre Campo don Toribio de Cosío, caballero de el Orden de Calatrava, y demás señores togados de aquel integérrimo tribunal; la Imperial ciudad de Guatemala, con sus dos señores alcaldes y regidores y el ilustrísimo y venerable Cabil-do Eclesiástico, con las personas más autorizadas de todas las Religiones.

El sermón, para el mayor vínculo de nuestro cordialísimo agradecimiento, quiso aquella gran madre y protectora de nuestra mínima Compañía la sapientísima y nunca bastantemente elogiada Religión de Santo Domingo, que corriese por cuenta nuestra, franqueándonos su mismo púlpito, teatro de tantos insignes oradores cuanto son los individuos de aquella cristiana Atenas, maestros todos y todos sabios. Y así, acabados los ministerios de el Altar, que oficiaron el M.R.P. Mro. Fr. Blas de Cáceres, vicario y ministro de el Convento de S. Juan Zacatepeques y dos RR.PP. Lectores de Teología, se siguió el sermón, que predicó el padre Manuel de Valtierra, rector que entonces era de este Colegio de Guatemala, cuyos aciertos en el púlpito, bien conocidos por lo bien oídos que han sido en esta ciudad y en las primeras de Nueva España, parece que se realizaron aquel día, elevándolos su gran talento, elocuencia y sabiduría por el singular afecto y veneración que tuvo al dignísimo sujeto de su asunto. Ya decir la verdad, si respecto de éste fue fúnebre, respecto de sí mismo fue prácticamente panegírico. Así quiso Dios con tan plausibles demostraciones honrar a esta su humilde sierva, que tanto se procuró esconder en la vida”.

La emoción en que nos deja el recuerdo de la vida de la mística salvadoreña del siglo XVII nos hace volver a lo que dijimos al principio de este libro, las cuatro imágenes del alma salvadoreña: la del cometa que pende del hilo en las manos de un niño, la del avecilla tímida que cuida su nido, la del horrible fantasma que amenaza por las calles y la de la destructora comentada de una manifestación que grita en popular acción de protesta. Ahora que hemos descendido a la profundidad mística de un alma salvadoreña, Ana Guerra de Jesús, nuestra santa, de nuevo nos preguntamos: ¿qué es el alma salvadoreña? ¿Qué somos? ¿Qué deseamos? ¿Hacia dónde vamos?

Ana Guerra de Jesús nos hace meditar. En ella hemos descendido al fondo del alma salvadoreña. Ella es el fondo del alma salvadoreña. Ella es el fondo. Con ella hemos descendido doscientos años debajo de la independencia. Estamos en la soñolienta época colonial. Estamos lejos de la independencia y lejos de ser república. Somos una provincia del poderoso reino de Guatemala. No existe todavía el sentimiento de identidad nacional. La borrosa nacionalidad de entonces es otra, la que nunca se formó sólida y de veras, la de la imaginaria Centroamérica que se quedó sufriendo dolores de parto en el vientre de la Capitanía. Esa es la época en que la peregrina Ana Guerra, con su esposo y sus dos últimos hijos, emprende a pie, desde San Vicente, el viaje a Guatemala, atendiendo el llamado de una voz interior.

¿A qué va la peregrina salvadoreña a Guatemala? Va a salvar a sus hijos y a su marido llevándolos a un ambiente de intensa religiosidad. Va a dar un ejemplo de vida espiritual y a ser la motivación de muchas conversiones que se hacen sentir en la ciudad. Sin proponérselo y sin darse cuenta le da vigor a Guatemala y es, como lo dijo un religioso, la ga-

rantía de la protección de Dios. Fue uno de sus directores espirituales, el P. Bernardino de Ovando, venerable, perteneciente a la Orden de San Felipe Neri, quien dijo una vez: "Pobre de Guatemala cuando le falte doña Ana Guerra".

A todo eso fue Ana Guerra a Guatemala pero sobre todo fue a transformarse a sí misma y a escalar las alturas más elevadas de la perfección. Allá su alma entró a la morada mística del divino esposo. Allá se transfiguró.

Razón, pues, tenemos y no exageramos si tomamos a Ana Guerra de Jesús como la personificación y la raíz del alma salvadoreña. La raíz, porque está en lo profundo de nuestra historia, en el momento en que se gestaba la personalidad y la identidad de nuestra patria. Y la personificación, porque es el prototipo de la esposa sufrida, de la madre cristiana abnegada y de la mujer trabajadora que allá en Guatemala, tejiendo "puntos", es decir labores de aguja, se agenciaba sus centavos y hasta hacía caridades con los prójimos. Es también modelo de superación cultural, porque ya madre de siete hijos (cinco que se le habían muerto y los que estaban con ella en Guatemala) se empeña en aprender a leer y escribir, cosa que logró con lúcido éxito y le facilita el acceso a la literatura piadosa. Añádase que, además del contacto directo con los mejores maestros de la vida espiritual, tuvo ocasión de codearse, como dice el P. Platero, con lo más grande de los personajes de Guatemala de aquella época. Mencionamos al famoso Hermano Pedro y al santo misionero Fray Margil de Jesús, entre otros.

Por todo lo anterior reiteramos con orgullo que Ana Guerra de Jesús es la raíz y la personificación del alma salvadoreña.

Si queremos añadir un rasgo más en la caracterización de la gran mujer, ese rasgo es el de su peregrinaje, lo que nos hace pensar en ese destino que viene obligando a muchos salvadoreños a salir de la estrechez y carencia de su propio territorio para buscar la superación en extraños países, aunque así sean los más raros y lejanos. Piénsese en Suecia y Australia.

Todo salvadoreño, al sentirse atacado del virus de xenofilia o de xenomanía, debería atender aquella admonición de San Agustín, *noli foras ire, in te ipsum rede, trascende te ipsum*, la que traducimos así: no te vayas fuera, vuélvete a ti mismo, trasciéndete. No te vayas a vivir al extranjero, a no ser que sea razonablemente necesario, conoce bien tu patria y enamórate de ella; autoestímate y cultívate de modo que te superes y te transfigures.

Al concepto de transfiguración, tanto en los individuos particularmente como en la sociedad en general, dedicaremos las reflexiones del capítulo siguiente.

V. TRANSFIGURACIÓN

El arte es la figuración
y quiere ser la transfiguración
del drama de la vida del hombre
sobre la tierra.

1. Una lección de la filosofía del arte.

El epígrafe que encabeza el presente capítulo ha sido tomado de la introducción del libro “Grünewald. Vida y arte, paralelos espirituales”, escrito por Juan Zocchi en homenaje al gran pintor alemán Matías Grünewald, 1460-1528. Las características singulares y la fuerza mística de este pintor nos dan pie para relacionarlo con nuestro tema y para tomarlo como expresión de la idea de la transfiguración.

En la misma línea de nuestra interpretación está lo que dice la Enciclopedia Universal Herder al resumir del siguiente modo las características de la pintura de Grünewald: “Expresión apasionada y religiosa, simbolismo místico extendido hasta su vasta gama de colores, que van desde la oscuridad abismal hasta una gloriosa claridad”. La interpretación que hace la Enciclopedia Herder es acertada. Ha captado bien el contenido de las pinturas de Grünewald, el

artista que más se ha compenetrado del dolor y de la humillación de Cristo, pero también el que más ha llegado a gozar del rostro del resucitado, en el que se ve un semblante todo oro y luz que despiden la belleza de los cuerpos glorificados, cualidad o dote que los teólogos llaman claridad.

Grünewald fue criticado y hasta rechazado por lo chocante y grotesco que parecían sus Cristos masacrados y deformados (¿cómo se ve que el artista había leído al profeta Isaías en su prefiguración del Mesías crucificado!), pero a ese espectáculo repugnante hay que añadir el éxito del mismo pintor al contemplar la faz del Cristo glorioso. Ningún pintor en la historia del arte ha tenido un más íntimo acercamiento a la luz amorosa del Cristo resucitado que comparte su triunfo con los que lo contemplan. *El per crucem ad lucem*, por la cruz se va a la luz, se ha realizado en la pasión y en la resurrección de Cristo, y Grünewald lo ha expresado con los colores de su místico pincel.

Juan Zocchi expone una tesis que tiene contextura de filosofía del arte. Según él, el dramatismo patético y espasmódico de los Cristos de Grünewald, la vibración contagiosa y repugnante de los miembros torturados que se resisten a dejar el movimiento vital, la sangre que chorrea y nos salpica, el temblor de los labios que dicen “Dios mío, Dios mío, ¿por qué me has abandonado?”, la descomposición de los rostros de los amigos que comparten el martirio del crucificado, el mismo ambiente y toda la naturaleza que se ennegrece tenebrosa, todo ello, es la expresión, mejor dicho la repetición, no solo del drama que se vivió en el Calvario sino también del dolor de todo un pueblo, el pueblo alemán (y representada en él toda la humanidad), que está viviendo el drama de las guerras de la religión. Nos referimos a las múltiples rebeliones, desórdenes y matanzas, de mesco-

lanza político-religiosa, en pleno siglo XVI motivados por la reforma que lideraba Lutero en contra de Iglesia Católica.

Pero la visión de Grünewald no se queda en la asquerosa masacre, no, sino que ese espectáculo le sirve para subir a la escena triunfal de la resurrección de Cristo, todo ello representado en la complicada estructura del retablo de Isenheim, la obra cumbre del artista, la cual es comparada por el biógrafo Zocchi, punto por punto, en asombrosa semejanza, con la Novena Sinfonía de Beethoven.

Lo que nos hace ver Zocchi en la desconcertante pintura de Grünewald es que la vida del ser humano consiste en ese esfuerzo por superarse a sí mismo, por descubrir y reivindicar su oculta dignidad, descendiendo primero hasta el fondo de la humillación, de la tortura y del ultraje, para ascender después a la gloria de su transfiguración, es decir, a la realización del “hombre nuevo”, de ese ser inmortal y definitivo dotado de las cualidades del cuerpo glorioso (la claridad, la impasibilidad, la sutileza y la agilidad), con las que luce el rostro de Cristo, la máxima belleza, en la Resurrección-Ascensión del altar de Isenheim.

La historia del arte nos da así una oportuna lección y nos abre el camino para el presente estudio en el que vamos a tratar de descifrar en qué consiste la transfiguración que es el destino y el proyecto histórico del pueblo salvadoreño.

2. De la figura a la transfiguración.

No en vano hemos llamado tesis filosófica a la interpretación que Juan Zocchi hace de la pintura de Grünewald. En nuestra opinión, también, es así como se deben “leer” las

obras de arte, calando en la psiquis de sus autores y en el mensaje de esas obras, mensaje que a veces, mejor dicho casi siempre, va más allá de la intención de sus autores. Más aún, es así como debe entenderse la historia toda y el drama de la vida del hombre durante su tránsito por la tierra, en sus diferentes manifestaciones, en la política, en la religión, en la ciencia, en el arte, en la economía, en todo. *Alles Vergängliche ist nur ein Gleichnis*, como dijo Goethe, todo lo que pasa, lo que sucede, no es más que un símbolo, una semejanza, un signo, es decir, una señal y una advertencia.

La tesis contraria es la de la terrenificación o inmediatización de la actitud del hombre ante las cosas, es decir, tomar todo lo que nos ofrecen los sentidos en su manejable apariencia y en su utilidad inmediata, sumergiéndonos en la belleza de su abundancia y gozando cada momento sin preocuparnos de que se agote su riqueza ni de que exista algo más allá de lo presente. Es la actitud típica de la ciencia, de la técnica y de la economía, en su más noble interpretación.

No podemos evitar que de inmediato se nos ocurra la semejanza de estas dos actitudes, la terrenización y la elevación, con la bajada y la subida de nuestra escena de la transfiguración al final de la procesión del cinco de agosto. El bajar y subir, que es la constante alternativa y alternación de nuestra vida, es un movimiento que debe hacernos reflexionar y filosofar.

Estamos en la base metafísica y, contrariamente a lo que sugiere el concepto de base, como algo sólido y estable, nos encontramos con que la psiquis es un lugar oscuro y misterioso, inseguro y peligroso, incierto e inestable, pero fecundo y atractivo, semejante a un nido en el que un ave invisible calienta los huevos de impredecibles formas de vida.

La movilidad creativa de la incubadora mental no es como el oscilar horizontal del péndulo que va y viene entre posibilidades del mismo género. El bajar y subir psíquico es vertical, de más a menos y de menos a más, de superior a inferior y viceversa, del mal al bien y del bien al mal, entre el gozo de la conciencia tranquila y la zozobra del remordimiento. Así se agita el caldo de la imaginación y del deseo en la alquimia de la existencia.

La existencia, concebida como trabajo y como esfuerzo, supone gasto de energía y sensación de cansancio. El cansancio, he aquí un nuevo factor que nos sale al paso. La bajada, entonces, contraria al trabajo, es la necesidad del descanso, el desfallecimiento inevitable, el reclamo del organismo para reponerse. Así se interpreta la bajada en el buen sentido. Decimos en el buen sentido, porque también existe el otro, el sentido negativo de la bajada como caída, como falla de la voluntad, sobre todo en el campo de la moral. ¡Y vaya que si existen esas bajadas, a veces hasta los fondos del pecado, de la degradación y del crimen!

Hay en castellano, en la variante de los salvadoreñismos, dos verbos que vienen a contribuir con el aporte de sus matices al examen que estamos haciendo de la conducta humana. Son los verbos abajarse y rebajarse. Abajarse es ceder uno mismo en su autoestima y humillarse ante otro indebidamente. Rebajarse, peor aún, es cometer acciones indignas que hacen a la persona perder el aprecio y el respeto que merece ante los demás. En ambos casos se trata de una bajada degradante.

A su vez la subida tiene tres formas que son completamente diferentes. Primera, la subida como sobreestimación y autoelevación, lo cual muchas veces se hace con violencia y de

mal modo como el que comete un robo a mano armada. Es la *hybris* griega, o sea escalar un puesto que no se merece. En el lenguaje corriente se dice subirse a mayores o decir que a alguien se le subió algo a la cabeza. Esta tendencia es llamada megalomanía o delirio de grandeza. La segunda forma de subida se llama levantada, es decir, la recuperación de la estatura normal y correcta después de haber caído. Finalmente la tercera forma de subida es la superación, el esfuerzo viril y elegante por darle a la persona la mayor estatura y el más bello talante. Dar de sí lo mejor, explotar al máximo la capacidad humana. Comprenderemos mejor este aspecto de la subida cuando tratemos de desmenuzar la semántica de la transfiguración, o sea esa heroica odisea del ser que sale de sí mismo en busca de su esencia, de su cabal fisonomía y figura.

Subir y bajar, es la ley existencial inexorable, la dialéctica de la vida, un movimiento constante entre la exaltación y la depresión, entre el triunfo y el fracaso, todo ello como un juego metafísico entre el ser y el no ser.

El paso de la figura a la transfigura es un camino largo. Mejor dicho, no es un camino sino un proceso, una especie de química biológica y lingüística que se nos revela en las palabras que usamos todos los días. Los veremos en los verbos y sustantivos que giran alrededor del concepto de figura. Estas palabras, que se entrelazan y amarran como los distintos materiales en la arquitectura de una casa, constituyen una concepción del mundo, una metafísica e incluso una guía práctica para la ética de la vida. Sorpresivamente descubrimos aquí que van juntos el hablar bien con el portarse bien. La ética es la gramática de la voluntad.

Ahora, para comenzar, ¿qué es la figura? En el caso del ser humano, la figura no es algo ya hecho y terminado. Es, más

bien, un proyecto, un deseo, una idea, algo deseado o imaginado que debe llevarse a la realización. Claro que ya hay un principio. El principio se le da a cada individuo, pero cada uno debe continuarlo siguiendo las indicaciones prescritas, es decir, pre-escritas, señaladas y ordenadas. Se nos ordena ser. Se nos obliga a ser. Alguien está interesado en que seamos.

El hombre es primero una idea en la mente de Dios. Después una decisión de la voluntad divina: "Hagamos al hombre". Por último, en las manos del divino alfarero, maravilla que se repite en los vientres de las madres: una semejanza.

En consecuencia, el ser del hombre es un parecerse. Su ser es parecer, un parecer que, por fuerza de la semántica, tiene mucho de aparecer o de apariencia, pero que, sobre todo, es semejanza, copia e imitación.

En cuanto a la idea que Dios tiene del hombre, de cada hombre, no hay problema. Dios tiene clara su intención sobre cada una de sus creaturas. Pero el hombre, cada hombre como "yo", ¿qué figura ve en sí mismo? ¿Cómo se ve? ¿Qué concepto tiene de sí mismo?

Triste es decirlo, pero la mayoría de los individuos, aparte del gesto cotidiano de plantarse frente al espejo y de ponerse la mejor ropa, no le presta atención a la cosmética interior, a la figura espiritual y moral a la persona como proyecto de vida. Bien es verdad que se maneja el concepto ególatra y vanidoso de sí mismo como de alguien importante. Es el Don Fulano con mayúsculas que se estima cada uno de nosotros.

Don Fulano, de momento, nos cae bien, a pesar de que de repente se ha metido de intruso aquí en nuestra redacción.

Es simpático pero huele a peligroso. No es confiable. Don Fulano no es la persona ni la manifestación de un proyecto de vida.

El sujeto que así se yergue en cada individuo es una falsificación del verdadero hombre, un sustituto, un estandarte de propaganda o un cartel que se enarbola para presumir y publicitarse. Debajo del cartel se esconde el hombre suplantado.

De fulanos está lleno el mundo. Son números sueltos, dígitos perdidos que tratan de salir del anonimato y de la vulgaridad. Quieren "figurar". El hombre auténtico tiene que desfulanizarse.

Dios, que ama a cada hombre en lo singular y personal, con su nombre y apellido, ha dotado a cada uno de una constitución que es única, irrepetible e inconfundible. Esa es su figura.

Partiendo de que la figura es un proyecto se concluye que la figuración, o sea la formación de la figura, es todo un trabajo. Entramos aquí a una mecánica dialéctica que al autor de este estudio le recuerda un trabajo anterior sobre el contenido filosófico de los verbos existenciales del idioma español. Con los verbos y sustantivos alrededor de la figura sucede algo semejante.

Estamos en el taller de la existencia los aprendices de escultura ontológica. Nos asiste el divino alfarero, el que dijo "Hagamos al hombre". Ahora somos nosotros los que tenemos que hacernos hombres, es decir, formar nuestra figura.

La figura del hombre es una esfera con dos hemisferios, uno que mira hacia adentro y otro que mira al exterior, como la

Luna con sus dos caras, la una oscura y la otra iluminada. La primera, la interior, se llama constitución. La otra es el proyecto. De ahí que haya, según prevalezca uno u otro aspecto, dos clases de hombre: el hombre-constitución y el hombre-proyecto.

La constitución (según una de las acepciones del diccionario, "naturaleza y relación de los sistemas y aparatos orgánicos cuyas funciones determinan el grado de fuerzas y vitalidades de cada individuo") es la estructura base, el campo de despegue, el primer renglón del discurso, la semilla que echa la raíz hacia la tierra y el tallo hacia el Sol.

El proyecto es un plan y un plano. Un plan de vida, una trayectoria de conducta, un ideario. También es un plano que se dibuja, una profesión que se elige, un itinerario que se traza, un croquis y un diseño que se dibujan.

La conducta programada del hombre tiene razón de ser lógica, trabazón de ingeniería, belleza de arquitectura y exactitud de geometría. Suena esto a racionalismo espinoziano mecanicista, pero por eso no debe tomarse tan al pie de la letra. Apunta más bien ese extremo cuidado por la limpieza del alma al esfuerzo de los místicos, en su estado teopático, por purificar su alma de toda mancha para unirse a la divinidad.

Los dos hombres, el constituido y el proyectado, actúan en la figura. El constituido es el ser, el proyectado es el hacer. El constituido es tener, el proyectado es dar. El constituido es estar, el proyectado es avanzar. El constituido es pasado y presente, el proyectado es futuro. El constituido se gua-
rece dentro, el proyectado sale de sí mismo a la aventura, a la generosidad y a la conquista.

El proceso de la figuración, tanto en la dirección constitutiva como en la proyectiva, tendría que ser lógica y cronológicamente ordenado, conforme al boceto y al itinerario del plan de vida. Es lo que, en términos más sencillos y populares, se conoce como educación.

Desde un punto de partida puramente natural y filosófico es que estamos hablando de la formación de la figura del hombre partiendo desde cero, mejor dicho, desde el boceto que trae en sí mismo el individuo desde que nace. Esa manera de comenzar es penosa e incierta. En cambio la pedagogía del cristianismo no se detiene en ese oscuro comienzo embrionario sino que de una vez, en cualquiera de las edades del hombre, sea niño sea adulto, le pone enfrente el modelo perfecto, Cristo. Esa es la figura que hay que imitar. *Díscite a me*, aprended de mí. *Ipsium audite*, a él escuchad.

Oportunamente nos viene aquí un texto de la epístola de San Pablo a los efesios (4,11-16) en la que se nos insta a que formemos no solo en cada uno de nosotros sino en toda la humanidad un solo cuerpo con la figura de Cristo. Mejor teología de la historia, para cada nación y para la humanidad entera, no hay.

"Él a unos constituyó apóstoles, a otros profetas, a unos evangelistas, y a otros pastores y doctores, a fin de perfeccionar a los cristianos en la obra de su ministerio y en la edificación del cuerpo de Cristo, hasta que todos lleguemos a la unidad de la fe y al conocimiento completo del Hijo de Dios, y a constituir el estado del hombre perfecto a la medida de la edad de la plenitud de Cristo, para que de ninguna manera seamos niños vacilantes y nos dejemos arrastrar por ningún viento

de doctrina al capricho de los hombres por la astucia que nos induce a la maquinación del error, antes al contrario, aleccionados en la verdad, crezcamos en el amor de todas las cosas hacia el que es la cabeza, Cristo, del cual todo el cuerpo (coordinado y unido por todos los ligamentos en virtud del apoyo, según la actividad propia de cada miembro) obra el crecimiento del cuerpo en orden a su edificación en el amor”.

La tarea está definida. Ahora, a trabajar. Lo que hay que hacer es formar en cada uno de nosotros la figura de Cristo, el *téleios anér*, el varón perfecto. En ese glorioso trabajo, que dura toda la vida, se presentan muchas dificultades. Es un recorrido que pasa por las fases de figuración, desfiguración, refiguración y configuración (antes de la transfiguración, si es que se da), fases que no son necesariamente continuas y sucesivas sino que puede ser simultáneas, repetidas o regresivas. El orden en que aquí se han puesto es el orden lógico.

La figuración se topa a cada rato con su contraria que es la desfiguración. Son muchos los factores que contribuyen no solo a estorbar e impedir la figuración correcta y hermosa del hombre sino que positivamente se empeñan en formar un monstruo, un demonio. El enemigo del creador, desde el paraíso original, se propone figurar o desfigurar al hombre a su imagen y semejanza, haciendo de él un demonio.

La desfiguración tiene múltiples formas y múltiples impulsores. También múltiples métodos. Más que un conjunto de seres malévolos, constituye un sistema y un plan contrarios al plan del divino creador. El mal existe.

Los efectos desastrosos del mal están a la vista en la redondez del planeta y a lo largo de la historia. ¿Para qué dete-

nernos en la descripción de tan repugnante espectáculo? Ahí esta eso. Solo debemos añadir que no somos pesimistas y que no desconocemos la acción de la providencia de Dios en la humanidad. Por eso añadimos la rotunda afirmación de que el bien prevalece sobre el mal.

Veamos ahora la reacción contraria a la desfiguración. Tal es la refiguración o reparación de los daños causados a la figura.

Existe en el subconsciente colectivo de la humanidad un sentimiento indefinido de culpa, una sensación de vergüenza de sí mismo y de temor por un posible castigo. Ese sentimiento aflora por momentos en los individuos, parecido a las fumarolas de ciertos infiernillos que son respiraderos del fuego que se oculta en el interior de la tierra. Algo huele mal en torno nuestro y, peor aún, dentro de nosotros mismos. De allí viene la necesidad de la purificación y de la corrección. Hasta en la forma de vestirse el ser humano, además de ostentarse con orgullo y de cubrir lo que no conviene dejar a la vista, demuestra la necesidad de corregir defectos y de ocultar enfermedades que están en curación. Todo esto significa la refiguración.

¿Qué estamos haciendo, entonces? ¿Corrigiendo, remendando, curando, retocando un mamarracho o modelando una obra de arte? Nuestra vida, ¿es un construirse o un destruirse? Al final, ¿somos algo hecho o algo deshecho? Quitándole la h a deshecho, quizá somos un desecho, algo desechado o desechable. La historia entera de la humanidad, crucificada de guerras y terremotos, de vicios e inmoralidades, de feos edificios, de ideologías inhabitables, de tiranías inhumanas, de crímenes y de locuras, a la par de maravillas de ciencia y de catedrales donde habitan místicos en éxtasis, ¿tiene sentido o no? ¿Va en buen sentido la

humanidad o no? Antes de hundirnos en la desesperación y el nihilismo, contestaremos estas preguntas: Sí, tiene que ir, en definitiva y a pesar de todo, en buen sentido la humanidad, porque su Creador no puede fracasar.

La refiguración, entonces, espectáculo que mueve a lástima y admiración, es el esfuerzo del hombre por recuperarse, por salvarse, por erigir de pigmeos gigantes, de guijarros monumentos, de hierbajos árboles centenarios.

Si ponemos más fina atención para ver cómo se lleva a cabo la continua refiguración de la figura también continuamente desfigurada, nos encontramos con lo que es la configuración.

Acabamos de decir que la refiguración es una obra conjunta, una colaboración del hombre y de Dios. Pues he aquí la configuración, la configuración fundamental. Después se añade otra no menos necesaria, la contribución de los demás seres humanos y de todos los seres de la creación.

En la refriega que escenifican la figuración, la desfiguración y la refiguración, nos damos cuenta de que no actuamos solos y de que todo ello es una configuración, además de que nos movemos en la palma de la mano de Dios que es el escenario.

¿Qué es la configuración? Simplemente el lenguaje, sin recurrir a filosofías ni a teologías, nos viene guiando hasta el hecho de que la formación del hombre, como la de todas y cada una de las demás creaturas, es una configuración. Las creaturas son una multitud innumerable. Así se remedia entre ellas su mutua falibilidad y contingencia. Se juntan para ayudarse y completarse, mientras el creador se complace viendo el juego.

Entre las creaturas no inteligentes, plantas y animales, no nos espanta que las vidas se sacrifiquen unas por otras. No parece haber problema o no alcanzamos a comprenderlo.

Ni siquiera sabemos qué es ese principio vital que se viene transmitiendo de generación en generación entre plantas y animales, pero entre los seres inteligentes, con la contradicción que es la libertad, la situación se complica y no se ve cómo sea factible un orden en medio de tanta inestabilidad. Dios es el {único que entiende por qué ha hecho así las cosas. Lo que a nosotros nos enseña la configuración es que nos necesitamos unos a otros y que, al configurarnos, estamos completando entre nosotros mismos, como quien arma un rompecabezas o un mosaico, la imagen divina, la cual se halla repartida en miles de partículas en todos los seres de la creación. Para parecernos a Dios tenemos que parecernos a todo el universo. Así se juntan la ecología con la teología. Esto, antes de ser un precepto moral, es una necesidad biológica y una ley metafísica.

Llegados a este punto crucial de conjunción universal, de congreso ecológico de la creación, de reconciliación histórica de las contrariedades, parece que aquí termina todo y, sin embargo, es aquí donde todo comienza. El congreso universal de las creaturas saca como conclusión final que su existencia, en suma, es: casi nada. Como lo dijimos en páginas anteriores, al ser contingente lo persigue siempre su semejanza con la nada. Dicho de manera positiva: los seres son, sí que son, pero son poca cosa. En verdad poca cosa es la figura que logra configurarse o formarse el ser humano, si no pasa adelante, más allá de sí mismo, hacia su transfiguración.

3. Misterio de la transfiguración.

Parece, al primer momento, ilógica la idea de la transfiguración humana, como un huir de la propia figura natural, para buscar fuera algo que es la negación de sí mismo; sin embargo esta tendencia ha sido siempre una ilusión, una esperanza, una promesa y una misión que ha sentido sobre sí el hombre a través de la historia. Extraña situación, el hombre tratando de liberarse de sí mismo, insatisfecho de su figura, buscándose afuera o tratando de sacar de sí mismo un ser superior que lleva escondido como posibilidad.

Si algo impresiona en la historia del arte, sobre todo en la pintura y la escultura, es eso, la búsqueda del arquetipo, del varón fuerte y completo (el *téleios anér*), de la mujer de la belleza perfecta, del Eterno Femenino. Luego esa humanidad viviendo perenne en la Arcadia Feliz o de vuelta en el Edén.

Sería impresionante que pudiéramos hacer desfilar en nuestra memoria los héroes semidivinos, reales, o legendarios, de las muchas culturas de la historia, comenzando por aquellos *virii famosi*, varones famosos de que habla el capítulo seis del Génesis, aquellos gigantes, hijos de los hombres más fuertes y de las mujeres más bellas en los más profundos orígenes de la raza humana. El dato revelado por el Génesis casi concuerda con la mitología griega.

Las leyendas y los mitos han competido en la creación de héroes imaginarios, a cual más hermoso y poderoso, a cual más feo y maligno, pero todos ellos reuniendo las cualidades que todo hombre desea tener. El resultado que se pretende no es el hombre sino el superhombre.

La figura del superhombre se ha venido dibujando con diferentes trazos, según el avance de la cultura universal, sobre todo de la ciencia y de la economía, de modo que así como podríamos recrearnos en contemplar los arquetipos antiguos (el sacerdote, el sabio, el santo, el caballero, etc.) así podríamos mirar a los posibles modelos modernos: el científico, el hombre de negocios, el artista de las pantallas, el hombre más rico del mundo, el cosmonauta, etc.

Cierto es que la antigüedad, floreciendo en eso que se ha llamado el milagro griego, produjo lo clásico, es decir, el modelo cabal, lo natural, lo exacto, lo completo, el equilibrio entre lo racional y lo emocional, la armonía entre la belleza y la sabiduría, lo humano imperecedero; pero no obstante esa síntesis de cualidades y aspectos, hay un momento en que lo clásico cansa, se siente como que aprisiona y se saltan las bardas del comportamiento para irse cabriolando entre barrancas y peligros. Díganlo las piruetas del picassismo y del payasismo desbocados. Eso, hablando del arte, ya no digamos en los campos de la filosofía. La tendencia, huyendo de lo clásico, no es a la composición sino a la descomposición, no al cosmos o a lo cósmico sino a lo cómico.

Hay un espíritu anárquico que se filtra, como humo que irrita la vista, hasta en las cosas más serias y precisamente en ellas, como es el caso de la desobediencia y el individualismo caprichoso en la religión, donde se le tiene aversión a la jerarquía y al magisterio oficial. El mundo antiguo era jerárquico, el moderno es anárquico y disolvente.

Queremos decir enfáticamente que está haciendo falta que el mundo vuelva a ser cosmos, es decir, unidad y belleza, conjunto armónico, construcción y arquitectura. En filoso-

fía hace falta que volvamos a la metafísica y a las raíces de la ontología. Ya basta del conocer y del parecer; volvamos al ser. El conocer actual no es un entender ni un saber sino un devorar, un tragar sin masticar.

La ciencia técnica de hoy trabaja encorvada de bruces en el suelo, con la manía de las especializaciones atomizantes, sin levantar los ojos a lo general. Se abrazan uno por uno los árboles y no se ve el bosque. Guiada por la comercialización y el lucro la industria multiplica los productos sin preocuparse ni de calidad ni de su utilidad. Se ingenia no para servir al cliente sino para engañarlo o sugestionarlo. En todo este proceso hay una cómplice : la publicidad.

Si se quiere reflexionar sobre el descrito fenómeno, se topa con una dificultad casi insalvable: la velocidad y el atascamiento. No se puede uno detener a reflexionar. Al que se detiene lo atropellan. Todos aprietan el pedal sin afirmar las manos en el timón.

Llama sí a reflexión piadosa la costumbre de algunos automovilistas que llevan colgado un rosario en el espejo retrovisor. Eso quiere decir que van guiados por la fe y se dirigen a un destino seguro. El símbolo es muy expresivo. Nos recuerda que la ciencia tiene que cooperar con la religión y que el ejercicio de esta no se limita a los momentos en que se entra a un templo.

Gran contradicción es que la ciencia tecnológica moderna, mientras se vanagloria o mejor dicho se gloria justamente de sus proezas en la sofisticación de las comodidades de la vida, haya caído en la esclavitud de la comercialización. Se halagan los gustos más extravagantes, se inventan necesidades y actualizaciones en lo que se llaman tecnología de

punta. Lo que se inventó ayer ya no sirve hoy y lo de hoy no servirá mañana. Cosas de niños o de risa pero hay que comprarlas para estar al día.

Las identidades nacionales están en crisis porque son una rémora para el progreso, aunque a la vez se comprende que son un atractivo turístico y una fuente de divisas. El rostro de cada país tiene que ser propio, típico, inconfundible. ¿O no? La tendencia a la internacionalización y a copiar a los países hegemónicos hace que a veces, en ciertos lugares, por ejemplo supermercados y plazas de esparcimiento, siente uno que se encuentra fuera de su país.

El problema de la identidad es más profundo de lo que parece. Es visible en el rostro geográfico de cada país pero sus raíces están en la individualidad, indivisibilidad, inconfundibilidad e irrepetibilidad de cada persona. Más allá todavía va la cosa hasta llegar a aquella desoladora filosofía de la India, en la que la felicidad del nirvana consiste en la disolución completa de la identidad de la conciencia individual en una entidad divina indefinida que se parece a la nada.

Sin embargo, muy a pesar de lo verdadero que pueda ser ese concepto del fracaso y de la culpabilidad de una humanidad pecadora desviada por el pecado, cabe y es justa la apreciación del trabajo que ha venido haciendo con sus culturas esa débil humanidad. No insistimos, pues, en repetir la tradicional queja de que la humanidad ha fracasado. No, no es esa toda la verdad. La humanidad merece reconocimiento por sus aspiraciones y por sus logros. No ha fracasado. Llegó hasta donde podía llegar y fue entonces cuando, en la plenitud de los tiempos, *dum médium silentium tene-rent omnia*, mientras un tenebroso silencio se había apoderado de todas las cosas, como decía antes el introito de la

misa del domingo en la infraoctava de la Navidad, haciendo aplicación adaptada de un texto del libro de la Sabiduría (Sab. 18,14-15), sonó la hora del rescate divino y bajó del cielo la omnipotente palabra del Señor a salvar y ensalzar al hombre. Un renovado concepto del hombre es puesto en marcha por el cristianismo, una nueva concepción del mundo y una visión triunfal del desenlace de la humanidad.

En el momento adecuado se juntan el anhelo de la humanidad con el plan de Dios. La figura del hombre, ya presentada en el Génesis y definida por Cristo en el evangelio, la concreta más San Pablo con el concepto del "hombre nuevo", el *τέλειος ανέρ*.

Sin embargo, a pesar de todas las transformaciones y beneficios realizados en el mundo por el cristianismo, que sería ceguera no verlos e injusticia no reconocerlos, siempre se siente una especie de defraudación, porque era otra cosa la que se esperaba. No solo la elevación espiritual y sobrenatural sino algo más. No solo santidad sino también prosperidad. Leamos lo que escribe Benedicto XVI en su libro "Jesús de Nazaret".

"Aquí surge la gran pregunta que nos acompañará a lo largo de todo este libro: ¿qué ha traído Jesús realmente, si no ha traído la paz al mundo, el bienestar para todos, un mundo mejor? ¿Qué ha traído?"

La respuesta es muy sencilla: a Dios. Ha traído a Dios. Aquel Dios cuyo rostro se había ido revelando primero poco a poco, desde Abraham hasta la literatura sapiencial, pasando por Moisés y los Profetas; el Dios que sólo había mostrado su rostro en Israel y que, si bien entre muchas sombras, había sido honrado en el

mundo de los pueblos; ese Dios, el Dios de Abraham, Isaac y Jacob, el Dios verdadero, Él lo ha traído a los pueblos de la tierra.”

Maravilloso. Entonces, si Dios está con nosotros, el mundo todo tiene que transformarse. No solo en un sentido sino en todos los sentidos. Recordemos y apliquemos la ya citada carta de San Pablo a los efesios. Somos todos, toda la humanidad, la que tiene que llegar “a la unidad de la fe y al conocimiento completo del Hijo de Dios”.

No quedaría completo este acápite que hemos titulado “Misterio de la transfiguración”, si no presentáramos la escena estelar final, el definitivo *téleios anér*, el que, según el modelo de Cristo transfigurado y resucitado, habitará en un cuerpo glorificado con las cinco cualidades o dotes que lo constituyen. Además de la compañía y visión continua de Dios en el ambiente de todos los bienaventurados en posesión del universo, cada hombre gozará de las siguientes cinco cualidades.

Primera: la espiritualidad, belleza, resplandor y felicidad del cuerpo ya libre de toda mancha. Esta cualidad es llamado por los teólogos claridad. El mismo cuerpo que en la tierra fue frágil y enfermizo, será en la eternidad la morada digna del alma, no desechado en el sepulcro sino rescatado por la resurrección.

Segunda: la impasibilidad o sea la inmunidad ante toda posibilidad de sufrimiento. Será la negación absoluta de la muerte. Será el hombre perfecto, indestructible.

Tercera: la sutileza, es decir, la superioridad sobre la materia, la cual no será obstáculo para ningún movimiento.

Puertas cerradas, muros, rocas, abismos, piélagos, podrá atravesarlos el cuerpo glorificado.

Cuarta: la agilidad, dote que consiste en poder trasladarse a cualquier distancia con solo que así lo quiera la voluntad. No existirán las lejanías espaciales. A esta cualidad puede también llamársele ubicuidad y universalidad. Así como ahora con el pensamiento podemos trasladarnos a cualquier punto de la tierra o del firmamento, así los cuerpos glorificados podrán hacerse presentes en el lugar que lo deseen o juntarse con la persona con quien quieran conversar.

Y quinta cualidad: el poder sobre las leyes de la naturaleza que hoy conocemos como la facultad de hacer milagros: convertir el agua en vino, los guijarros en oro sólido, las piedras en pan, los cuerpos enfermos en sanos, los ciegos en videntes, etc.

Así concibe la teología cristiana la felicidad eterna y la situación de los hombres transfigurados.

VI. LAS CUATRO FASES DE LA TRANSFIGURACIÓN DE EL SALVADOR

No temas, pequeño rebaño. (Lucas 12,32)

El punto de partida para un estudio de la psicología del pueblo salvadoreño y de su identidad nacional es la tradición de la escenificación de la transfiguración del Señor en la procesión de la fiesta cívica y religiosa del cinco de agosto. Ese acto, de raíz histórica y de contenido evangélico, es fundamental y definitorio para El Salvador, porque allí está la semántica de su nombre.

En el presente trabajo, después de haber divagado un poco por los campos de la historia y de la filosofía, nos toca ahora concentrarnos en esa principal tarea de hacer teología de la historia, tratando de aplicar el concepto de transfiguración a la psicología y a la trayectoria de los sucesos de un pueblo que se mantiene en perenne tensión por superarse y por subir a un estado feliz de bienestar, de cultura y de dignidad moral.

La transfiguración es un proceso que lleva mucho tiempo. No mucho sino todo el tiempo. Nunca termina. Se ha venido verificando desde que la población de esta tierra tiene conciencia de su situación, desde que el calor de la convivencia lo ha venido agrupando y sucediéndose en familias

que forman tradición. Los avatares históricos no destruyen la identidad sino que la forman.

El tronco indígena maya-pipil, injertado y lacerado después con la irrupción del elemento europeo, ha recibido uno tras otro los estampados de sucesivas aportaciones culturales. Todo ello, en la agitación de las pasiones y las facciones políticas, ha desembocado en esta corriente en la que nos lleva el siglo XXI, a la vez que buena parte de la población interna se ha salido de su redil y se ha convertido en diáspora. La tendencia es la universalización, lo que hoy, en términos comerciales, se llama globalización y, en términos políticos, socialización. Fijémonos en esta broma del lenguaje. Ya no se habla de tierra ni de mundo sino de globo. O sea que no nos estamos unificando ni humanizando sino haciéndonos bola.

¡Alerta con lo que acabamos de decir! ¡Alerta! No debemos permitir que la globalización nos lleve a hacernos bola, o sea una melcocha o pegamento pastoso de un tipo de hombre despersonalizado, desarraigado, desnacionalizado, despatriado (no precisamente expatriado), desacralizado, desdivinizado, aterrizado. Recordemos que una de las características del cristianismo es la reivindicación del individuo, de la persona, por encima de los conceptos discriminativos de los tantos pueblos que cada uno se cree descendiente de la divinidad y “pueblo escogido”.

Ha llegado el tiempo y ha sonado la hora de que nos imponamos una seria reflexión, un retiro nacional, unos ejercicios espirituales o una “santa misión” que abarque a toda la nación y que se establezca como materia de enseñanza desde parvularia hasta universitaria, desde el uso de razón hasta la sinrazón.

El temario o las asignaturas, llamándolas así, de dicha reforma educativa o de catarsis moral, los visualizaremos en las cuatro fases de la transfiguración nacional.

Iremos en busca de un proyecto o del sentido de la historia. No podemos seguir caminando a ciegas, a tontas y a locas, al buen tun tun, a la deriva y mucho menos a la “derriba”, es decir, con esa actitud de querer derribar los valores esenciales que constituyen la naturaleza humana y la columna vertebral de la tradición.

Van a la “derriba” los iconoclastas revolucionarios, revolucionarios o revoltumultuarios, guiados no por un plan razonable sino por un odio irracional y por un resentimiento crónico ávido de venganza. Ya estamos hartos de tanta revolución. Lo que nos hace falta es la evolución. El cambio parece sencillo: solo quitarle a la revolución la primera letra, la “r” violenta y sangrienta del odio y del desorden. A partir de allí, todo cambio es bienvenido, por radical que sea.

Tampoco podemos confiarnos diciendo que nos guía el impulso de lo implícito, es decir, la suposición de que en nuestra conducta va implícito el sentido común y la lógica inconsciente de la historia. Eso suena a *laissez faire, laissez passer*, dejar hacer, dejar pasar, una manera poco inteligente y nada responsable de tomar la vida.

Lo que debe guiarnos, la estrella de nuestro Belén es un proyecto, mejor dicho, no un proyecto, porque los proyectos no se improvisan, sino un espíritu, un deseo sano y vigoroso, una fe. Esta última palabra es la mejor, una fe, la fe.

A Israel, que es el modelo por excelencia en el concepto de la trayectoria y del sentido de la historia, lo guiaba por el

desierto una columna de nube durante el día y una columna de luz durante la noche. Moisés, el historiador, añade en su relato lo siguiente: para que no detuvieran la marcha ni de día ni de noche. Salta de inmediato en la mente la idea de que la marcha de la historia no debe detenerse ni quedarse en ninguna época. El tiempo es inexorable, movimiento esencial, progreso y evolución.

Ahora, manos a la obra. No gastemos más tiempo en puros pensamientos.

Sea nuestro primer paso un acto de fe, un credo salvadoreño que a la vez sea una oración y una proclama cívica. Con esta decisión ponemos pie seguro en nuestro Mar Rojo, desgraciadamente rojo de sangre, para que nos deje pasar a la tierra prometida volviendo sus aguas color turquesa, mezcla del celeste del cielo con el verde de la tierra, así como las aguas de nuestro lago de Coatepeque.

Credo salvadoreño

- Creo en Dios Padre generoso que nos ha dado esta porción privilegiada de territorio en Centroamérica para que en ella vivamos felices.
- Creo en Jesucristo, redentor del género humano y en la Iglesia Católica que es la madre de nuestra cultura.
- Creo que Dios está con nosotros y no nos ha abandonado nunca sino que en los tiempos oportunos nos ha enviado ciudadanos ilustres y próceres ejemplares que han contribuido con sus luces y sus virtudes a la buena marcha de las generaciones.

- Creo en la identidad de nuestro pueblo, mestizaje de las corrientes de dos sangres y de dos culturas en un solo espíritu.
- Creo que nuestra patria es una nación sólidamente constituida, con sus autoridades e instituciones, como un organismo vigoroso que tiene unidad y que cumple una misión específica en el consorcio de las naciones.
- Creo que a pesar de los errores e injusticias que han manchado y herido el cuerpo de la patria, a través de las vicisitudes, la misericordia divina nos ha asistido siempre con su poder de sanación y obrará en nosotros milagros en el futuro. El divino Salvador no fracasará y el pueblo que lleva su nombre no lo defraudará.
- Creo en todos y en cada uno de los ciudadanos de este país, es decir, no solo en la nación como unidad sino en cada uno de sus habitantes, según lo proclamó el padre José Simeón Cañas diciendo: "Si la nación toda se ha declarado libre, lo deben también ser las personas que la componen". Creo que hasta el ciudadano más pobre y menos capacitado tiene algo que aportar al engrandecimiento y embellecimiento de la patria para que lleguemos a su verdadera transfiguración.
- Creo que el paso de los seres humanos por el mundo es un período inicial de prueba para merecer una existencia superior feliz y eterna al otro lado de la muerte,
- Creo en la inmortalidad del alma, en el reino de los cielos y en la indestructibilidad del universo, el cual tendrá su desenlace glorioso y triunfal cuando su ciclo de evolución cierre la órbita en la misma voluntad creado-

ra donde la comenzó y la familia humana redimida se reúna en el corazón de Dios.

Primera fase Trasfiguración procesional.

Estamos diciendo procesional en los dos sentidos, en el de procesión y en el de procesos, y se nos reproduce en la imaginación la escena llamada “La Bajada” con la que termina la procesión del 5 de agosto todos los años frente a la catedral metropolitana de San Salvador.

La procesión es un acto popular, una ceremonia de las calles, la manifestación pública de una idea recurriendo a todos los medios visibles y audibles de la propaganda. Mucha gente vestida con colores alusivos al objetivo que se pretende. Carteles, vallas, gritos, cantos, etc. En el caso de las manifestaciones religiosas los métodos son moderados y tienen sus limitaciones propias de la ética y la piedad. Todo lo contrario en las manifestaciones festivas, políticas o comerciales.

El proceso es otra cosa. Significa desarrollo ordenado y planeado de un propósito. El proceso no es necesariamente visible. Generalmente es invisible y hasta secreto. El verbo proceder, de donde se derivan procesos y procesión, es muy rico en sus acepciones.

Aplicando estos prenotandos lingüísticos al acto del cinco de agosto tenemos que saber leerlo correctamente y con mirada penetrativa, dicho más claramente, con los ojos de la fe.

El acto, más allá de su colorido festivo, tiene el doble valor patriótico y teológico. Este último aspecto es el que más nos

interesa, desde el momento en que lo que estamos intentando es hacer teología de la historia. Tratamos de interpretar qué es lo que nos quiere Dios decir en esta tradición, qué es lo que nos está pidiendo que pongamos en práctica en nuestra agenda social y en nuestro devenir histórico.

Por de pronto, lo de salir a la calle manifestando con cantos y cohetes los sentimientos internos de la fe, está de acuerdo con el criterio y la metodología pastoral de la Iglesia, tal como lo han expresado insistentemente los papas en sus encíclicas y exhortaciones, lo mismo que los obispos en sus cartas pastorales.

La religión no debe relegarse a un sentimiento privado y subjetivo. En nuestro caso, lo hemos venido diciendo, la procesión y la escena de la transfiguración en la fiesta patronal son un drama cívico-religioso, patriótico-católico, un verdadero auto sacramental.

Una semejanza que se nos viene a la mente, al contemplar la multitud de la tarde del cinco de agosto siguiendo y vitoreando al Salvador del Mundo es la de la entrada triunfal de Jesús en Jerusalén. El pueblo salvadoreño, recibiendo a su divino líder, creador de su vida y prócer de su independencia, lo proclama como rey, le entrega la ciudad, le jura obediencia y lo adora como Dios. Se celebra un plebiscito. Es el pueblo como tal, en uso de su soberanía, el que se compromete a sí mismo y a las autoridades que lo representan a ser leales al imperio de Cristo Rey.

¿Qué significa este compromiso? Significa todo un programa de renovación y de regeneración. Si salimos a la calle en procesión, salgamos con nuestras mejores galas, dominigueros y domingueados. Bien chaineados, para expresar-

nos con uno de los vocablos más simpáticos del diccionario de salvadoreñismos.

Pero, atención, no nos quedemos en el remozamiento externo, cosmético, vanidoso, tiene que ser una restauración de la personalidad, una reforma psicológica y moral, no solo un rostro maquillado para el turismo y la exportación.

Lo que estamos diciendo no debe tomarse como mero desahogo literario. Estamos sugiriendo en serio un programa de gobierno, algo que, además de la apariencia de belleza, está llamado a rendir provecho económico. Se trata de vender nuestra imagen y ganar simpatía internacional.

Para la primera fase de la remodelación, higienización y embellecimiento del país sería conveniente que se tomaran en cuenta los siguientes puntos de un posible programa.

Primer punto: Campaña de limpieza. Por aquí hay que comenzar y urge. Da vergüenza que el país parezca un basurero. Repugna ver que hasta personas que van por las calles en hermosos automóviles sacan las manos por las ventanas y tiran toda clase de papeles y desperdicios. Ya no digamos los que viajan en camionetas. Tampoco mencionemos los promontorios de hedionda basura que se lucen por todos lados. Aquí tiene que darse una ley drástica no solo por razones de estética y apariencia sino por motivos de higiene.

Segundo punto: Campaña ecológica. ¡Alarma, alarma, que estamos empequeñeciendo cada día más el territorio con la destrucción de la fauna y de la flora! Urge reforestar. ¡Qué poético sería ver millones de manos acariciando el suelo y sembrándole árboles! Es tan fácil y sin embargo no se hace. La pequeñez de nuestro territorio nos está pidiendo que lo

convirtamos en un vergel. Si esto hiciéramos, y es tan fácil!, el mundo entero volvería los ojos hacia nuestro país.

Tercer punto: promoción turística. Ya que los salvadoreños somos buenos para vender, pues vendamos nuestra imagen. Incrementemos y cuidemos esta parte exterior que es nuestro vestido y fisonomía. No descuidemos nuestro cuerpo y fijémonos en que el cuerpo de la sociedad son los pueblos y ciudades con sus calles y edificios. ¿Por qué descuidamos ese rostro? ¿Por qué nuestras autoridades municipales y nuestras muchas agrupaciones culturales no se preocupan de ese rostro y de ese vestido? ¿No es vergonzoso que en la presencia de un visitante salgamos andrajosos o medio desnudos? Esto es elemental. Es un delito de lesa cultura y de lesa urbanidad que las gentes de los pueblos no se den cuenta de que en las calles y casas de sus vecindarios está su personalidad, su dignidad, su orgullo, su prestigio, su primer ingreso económico.

¿A qué salen los turistas por el mundo? A ver y a comprar. Pues preparémonos nosotros a recibirlos y a venderles lo mejor de nuestra producción y de nuestra personalidad. El turismo es uno de los rubros que más se han descuidado en este país. Los gobiernos no se han dado cuenta de su importancia.

Cuarto punto: Promoción cultural. Si es importante la incrementación del turismo con el lucimiento de nuestros atractivos superficiales, mucho más importante es que se dé a conocer la belleza sustancial de nuestra cultura. En otra parte hemos hablado de la conveniencia de que se establezca en nuestras universidades una cátedra y quizás hasta una carrera profesional que se denomine Cultura Nacional.

La cultura nacional tiene dos aspectos muy diferentes pero que se completan, el uno es *ad intra* y el otro *ad extra*. El primero es la producción y la vivencia de esa cultura en el propio país. El otro es el dar a conocer a los demás esa cultura que nos identifica. La cultura es para vivirla y para manifestarla, para hacerla y para exportarla.

Se nos ocurre, para sugerir un ejemplo, que en las embajadas que el país tiene en los países amigos deberían mostrarse y mantener bien abastecidas sendas oficinas de extensión cultural. Un empleado *ad hoc*, como agregado cultural, completaría el servicio organizando frecuentemente exposiciones, conferencias y otros actos de mutuas relaciones.

El concepto de las embajadas debe ampliarse y ennoblecerse más allá de la estricta representación política de un gobierno efímero, de un régimen o de una ideología.

Segunda fase Transfiguración de la catedral.

Después del acto religioso-cívico de la plaza central que es el corazón de la república, teniendo entronizado a Cristo Rey, no encerrado en camarín ni sentado en una silla, sino de pie entre el templo y el pueblo, con el cetro en la mano, la multitud entra a la catedral.

Esta vez Cristo no va adelante sino atrás impulsando a la muchedumbre, la turba de las parábolas, para entrar después él y sentarse en la Cátedra-Catedral a enseñar su doctrina.

La catedral es cátedra. Eso nos dicen su historia y su etimología. Además las catedrales son episcopales, es de-

cir, ojos vigilantes y guardianes, luminosos y alegres, en las ciudades.

Parece una boca la catedral, una boca con voz sonora y alegre, suave y maternal, confiada y amigable. No una voz que clama en el desierto sino una canción que se derrama en la muchedumbre. Es el pueblo que se sacia con la multiplicación de los panes. ¡Qué floración primaveral de eucaristía! ¡Qué fiesta de flores de izote y de maquilishuats! ¡Qué olor y qué sabor a mangos, a marañones, a piñas y a nances! Huele a mujeres enarbolando sus “cantaros de miel” y su sonrisa de mazorca tierna de maíz. Tiembla el Valle de las Hamacas con el paso de los varones de Cuscatlán.

Al no más entrar al templo, a pesar de la euforia de la transfiguración que acaba de ser escenificada, todos coinciden en el pensamiento de que aquella estructura de cemento, con toda su macidez y apariencia, no es la casa digna de Cristo Rey de la nación. No. Esta construcción cuadrada, destinada a ser la casa de Dios, es apenas una galera improvisada a donde frecuentemente han venido a refugiarse desorientados trashumantes. Al menos así la han visto y la han usado ellos. La memoria se nos llena de imágenes de enmascarados cubiertos con pañuelos rojos que ocultan o que revelan su identidad y vociferando palabras soeces que publican su odio. ¿Son para eso los templos, estas maravillas del arte y la piedad?

No nos preguntemos esas cosas. Mejor fijémonos en la multitud que, hambrienta de sabiduría y de consuelo, entra al templo para que el sacerdote la apacigüe y la reorienta.

El Jesús transfigurado entra a la catedral y su actitud se parece (o nos parece que se parece) a la que tomó después

de su entrada triunfal en Jerusalén, cuando con un látigo expulsó a los comerciantes profanadores. ¿Es eso mismo lo que hace ahora? No. Va, por el contrario, repartiendo sonrisas y abrazos, pero advierte a todos que no viene a convertir la reunión en un mitin ni a pronunciar una homilía con aplausos. Lo advierte en serio.

Las iglesias, que ya no quieren tener púlpitos y que le han quitado a la predicación su carácter de oratoria sagrada, tampoco deben por eso convertirse en tribunas y mucho menos en publicidad de ideologías políticas mezcladas de citas bíblicas, porque esas voces son ladridos de lobos vestidos con piel de ovejas.

He aquí la primera transfiguración y limpieza de la catedral y de todos los templos de la república. No asambleas políticas sino cenáculos de oración y cenas para la fracción del pan eucarístico.

La multitud no deja de sentirse un poco defraudada cuando oye esa prédica pacifista. A algunos incluso les parece hasta reaccionaria, conformista, irresponsable y cómplice de una situación social que urge cambiar con el único medio efectivo, la violencia revolucionaria. Eso es lo que muchos venían pensando en la procesión, antes de la ceremonia de la transfiguración. Hasta traían carteles para pegarlos en las paredes del templo.

¿No es entonces el cristianismo un supersistema sociopolítico que viene a superponerse, como una utopía más utópica que todas las utopías, para establecer sobre todos los reinos el reino de los cielos, en el entendido de que esa construcción llamada celestial tenemos que levantarla aquí

nosotros con ladrillos terrenales? Claro que no. El evangelio no pretende eso.

¡Entonces el cristianismo se desliga por completo de las angustias terrenales que constituyen el quehacer, el sufrir, el llorar y el aspirar de todos los seres humanos en sus afanes políticos, económicos, científicos, culturales y festivos de la vulgaridad de todos los días? ¡No, por Dios! Lo que hace la fe cristiana es poner cada cosa en su lugar, en su categoría y en su prioridad. Primero el reino de Dios. Todo lo demás es "añadidura". Hablando arquitectónicamente: las columnas y las bóvedas son el reino de Dios; las urgencias económicas son los arabescos.

Quien recorra con la mirada las tierras del Salvador del Mundo, en las que la firma divina está rubricada por el río Lempa, hallará que, aunque nuestros vestigios de la época colonial no son tan numerosos y hermosos como los de México y Guatemala, los humildes templos parroquiales son pequeñas catedrales donde la riqueza no está en la arquitectura sino en la piedad de los fieles. Cada iglesia, cada iglesita, cada ermita es una casa de fervor, una sombra de descanso en el camino, un paño de lágrimas.

Una iglesia, que puede ser una cabaña o una simple ramada, es la sombra de la presencia de Dios, el techo de la mano de Dios sobre nosotros, el corazón de Dios que se nos abre para que entremos en él.

Al pronunciar estas palabras, un penetrante aroma de incienso, como sagrada neblina que llena los espacios, se nos entra en el alma y por los poros del cuerpo. Es la presencia de Jesús sacramentado. El Cristo transformado es el pan eucarístico oloroso y amoroso que reina en el templo. La

catedral es un horno sagrado y todos nosotros con Cristo como un solo pan, una sola eucaristía. Penetrante olor. Delicioso sabor. Amor, amor, amor.

¿Qué nos queda ahora? Pues nada, quedarnos aquí. Este es nuestro lugar de llegada. Estamos en la casa paterna, la casa del Padre Nuestro.

Estamos en el mejor lugar de meditación y estudio para diseñar lo que hemos venido deseando, la transfiguración de la catedral, es decir, la estructuración de una mejor manera de concebir y de vivir nuestro cristianismo y nuestra identidad nacional.

Parece que hemos dicho demasiado en tan pocas palabras. Nuestro fervor nos está llevando muy lejos. Nos hemos salido de la catedral y nos hemos pasado al convento, a la casa parroquial y al palacio episcopal, es decir, a la intimidad de la vida institucional de la Iglesia. Estamos pensando en una tercera transfiguración que debe darse en la esfera misma del sacerdocio ministerial y de la Jerarquía eclesiástica.

Tercera fase **Transfiguración espiritual.**

Podríamos decir transfiguración intelectual o cultural, pero preferimos el adjetivo espiritual porque es más abarcador y contiene a los anteriores. Lo intelectual, lo cultural, lo moral, lo religioso y muchos otros aspectos están contenidos en el amplio universo de lo espiritual. Para nuestra intención en el presente estudio, de contenido principalmente religioso, lo espiritual abarca toda la vida interna de la Iglesia Católica, con su insondable tesoro teológico, su riqueza

de ejemplos de santidad, su invaluable trabajo de rescate y de saneamiento de la cultura pagana, su construcción de esa catedral de la filosofía escolástica, su contribución al arte universal y su aporte incluso en el terreno estrictamente científico.

Ante una grandeza tan monumental y además de carácter sagrado, que es la intermediaria entre la humanidad y la divinidad, suena demasiado atrevido el hablar de la necesidad de una transfiguración. Sin embargo, no hay que olvidar que la Iglesia tiene su lado humano como estructura y como institución confiada al manejo de seres que continuamente pecan y se equivocan.

La anterior afirmación es todavía más aplicable si la referimos a cada una de las unidades o diócesis en las que se divide la Iglesia universal. Los diferentes grados de cultura, así como las condiciones económicas y el vecindario con religiones no solo diferentes sino adversas, hacen que las situaciones sean a veces deficientes y lamentables, tanto en lo cultural como en lo moral.

La preparación de los ministros del culto es fundamental. El sacerdocio, continuación del colegio apostólico instituido por Jesucristo, es una organización jerárquica complicada, sujeta a las vicisitudes y a lo que Juan XXIII llamó "signos de los tiempos", Los concilios son la mayor prueba de que la Iglesia necesita estar continuamente renovándose y purificándose.

Nada tiene, pues, de irrespetuoso ni de entrometido que hablemos de una transfiguración de la iglesia en El Salvador. ¿Estamos entonces pensando en una vuelta al pasado romántico y a que los sacerdotes digan la misa en latín re-

vestidos de aquellas casullas recamadas de oro y que tenían forma de guitarra? La nostalgia se nos diluye en oraciones que parecen poemas y en versos que suenan a jaculatorias.

En contra de cierta tendencia novelística que ha gustado de denigrar la figura de los viejos curas de pueblo de otros tiempos, párrocos de sotana raída que eran caracterizados como pisteros que estaban a la espera de las gallinitas y de los huevitos que les llevaban las mujeres piadosas, las también menospreciadas “beatas”, justo es recordar a tan venerables patriarcas que con sus prédicas, en un ambiente de analfabetismo, mantuvieron una verdadera cultura rural. Justo es también reconocer que eran el consuelo de las almas, la guía de las conciencias y la garantía de la moral.

Eran los tiempos en que todavía no había llegado el anarquismo religioso a dividir el pueblo en grupúsculos. Había unidad de conciencia y la gente se congregaba los domingos y días festivos en el único templo que era el hogar de la única fe. La voz del párroco, como el sonido de las campanas, se extendía sobre todo el pueblo como un manto de bendición y de paz.

Pueblos dormidos, pueblos anclados en el atraso del analfabetismo, dicen algunos. Pueblos sanos y felices, decimos nosotros.

Las fiestas populares eran las que marcaba el calendario religioso. El obispo de la diócesis, de tiempo en tiempo, hacía la visita pastoral y entonces administraba el sacramento de la confirmación. Todo el ambiente era sacramental. Hasta los limonarios de los jardines con sus blancos azahares olían a eucaristía y rimaban con los incensarios.

Pero esos tiempos se los fue llevando el viento, mejor dicho una racha violenta dizque renovadora que sopló por el mundo arrasando tradiciones y devociones. No era viento de Pentecostés sino con ventarrón con polvo que enrojecía los ojos y hacía ver las cosas de color rojo. El azul y el blanco de la bandera comenzaron a derramar lágrimas.

¿Qué significaría ahora una transfiguración al interior de la Iglesia, una revisión de las nuevas tendencias teológicas, un examen de conciencia del sacerdocio y de la actividad pastoral, una reorganización de la misma jerarquía? Líbrenos Dios de meter aquí nuestras manos sucias y de atrevernos a sugerir algún programa o algunos puntos de reflexión. De rodillas lo decimos y el Santísimo sacramento se guarda nuestro pensamiento.

Cuarta fase Transfiguración social.

Al llegar al tema de la cuarta transfiguración, que es la más complicada y difícil, puesto que solo será posible con la participación de todos los sectores sociales y nunca se logrará si el pueblo está dividido en contrarios intereses, enfermo de corrupción y minado por doctrinas disolventes, un viento frío de desconfianza nos recorre la mente y pensamos que las ocurrencias que aquí escribimos nadie las apreciará y quizá ni siquiera las leerá. Esto no obstante, al mismo tiempo nos sacude y nos insta una voz que nos dice que es un deber moverse y hacer algo. Casi con aspereza de regaño la voz nos añade que es grave culpa y complicidad el quedarse tranquilos en la inercia cuando vemos que los “vicios tradicionales”, como los llamaba el escritor español don Ángel Osorio, allá por 1943, refiriéndose a la situación

general del mundo, nos están dañando a todos y amenazándonos con la extinción.

Son tan contundentes y nos animan tanto las palabras de don Ángel Osorio en su libro “El mundo que yo deseo”, escrito en Europa cuando aún no se sabía cómo iba a terminar la Segunda Guerra Mundial, que los transcribimos textualmente a continuación.

"Todos creemos que los vicios tradicionales no deben subsistir. Una cosa nueva vendrá, pero ¿cuál? ¿Acaso un colectivismo general de imitación soviética? ¿Acaso una simple innovación de la civilización existente introduciendo en ella reformas mayores o menores pero manteniendo los conceptos y las instituciones que puedan y deban subsistir?"

Sobre esto, debemos opinar y hablar todos. Los jóvenes aportando el ímpetu de su ilusión por alocada que sea. Los viejos con el fruto de nuestra experiencia soportando que se rían un poco de nosotros. Esta vida la vivimos todos y entre todos hemos de fraguar la nueva. Yo no traigo ninguna autoridad científica, ninguna prurito magistral, ningún envanecimiento, ninguna ambición. He escrito estas páginas porque soy un hombre como otro cualquiera, me preocupo del porvenir como otro cualquiera, y puedo exponer convencimientos, deseos y orientaciones como otro cualquiera. Por poco que valga lo que diga, no quiero llevármelo al sepulcro. Tal es el motivo de haberme decidido a explicar en estas páginas, cuál es el mundo que yo deseo".

Después de contagiarnos con la actitud valiente y optimista del citado pensador, viene a confirmarnos todavía más un

escrito reciente que acabamos de leer en El Diario de Hoy, 30 de agosto de 2015, en el que nos participan la noticia de que un grupo de cuarenta jóvenes se ha reunido para escribir un libro que se titulará "El país que viene". ¡Qué hermoso título! ¡Qué impulso tan generoso! ¡Qué vigor de muchachos! ¡Qué seguridad la que tienen de que no van a arar en el mar!

Es tan importante la iniciativa de estos cuarenta jóvenes, que la citamos y la tomamos en cuenta, porque responde plenamente a nuestro concepto de transfiguración del país. Nos alegra saber que hay gente, mucha gente, la mejor gente, que coincide en el propósito de transformar nuestra nación, la nación del Divino Salvador del Mundo.

Después de la iniciativa de los cuarenta jóvenes, añadimos, para más confirmación y estímulo, la noticia periodística, del ejemplo de un joven artista salvadoreño que, después de haber sido víctima de un criminal tiroteo y habiendo quedado inválido en una silla de ruedas, se fue a Noruega a triunfar con su talento y a merecer la estimación de sus compañeros de estudio y de la misma reina de Noruega.

Son ejemplos actuales que nos están indicando una posible salida. Si no le damos importancia a los políticos atarantados ni a los intelectuales enredados en sus elucubraciones, atendamos lo que dicen estos muchachos que nos hablan con ingenuidad.

Emociona la voz de los jóvenes y nos llena de esperanza. Por eso hemos querido terminar nuestro estudio tomando en serio sus iniciativas.

Ahora, tal como nos propusimos al principio, nos ponemos frente a la tarea, una tarea de veintiún mil kilómetros cua-

drados, y la emprendemos con la lectura de cuatro obras que son emblemáticas. Estas obras nos muestran el camino y nos presentan el campo de la siembra.

La primera es el “Mapa histórico cartográfico de El Salvador, 1529-1909”, editado por el Centro Nacional de Registros y redactado por los historiadores Pedro Antonio Escalante Arce y Carlos Cañas Dinarte. Es el rostro del país que en sucesivos retratos superpuestos nos hace pensar en los estratos geológicos y en la evolución del ser humano, desde el humanoide primitivo nada bíblico hasta el Adán moderno ideado por Gavidia.

La introducción, escrita por Pedro Antonio Escalante Arce, es de antología, una página digna de la filosofía de la geografía. Recalcamos esta última clase de la filosofía del genitivo porque señala el camino para “buscar la comprensión de la relación que existe entre el hombre y la tierra que usa”, como dice David Browning en su libro “El Salvador, la tierra y el hombre”.

El segundo libro es “La población de El Salvador”, escrito por Rodolfo Barón Castro y publicado en 1942. Es un monumento de investigación, esculpido con los materiales de las diferentes razas, tribus y migraciones que poblaron el país. Es la mezcla biológica que conforma la fisonomía y la psicología de los salvadoreños. Este pueblo es un pan cocido en el horno del sufrimiento, del gozo, del arte y de la ciencia de sucesivas generaciones. Lo que primero se ve como una variedad casual y desordenada, tirada al azar sobre el territorio, es, para el historiador, el filósofo y el teólogo, un proceso que tiene unidad y sentido.

Pero, ¿podemos hablar de unidad y sentido ahora que, ya bastante dentro del siglo XXI, hemos llegado a un estado de descomposición social y de criminalidad organizada, apenas después de haber salido de los lamentables años de la guerrilla? No nos calan las experiencias. Ahora estamos frente al fenómeno socio-biológico de una subcultura y de una subsociedad de “maras” casi con poder gubernamental y que tiene las características de una degradación genética.

¿A tanto hemos llegado? ¿A esto ha venido a parar la vigorosa generación salvadoreña? ¿Esto somos, esta descomposición social, esta caravana sin rumbo que padece sed en el desierto?

A pesar de todo, repetimos que nuestra historia tiene unidad y tiene sentido. Unidad, es decir, concatenación lógica en los acontecimientos, y sentido, es decir, un significado y una finalidad que es lo que hemos venido llamando destino histórico. Si no sostenemos esta tesis y esta actitud, caemos en el fatalismo.

Dejando, pues, la interpretación de la degradación genética, que no negamos que tiene un fundamento, preferimos la reflexión que al final de su libro hace Rodolfo Barón Castro. Aquellas palabras eufóricas, escritas en Madrid en 1942, hace la friolera de setenta y tres años, siguen siendo válidas.

"Y sobre todo lo escrito, como demostración la más eficaz y palmaria, la realidad viva del país. Ved, si no, un pueblo numeroso, trabajador y arriscado, que se desenvuelve y progresa en un estrecho territorio; que labra sus tierras con habilidosa maestría; que planta ciudades donde las fuerzas telúricas las destruyen;

que llena su suelo de industrias grandes y pequeñas, de caminos, de vehículos... ¿De dónde han llegado estas gentes? ¿Son acaso las aventadas por la vieja Europa en el huracán de sus convulsiones? ¿Trátase, por ventura, de los afanosos que inundan un país de imponderada riqueza donde los diamantes y el oro se descubren a flor de tierra? Nada de eso. Si por un instante pudierais asomaros a sus campos y ciudades veríais en los apartados caseríos, con domingue-ro atuendo, entre los florones de los cañaverales y el ondular de las palmeras, gentes de rostro cetrino que se encaminan a la iglesia atraídas por el sonido alegre del esquilón aldeano; veríais en la paz de los burgos modestos, en día de labor, otras semejantes que transitan, comercian o se afanan en el duro bregar de la vida cotidiana; veríais en las capitales, entre el bullicio de los vehículos, de los motores y de las fábricas, a otras parecidas que luchan con denuedo, se agitan en los negocios, en un incesante ir y venir, trocar, vender, transformar..."

Nos queda sonando grato en los oídos, el verbo transformar con que termina el colofón de su libro Rodolfo Barón Castro. Sí, transformar es el mismo transfigurar que ha constituido el Leitmotiv y la inspiración de nuestro estudio. Ahora, en la tercera obra, son las puertas de la Iglesia las que se nos abren y nos invitan a pasar al propio lugar donde únicamente puede darse la transfiguración que tanto deseamos. Es el libro ya mencionado de Mons. Delgado, "Historia de la Iglesia en El Salvador", la tercera obra que nos sirve de orientación.

La lectura del balance que hace el autor en el último capítulo de su libro nos ilustra sobre lo que en nuestro estudio di-

jimos al afirmar que sobre nuestra historia cívico-religiosa pesa un trauma que se manifestó ya en la persona del padre José Matías Delgado. El conflicto entre lo religioso y lo civil ha venido perturbándonos y confundiéndonos desde aquellos tiempos hasta los problemas que hemos padecido en los años recientes.

A la vez, allí donde está el problema, allí está la solución. Lo que hay que hacer es aplicar el método cartesiano de dividir en sus respectivas partes aquello que parece un complejo confuso: distinguir y no mezclar lo que es de Dios y lo que es del César. Como dijo aquel humorista jugando con las palabras: el que tiene ojos y oídos, que mire con los oídos y oiga con los ojos, porque allí está el revoltijo, cuando los presidentes quieren ser obispos y los obispos presidentes, los párrocos alcaldes y los alcaldes párrocos, los teólogos políticos y los políticos teólogos. Sin que se nos achaque de falta de respeto y que confundimos lo histórico con lo anecdótico, recordemos el extraño caso de aquel presidente de la república, el Dr. Eugenio Aguilar, quien después de haber ocupado el solio presidencial por dos años, 1846-1848, pasó a convertirse en un sacerdote ejemplar que terminó su vida en el retiro de la santidad.

Finalmente, la cuarta obra es un pequeño libro, casi de bolsillo "El Salvador, historia mínima", al que ya hicimos alusión. Lo tenemos en el escritorio como si fuera una agenda. Es semejante a ese otro que está por publicarse, el de los cuarenta jóvenes.

La historia mínima es de verdad mínima y la tomo yo como uno de esos apuntes que se llevan en la agenda de bolsillo, más pequeña que la palma de la mano, para recordar algo importante que tiene que hacerse en el itinerario.

Las palabras con que termina el último capítulo del opúsculo son claras y positivas. Las señalamos porque, honradamente, nos place reconocer en ese documento emitido durante la administración de un gobierno izquierdista y controvertido, sin embargo la Secretaría de Cultura ha tenido el mérito de dejarnos una síntesis histórica y una visión bastante equilibrada, no ideologizante, desde la cual es posible esbozar un proyecto de transfiguración viable en el que todos los que amamos la patria podamos poner parte de nuestra creatividad. Digamos si no suenan así las palabras que citamos del mencionado documento.

Es evidente que ha habido cambios, pero también hay algo, cuando no mucho que permanece. De la dinámica entre el cambio y la continuidad se nutren las identidades nacionales y el nacionalismo. Hoy, los salvadoreños cantan el himno nacional y celebran al Salvador del mundo, en su país y fuera de él. No importa si la ceremonia se realiza en el centro histórico de San Salvador, en un pueblito del interior o en alguna ciudad de los Estados Unidos, al convocarnos, nos recuerda lo que fuimos, nos afirma en lo que somos, y posiblemente prefigura lo que seremos.

He aquí, pues, al terminar nuestro ensayo de teología de la historia, que nos topamos con la sorpresa de un nuevo concepto, de algo o de alguien que nos advierte que la anhelada transfiguración de que hemos venido hablando no debe tomarse como algo lejano e indefinido, como un proyecto que nunca se concreta, sino como un hacer de agenda cotidiana, como algo inmediato y fácil, tan necesario y urgente, que no puede omitirse y que cada uno de nosotros debe hacer cada día, aquí y ahora, ya.

BIBLIOGRAFÍA

Academia Salvadoreña de la Historia. "San Salvador y sus hombres", Imprenta Nacional, San Salvador 1938.

Agustín, San. "La Ciudad de Dios". Apostolado de la prensa. Madrid 194. BMR-IV-E-27.

Aub, Max. "Enrique Heine", en "Forjadores del mundo moderno" tomo I. Biografías Ganesa, México 1968. BMR-II-C-7.

Barón Castro, Rodolfo. "La población de El Salvador" UCA Editores, San Salvador 1978. BMR-XV-B-24.

Blasco Ibáñez, Vicente. "La horda", novela, F. Sempere Editores, Valencia, España. BMR-XIII-E-26.

Bossuet, Jacques Benigne. "Discours sur l'histoire aniver-selle" (Extits). Librairie Larousse, Paris 1950. BMR-VII-A-15.

Browning, David. "El Salvador, la tierra y el hombre", Dirección de Publicaciones, Ministerio de Educación, San Salvador 1975. BMR-XXII-D-1.

Cabrera, Ángel "Historia natural. Vida de los animales, de las plantas y de la tierra". Instituto Galach, Barcelona 1972. BMR-X-B-9.

Calderón Ramírez, Salvador. "Al rededor de Walker" Ministerio de Instrucción Pública, San Salvador 1929. BMR-XVI-B-62.

Castro Ramírez, Francisco José. "Irradiaciones del evangelio perenne". Talleres Gráficos Salesianos. Santa Tecla 1963.

Centro Nacional de Registros (Cañas Dinarte, Carlos; Escalante Arce, Pedro Antonio) "Atlas histórico cartográfico de El Salvador". Centro Nacional de Registros San Salvador 2012.

Chateaubriand, Francisco Renato. "El genio del cristianismo".

Chávez y González, Luis. "Cartas pastorales 1938-1976" Arquidiócesis de San Salvador.

Delgado Acevedo, Jesús. "Historia de la Iglesia en El Salvador". Secretaría de Cultura de la Presidencia, San Salvador 2011.

Dueñas van Severen, J. Ricardo. "La invasión filibustera de Nicaragua y la Guerra Nacional". Dirección General de Publicaciones, Ministerio de Educación. San Salvador 1962. BMR-XV-B-11.

Dueñas y Argumedo, Juan Antonio. Cartas pastorales 1914-1941. Diócesis de San Miguel.

Flores, Saúl "Nuestros maestros. Notas para una historia de la pedagogía nacional" Editorial Ahora. S. Salvador 1963 BMR-XXVIII-33.

Fortín Magaña, René "Constituciones iberoamericanas: El Salvador". Universidad Autónoma de México. México 2005.

Francisco (Papa) "Laudato si", encíclica. Roma 2015.

Garrido, Santiago. "El santo misionero Manuel de Jesús Su-
birana" Editorial Lea. S. Salvador 1964. BMR-XIX-A-29.

Gennou, Jean "La costurera mística de Paris" Editorial Her-
der, Barcelona 1961. BMR-X-A-63.

Gillet, Luis. "La catedral viva" Sol y Luna, EPESA, Madrid
1946. BMR-III-E-36.

Göttler, Josef. "Pedagogía sistemática" Herder, Barcelona
1955 BMR-V-D-10.

Herrarte, Alberto "La unión de Centroamérica, tragedia y
esperanza". Centro Editorial José de Pineda Ibarra. Guate-
mala 1964. BMR-XXI-B-71.

Junyent, Eduardo. "La iglesia". Editorial Balmes, Barcelona
1940. BMR-VIII-C-20.

Keller, Werner. "Y la Biblia tenía razón" La verdad histórica
comprobada por las investigaciones arqueológicas". Edi-
ciones Omega, Barcelona 1968.

Keller, Werner. "Y la Biblia tenía razón en imágenes" (Und
die Bible hat oloch Recht in Bildern) Ediciones Omega, Bar-
celona 1968.

Kübler-Ross, Elizabeth. "La rueda de la vida" (the Wheel of
life) Ediciones B. Byblos. Barcelona 2004.

Labrousse, Roger "Introducción a la filosofía política" Edi-
torial Sudamericana. Buenos Aires 1953. BMR-XIII-C-42.

López Jiménez, Ramón. "Mitras Salvadoreñas", Ministerio
de Cultura, Departamento Editorial, San Salvador, 1960,
BMR-XV-B-10.

López Vallecillos, Ítalo. "El periodismo en El Salvador". Editorial Universitaria. San Salvador 1964. BMR-XVII-C-66.

López Vallecillos, Ítalo "Gerardo Barrios y su tiempo" Dirección de Publicaciones, Ministerio de Educación. San Salvador 1967. BMR-XV-B-26 y 27.

Menéndez Leal, Álvaro. "Ciudad, casa de todos" BMR-XVII-B-63.

Ministerio de Educación de El Salvador "Historia de El Salvador" San Salvador 1994. BMR-XXVI-B-89-90.

Ortega y Gasset, José. "España invertebrada". Espasa-Calpe, Madrid 1967. BMR-XXIV-A-11.

Platero, Juan Antonio. "Ana Guerra de Jesús ante la historia y la teología mística" Talleres de encuadernaciones belgas, Bilbao, España, 1970. BMR-XVI-A-3.

Rauda Cienfuegos, Mario. "El alma salvadoreña vista por un psiquiatra".

Romero, Matías. "Dios, unión, libertad" Corte Suprema de Justicia San Salvador 1997.

Schlesinger, Jorge "Revolución comunista. Guatemala en peligro?" Editorial Unión Tipográfica Castaneda, Avila y Cía. Guatemala 1946. BMR-XV-B-39.

Secretaria de Cultura de la Presidencia. "El Salvador: historia mínima" Editorial Universitaria. San Salvador 2011. BMR-XXVI-B-90^A.

Siri, Carlos Alberto. "Hitos en el camino. La dinámica del devenir". Dirección de Publicaciones, Ministerio de Educación, San Salvador 1969. BMR-XVII-A-55.

Siria, Antonio. "Vida admirable y prodigiosas virtudes de la V. Sierva de Dios D. Anna Guerra de Jesús". Dirección General de Publicaciones, Ministerio de Educación, San Salvador 1962. BMR-XVI-A-2.

Wagner de Reyna, Alberto. "La historia como evocación" Discurso de ingreso a la Academia Peruana de la Lengua. Lima, Perú 1963. BMR-VII-C-28.

Zocchi, Juan. "Grünewald, Vida y arte paralelos espirituales". Editorial Poseidón. Buenos Aires 1944. BMR-VIII-D-22.

ANEXOS



Jóvenes autores del libro: "El País que Viene" posan para la foto que ilustrará la portada del libro. También aparecen los prologuistas, David Escobar Galindo, Margarita Escobar y Erlinda Handal, así como algunas de las personas involucradas en ese proyecto. El libro será lanzado al público el 20 de octubre próximo. FOTO S EDH / OMAR CARBONERO

Se reúnen jóvenes autores de libro: "El País que Viene"

● Diversidad de pensamientos y ocupaciones **caracteriza** a ese grupo

"Esta iniciativa viene a dar una demostración de lo que es la juventud, de lo que puede, de lo que quiere y de lo que proyecta la juventud"

DAVID ESCOBAR G.
Escritor y prologuista

José Zometa

comunidades@eldiariodehoy.com

Los 40 jóvenes que están elaborando el libro “El País que viene”, en el cual cada uno desde su visión personal plasmará su propuesta de El Salvador que se quiere construir, se reunieron ayer para cambiar impresiones entre ellos, y con los cuatro reconocidos personajes que harán el prólogo del citado libro que está previsto ser lanzado a nivel nacional en octubre próximo.

Se trata de un libro que recoge las aspiraciones, inquietudes y propuestas de este grupo de jóvenes, con ideología distintas y ocupaciones totalmente diferentes. Entre ellos hay deportistas, empresarios, emprendedores, diputados, activistas de la sociedad civil, estudiantes y hasta quienes se encuentran estudiando en otros países.

“Creo que en el libro hay 40 historias muy distintas, de

personas que tienen intereses muy variados, que tienen pasiones que los caracterizan y que a través de sus luchas o trayectoria van dar una experiencia de como aportar al país”, manifestó Aida Betancourt Simán, cuyo aporte en el libro versa sobre participación y activismo juvenil.

Desde esa diversidad de ideas, pensamientos y ocupaciones, este grupo de 40 jóvenes está en el proceso de creación de este libro “El País que viene”.

“La mejor virtud que podemos ver de este proyectos es que habemos bastantes jóvenes que no hacemos lo mismo, ni pensamos lo mismo y esa diversidad, acompañada de estar en un espacio común es algo nuevo para El Salvador”, manifestó Guillermo Miranda, quien estudia una maestría en Inglaterra, pero que es uno de los redactores del libro, en el cual expone sobre el activismo ciudadano y organización de la sociedad



Los prologuistas del libro, Margarita Escobar, David Escobar Galindo y Erlinda Handal, durante el convivio.

civil.

El proyecto de escribir el libro “El País que viene” también lleva consigo la finalidad de poder motivar a otros jóvenes para que se involucren en la construcción del país al que se aspira.

Nicole Dürler, quien actualmente estudia en Taiwán y ha vivido en distintos países del mundo, ha regresado a su país El Salvador, para dar su aporte.

“Con lo que voy a aportar es compartir mi experiencia en cada lugar y demostrar que en cada lugar he logrado aprender algo y por eso motivo quiero compartirlo para motivar a los jóvenes a que aunque estemos afuera es importante volver al país e involucrarnos en lo que está pasando en el país”, externó.

Otra que aportará con sus ideas, es la directora del Instituto Nacional de Juventud,

(Angela), Yenny Martínez, quien dijo que desde esa institución del Gobierno, respaldará esa iniciativa.

Los prologuistas

En la redacción del prólogo, también se contará con reconocidas personalidades y de diverso pensamiento. Entre ellos está el escritor y poeta, David Escobar Galindo, la viceministra de ciencia y tecnología, Erlinda Handal, la diputada por ARENA, Margarita Escobar y el canciller Hugo Martínez, quienes a excepción de este último estuvieron presentes ayer en la reunión con los jóvenes autores del libro.

Los prologuistas coincidieron en que este proyecto en el que están involucrados los jóvenes es importante para la construcción de un nuevo país, pero destacaron que es importante que los adultos acompañen iniciativas como estas para lograr los objetivos esperados.

“El Salvador es uno, no hay dos ni tres, El Salvador es uno y todos somos responsables, independiente de lo que pensemos en lo particular”

ERLINDA HANDAL
Viceministra y
prologuista

“Nunca permitan que nadie les robe su sueño. El país que viene es de ustedes y las palabras que ustedes han escrito vienen con palabra de vida”

MARGARITA ESCOBAR
Diputada y prologuista

Jóvenes y sus inquietudes en libro "El País que viene"

- La publicación será presentada mañana y reúne a 40 autores de posguerra
- Plantea la visión de los jóvenes para construir un país mejor a futuros

Rafael Mendoza López
mendozarl@eldiariodehoy.com

Las experiencias e inquietudes de las nuevas generaciones, de todos los quehaceres y visiones, estarán plasmadas en el libro "El País que viene", que será presentado mañana, por la mañana, en un hotel capitalino.

Se trata de una publicación donde 40 jóvenes de distintas ideologías y profesiones que expresan su visión de un país mejor, que esperan se comience a construir desde hoy.

Uno de los objetivos del libro, de acuerdo con los promotores de la publicación, es motivar a los jóvenes para que sean "agentes de cambio, para que actúen y busquen un mejor destino para sus vidas y para esta nación que ahora se enfrenta a una convulsión por la violencia".



Los 40 autores tuvieron un encuentro a finales de agosto pasado. FOTO EDH / CORTESÍA

Entre los autores de "El País que viene" están deportistas como Evelyn García y Frank

Velázquez, además de los legisladores Johnny Wright Sol, Ricardo Velázquez Parker, Mayra Iraheta, Cristina Cornejo y Fernando Bautista.

También hay jóvenes dedicados al arte y otras profesiones. De acuerdo con Diego Echeagüén, editor y encargado del proyecto, el libro bus-

ca proyectar "el compromiso, la entrega y la pasión" que tiene la generación de las posguerra, es decir los jóvenes que nacieron después de 1980 y que ahora tienen 35 años o menos.

"Esta generación es crucial para el país porque, primero, la media de edad del país es de 29 años. El Salvador es joven y 1.7 millones de habitantes son menores de 29 años. Las cosas que se hagan ahora van a transformar a El Salvador en los próximos 10 años", sostuvo Echeagüén.

A su juicio, los jóvenes menores de 29 años son los más conectados con la tecnología y la información, lo que les prepara para enfrentar los retos sociales como la seguridad y el empleo.

Asimismo, dijo que la publi-

cación busca servir de inspiración para los jóvenes que no han encontrado su rumbo, tanto en lo académico como en lo laboral.

"El objetivo es ir a los 262 municipios del país a contar estas 40 historias para que se inspire a otros jóvenes; van a ser un ejemplo para que la juventud tenga optimismo", agregó Echeagüén.

Sostuvo que para la selección de los 40 autores, se buscó a los jóvenes que tuvieran liderazgo en sus campos, pero también a los que son un ejemplo de superación y de compromiso con el país.

"Buscamos que tuvieran un liderazgo que genere cambio, que trascienda de sus intereses partidarios. Y que transformen vidas y que sean un ejemplo", explicó Echeagüén.

Otro punto que han buscado resaltar en "El País que viene" es "la diversidad del pensamiento ideológico", sostuvo el encargado de la publicación.

El ejemplar contará, además con cuatro prologuistas, entre los que están la diputada de ARENA, Margarita Escobar, el escritor y académico, David Escobar Galindo, la vicedirectora de Ciencia y Tecnología, Eriinda Handal, y el Ministro de Relaciones Exteriores, Hugo Martínez.

Víctima de masacre triunfa en Noruega

• Sábado, 10 de octubre de 2015 El Diario de Hoy

Oscar Iraheta

Twitter: Oscar_Iraheta

Melvin Gómez es sencillo y afable. Su anhelo por que haya paz en El Salvador es su sueño. Así lo plasmó en un mural que pintó en uno de los principales colegios de Noruega, durante el 20o. aniversario de la institución educativa. Por su obra, Melvin fue admirado y felicitado por muchos, principalmente, por la reina del referido país, Sonja Haraldsen.

El artista es un sobreviviente de una masacre que fue cometida el 16 de noviembre de 2009, en Huizúcar, La Libertad. Esa fecha, Melvin fue acribillado a balazos junto a cinco compañeros de escuela en un río; cuatro de ellos murieron y el pintor quedó parapléjico y atado a una silla de ruedas de por vida.

Su talento en la pintura y sus deseos de superación le han permitido estudiar en Noruega durante varios años.

Una tarde de octubre en el día que el Colegio del Mundo Unido de la Cruz Roja Nórdica (UWCR CN) celebraba su fiesta, Melvin era el estudiante más elogiado y admirado. Sus 200 compañeros provenientes de 90 países esperaban con alegría el momento en que la reina revelara el mural que el pintor salvadoreño le realizó en su honor.

El artista fue elegido por el director del colegio y su maestra de artes para que pintara un mural en honor a la reina. Melvin decidió inspirarse en la paz.

Melvin fue admirado por su majestad, a quien el artista le explicó el significado de su obra y ella le preguntó el porqué del arma con un nudo en su cañón.

El pintor le respondió que “era como un símbolo de un basta, no más violencia para El Salvador y para el mundo”.

“Tengo la esperanza que un día El Salvador alcanzará la paz. Tienes un gran talento, sigue haciendo arte. Puedo ver que todos los elementos transmiten un gran mensaje. Debes especializarte y le mando un gran abrazo a todos los salvadoreños”, respondió la reina al compatriota.

El artista acompañó a la comitiva durante un recorrido por las instalaciones del colegio. Habló de El Salvador y también compartió sonrisas y experiencias con los extranjeros.

La participación del pintor junto con la reina fue publicada en revistas y en los princi-

pales noticieros de Noruega, lo que para el artista representa un orgullo.

El pintor narró que en su mural se encuentra una pistola con un nudo en la punta, la idea fue tomada de una escultura que está en afuera de las Naciones Unidas en Nueva York la cual se llama “No Violencia”.

También lo adorna un paisaje de fondo con un amanecer, lo cual significa un nuevo día de esperanza, así como en la naturaleza el ser humano puede encontrar esa paz y tranquilidad.

“Hay una niña soplando burbujas lo que significa que en la niñez podemos encontrar inocencia, lo que a su vez refleja paz para mí, al mismo tiempo como nuestros niños de hoy en día sufren la falta de paz, lo cual viven en un entorno oscuro de violencia en el cual me manifiesto por ellos, para que podamos construir un mejor futuro”, relata el compatriota.

Además, está el rostro de Malala, quien ganó el premio Nobel de Paz en 2015. Es un rostro de los líderes de nuestro tiempo que está luchando por la educación y representa el poder y la igualdad que las mujeres merecen.

“Me inspiré en uno de los maestros del arte que representa la multiculturalidad en la que estoy viviendo, donde no importa el color de piel y la ideología, lo único que importa es que compartimos los mismos valores, así como también ansiamos un mundo mejor y más justo”, sostuvo Gómez.

“Lo único que pasó por mi mente fue la paz. ¿Por qué eso? Porque mi país está atravesando una situación de violencia y lo que me motiva es el ansiado anhelo de paz para mi gente”, expresó el artista.

Durante su exposición, el compatriota relató “que la paz es un derecho que todos los seres humanos nos merecemos. Para lograr esto tenemos que unirnos todos los salvadoreños y empezar a construir un mejor país, como ayudando al que lo necesita en el trabajo, en la escuela, en la calle, practicar los valores, que todos estos son caminos que nos llevarán a encontrarnos con la paz”.

“El Salvador es un país hermoso y lo que quiero es que el mundo sepa que no todo es violencia, que tenemos gente que lucha día a día por hacer las cosas bien y que hay jóvenes que tienen sueños”, finalizó el artista.

● Pintor cautivó a la reina de Noruega con un mural por la paz



El pintor Melvin Gómez es saludado por la reina de Noruega, Sonja Haraldsen, durante un evento en un colegio. FOTOS EDH / CORTESIA



El pintor Melvin Gómez realizando el mural en Noruega.



El artista junto a sus compañeros de colegio en Noruega.

MELVIN GÓMEZ

Es un pintor salvadoreño que se especializa en la figura humana. Estudió diseño e idiomas en el Centro Cultural. Actualmente estudia arte en Noruega.

“El Salvador es un país hermoso. Estamos pasando una situación bien difícil por la violencia. Mi intención en el mural es decir un basta ya de violencia. La reina desea que un día los salvadoreños tengamos paz”

MELVIN GÓMEZ
Pintor salvadoreño

“Un día regresaré a mi país para ayudar a la juventud. Quiero dar todos mis conocimientos en el arte. Sueño que mi país tenga paz y un futuro mejor”

La Prensa Gráfica, sábado 20 noviembre 2015

50 **Nación :** @LPGSocial

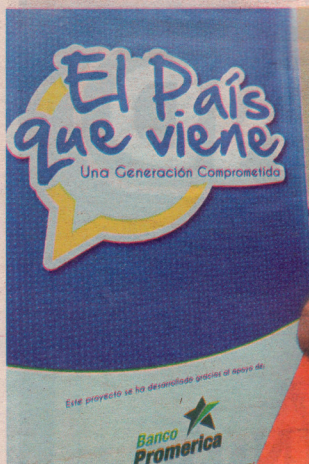


FOTO DE LA PRENSA/JAVIER APARICIO

Difusión. El movimiento “El país que viene” realizará una gira por los 262 municipios del país para incentivar a jóvenes a buscar oportunidades y conozcan historias de éxito.

Jóvenes comparten su compromiso con “El país que viene”

LA PRENSA GRÁFICA apoya al movimiento con la publicación de una columna diaria de cada coautor.

Susana Peñaño
social@laprensagrafica.com

Acercarse a la población, incentivar el diálogo y dar a conocer las propuestas para el desarrollo de oportunidades para los jóvenes es parte de los objetivos del movimiento "El país que viene", a través de la difusión en medios de comunicación y una serie de actividades que arrancarán en 2016.

Los 40 jóvenes que colaboraron con el libro "El país que viene", como una generación comprometida, aportan sus puntos de vista, sus aspiraciones y sus ideas desde el pasado 18 de noviembre en una columna que se publica en LA PRENSA GRÁFICA a diario.

"Cada joven aporta su valor, su experiencia, su perfil, sus ideales, sus aspiraciones en el libro. Y que gracias al apoyo de LA PRENSA GRÁFICA hemos decidido que esa aspiración a tener un mejor país también debe ser contada por cada uno de ellos de manera individual en una serie de columnas, con el objetivo que los lectores pueda identificarse con cada

"Podríamos haber escrito un libro sobre adultos, pero creo que el país descansa sobre los hombros de los jóvenes".

DIEGO ECHEGOYÉN,
COORDINADOR Y EDITOR

uno de los autores", dijo Diego Echegoyén, coordinador y editor del libro.

Destaca que el libro recoge voces con distintas opiniones, ideologías distintas, lo que contribuye al debate. "Pero nos hemos dado cuenta que son más las cosas que nos unen. Entonces, son las cosas que están publicando en las columnas, las cosas que unen a la generación joven en la actualidad", agregó.

Comentó que el 20 % de los autores del libro son políticos y el 80 % son investigadores, gen-

te que no pertenece a partidos políticos, estudiantes, artistas, diseñadores, investigadores de tanques de pensamiento, deportistas, entre otros.

"Nos dimos cuenta que escribir un libro no bastaba, sino que ya tenemos las críticas, aspiraciones y sueños de 40 jóvenes referentes de diversos sectores; pero que esto debe servir para inspirar al resto de jóvenes, al 1,700,000 menores de 29 años o al 60 % de la población que tiene menos de 35 años", sostuvo Echegoyén.

De ahí que en febrero de 2016 comenzarán una gira por los 262 municipios y hacer conversatorios con los jóvenes con el mensaje de "que en este país se puede construir el éxito y se pueden encontrar las oportunidades". También desarrollarán un programa de formación de liderazgo, donde participen jóvenes entre 15 y 20 años de edad. Además, buscarán identificar experiencias exitosas para replicarlas en otros municipios e ideas innovadoras para dar asistencia técnica o financiera.

POR: ALFREDO ATANACIO CADER/
EMPRESARIO Y COAUTOR DEL
LIBRO "EL PAÍS QUE VIENE"

**El País
que viene**
Una Generación Comprometida

Emprender para sacar adelante a El Salvador



Cuando me preguntan cómo veo el futuro de El Salvador, no pienso en nuestros problemas actuales. Prefiero pensar en que nuestro país tendrá un futuro igual de bueno a sus nuevas generaciones, a los jóvenes que un día tuvieron una idea y decidieron emprender un negocio para perseguir sus sueños aquí y no en otro país.

Y es que las oportunidades están en todos lados, incluso en El Salvador. Y para tener éxito hay que saber aprovecharlas, hay que ir en busca de ellas. Pero escucho a mucha gente joven, a profesionales, decir que el único camino que ven para salir adelante es irse del país. Veo las cifras de salvadoreños viviendo en el extranjero y me entristece pensar que nos hemos convertido en exportadores de personas.

Estamos dejando ir a lo mejor de El Salvador: a nuestra gente. No nos confundamos. Hay gente que se ha ido y ha logrado salir adelante, pero estas personas han tenido que trabajar el doble o hasta el triple de lo que trabajarían aquí. Y aunque, hasta cierto punto, estos salvadoreños ayudan a la economía del país, el precio que estamos pagando es demasiado alto: hay familias desintegradas, niños que crecen lejos de sus padres y se vuelven más vulnerables a los problemas de violencia que vivimos.

Dejemos de buscar fuera de El Salvador las soluciones a los problemas del país. En esta época, el internet ha borrado las fronteras. Y ahora podemos ser exportadores de ideas y no de personas. Uassist.ME, empresa que fundamos hace unos años, es prueba de ello. Tenemos un equipo calificado trabajando desde acá para nuestros clientes que pueden estar en cualquier parte del mundo. Uassist.ME fue una idea en la que al principio eran pocos quienes creían que podría funcionar. Pero nos arriesgamos y es una idea que tiene ya más de seis años de ser realidad. No fue fácil al principio, pero aprovechamos cada oportunidad que vimos para hacer crecer a la empresa.



Y estoy seguro de que hay muchas ideas con un gran potencial de convertirse en negocios exitosos. Pero hay que perder el miedo a fallar. Hay que llevar esas ideas a la vida real. Se debe tomar la iniciativa, proyectar nuestras ideas en el futuro, buscar qué se necesita para llevarlas a cabo, ver ejemplos de casos similares en otros países y comenzar.

Si en lugar de pensar en irnos de El Salvador, decidiéramos trabajar aquí por nuestro país, ser emprendedores en nuestra propia tierra, comenzaríamos a crecer. Sé que comenzar un negocio no es fácil, que no es fácil encontrar financiamiento, que los trámites son largos y complicados, que no hay incentivos para invertir. Pero eso es algo que también nosotros podemos cambiar. Si lo que está deteniendo que El Salvador avance son las personas que nos gobiernan, recordemos que está en nuestras manos cambiarlos. Estamos en nuestro derecho de exigirles. No nos podemos conformar con la idea de que los políticos siempre nos van a fallar. Comencemos a cuestionarlos y a pedirles cuentas de su trabajo. Pero para que nos escuchen, debemos unirnos como sociedad civil.

¿Acaso no quisiéramos todos tener mejores políticos, un país más seguro, un gobierno que maneje de manera eficiente nuestros impuestos, una mayor inversión en educación y políticos más propositivos? Estoy seguro que la gran mayoría queremos esto, sin importar la ideología política.

Pero para lograr todo esto que queremos, es necesario unirnos y hacer nuestra parte. Trabajemos desde aquí, pero pensando en que nuestro mercado es el mundo entero. Empecemos para cambiar nuestra realidad.

@elpaísqueviene



AUTORES

Yeymi Muñoz
 Diego Echegoyen Rivera
 Herbert Tobar
 Ramiro Anibal Navas
 José Margarito Nolasco Díaz
 Héctor Pacheco
 Idalia Zepeda Azahar
 Cristina Cornejo
 Evelyn García
 Rina Yessenia Lozano Gallegos
 Francisco Garay Salarzano
 Jana Beatriz García Gross
 Erick Serrano Henríquez
 Ricardo José Avelar
 Fernando Bautista Andreu
 Rodrigo Morán
 Raul Yanes
 Ricardo Velásquez Parker
 Miguel E. Gutiérrez Martínez
 Frank Velásquez
 Albert Rodríguez
 Nicole Dürler
 Moisés A. Rivera
 Alfredo Atanacio Cader
 Mayteé Iraheta Escalante
 Rosenberg Rivas
 Adela Lemus
 Silvia Elizondo Benítez
 John T. Wright Sol
 Aida M. Betancourt Simón
 Claudia Ortiz Menjívar
 Katly A. Iraheta Salguero
 Eduardo Cader
 José Eduardo Fernández
 Karen Estrada
 Guillermo Miranda Cuestas
 Karla Marjorie Segovia
 Marlon Hernández-Anzora
 Christian Aparicio
 Víctor Hugo Suazo
 Rodrigo Molina Rochac

“Lo que aquí se ofrece no es un estudio frío con aparato de citas bibliográficas y de gráficas sociológicas. Es más bien, la declaración de un manifiesto cívico-romántico-místico y una invocación piadosa a los poderes de lo alto para que se cumpla el destino histórico de la patria”.

“El símbolo de la transfiguración, tomado de la historia y de la piedad católica popular, escenifica el temperamento salvadoreño, inquieto, inestable, descontentadizo y levantisco. Su mirada no se detiene en el pasado. Es ahistórico, no tradicionalista. Futurista, no conservador”.

“En el espíritu del salvadoreño bullen la prisa y la impaciencia por llegar a no sabe qué lugar o realización que necesita con urgencia. Alguien o algo lo impulsa y le exige que apriete el paso”.

“Cada vez que llegan en el calendario cívico-religioso las Fiestas Agostinas del Divino Salvador del Mundo, el corazón de todo salvadoreño se llena de júbilo y vienen a su mente los recuerdos del pasado para mezclarse con los ardientes deseos de un futuro mejor. Esta fusión de pasado y de futuro, de fervor religioso y de civismo, son las fiestas patrias salvadoreñas que conmemoran a la vez la fundación de la ciudad capital y el hecho evangélico glorioso de la Transfiguración del Señor”.

“El Salvador, recién salido de un conflicto fratricida y en vías de franca recuperación, camina hacia la integración de la familia nacional y, expresada esto en los términos técnicos de la Doctrina Social de la Iglesia, el ideal no puede ser otro que el de la economía de la solidaridad dentro del concepto de la civilización del amor. Si trasladamos tal transformación al plano del espíritu, tendremos que llamarla Transfiguración, como la de Nuestro Señor en el Monte Tabor. La visión que esta vez presentamos de la Patria del Divino Salvador es que se trata de un pueblo que, por fuerza de su nombre y por el símbolo de su bandera que es la Transfiguración, está en perenne proceso de transfiguración y desde esta perspectiva deben apreciarse sus hechos históricos, la vida de la Iglesia, sus fervores cívicos, los hechos y dichos de sus hombres célebres, sus folclóricas tradiciones, su paisaje abigarrado y ardiente, sus gentes y la peculiaridad de su lengua”.

